

Revista cuatrimestral - Precio del ejemplar : 100 Pts - Francia : 10 FF - Alemania : 5 DM
Inglaterra : 1 £ - Holanda : 5 Fl - Bélgica : 100 FB - Italia : 1.000 Lir. - Portugal : 50 Esc.
Suiza : 5 FS - EE UU : \$ 1 - América Latina : el equivalente de \$ 0.75
Abono anual : precio de 3 ejemplares

EL PROGRAMA COMUNISTA

ORGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

EN ESTE NUMERO

- Polonia : necesidad de la organización, necesidad del Partido 1
- El cierre de la fase revolucionaria burguesa en el « Tercer Mundo » 6
- El programa revolucionario de la sociedad comunista elimina toda forma de propiedad de la tierra, de las instalaciones de producción y de los productos del trabajo 40
- Lecciones de las contrarrevoluciones (y II) 70

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO

La línea que va de Marx a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia (Liorna, 1921) ; la lucha de la izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del « socialismo en un solo país » y la contrarrevolución stalinista ; el rechazo de los Frentes Populares y de los bloques de la Resistencia ; la dura obra de restauración de la doctrina y del órgano revolucionarios, en contacto con la clase obrera, fuera del politiquero personal y electoralesco.

Polonia : necesidad de la organización, necesidad del Partido

A propósito de los verdaderos motines que sacudieron Polonia en 1970, subrayamos entonces el progreso cumplido por el movimiento social desde 1956. En aquella época, tanto en Polonia como en Hungría, "el proletariado se agitaba al flanco de todas las otras clases en la gran rebelión popular contra la opresión extranjera, es decir, de la URSS seudosocialista, pero todavía no se distinguía en nada de ellas (...) El movimiento de 1970 ofrece una fisonomía completamente diferente (...) Ya no tenemos más un movimiento popular en el cual todas las capas de la sociedad están unidas aun fraternal e inocentemente contra un enemigo común... sino una verdadera huelga insurreccional, llevada a cabo exclusivamente por los obreros, independientemente de todo nacionalismo antirruso, exenta de toda colaboración con otras capas o clases sociales, por la simple razón de que sus reivindicaciones son puramente proletarias. Esta vez, no sólo los campesinos no entraron en movimiento, sino que los estudiantes también se negaron a hacerlo" (1). En efecto, al lado de las reivindicaciones puramente económicas cuyo carácter acuciante desencadenó la huelga, los obreros exigían "la disminución de los salarios de los funcionarios a nivel del salario obrero medio... el castigo de todos los que habían participado en la represión, la condena de las campañas de mentiras e injurias dirigidas contra ellos, la liberación de los presos... Más aún, los Comités de huelga reivindicaron ante todo la libertad de huelga, la creación de sindicatos libres, es decir, independientes del Estado seudosocialista" (2). Habían superado ampliamente así las reivindicaciones populares e interclasistas de "libertad" y "democracia", puesto que si bien la

(1) Ver "El primer despertar del proletariado polaco y sus causas", Programme Communiste n° 51-52, abril 1971.

(2) *Ibid.*

libertad de huelga y la libertad de asociación forman parte aparentemente de los "derechos democráticos", estas reivindicaciones traducen en realidad exigencias de la *lucha proletaria contra el Estado burgués*, por más democrático que sea.

El problema de la organización ha sido uno de los puntos débiles del movimiento de 1970. Por cierto, en el curso de la *lucha*, los obreros trataron de organizarse, porque la *lucha exige organización*. Pero la *lucha se desencadenó sin ella*, y si en ciertos lugares los obreros asaltaron los locales del partido oficial e incluso regimientos militares, estas acciones fueron demasiado desordenadas, aisladas e inconexas, y pudieron ser fácilmente aplastadas por una represión que provocó oficialmente 300 muertos, pero que sin duda superó los 1.000. Incluso respecto a las huelgas, no existía ninguna organización obrera a escala nacional que hubiera podido ligar, extender y coordinar sus focos por todas las regiones del país. Fue la *lucha misma* la que reveló a los obreros *la necesidad de la organización*, y los esfuerzos para forjarla fueron posteriores a las explosiones de entonces. Los Comités de huelga que nacieron representaron evidentemente una enorme conquista, pero les faltaba una base estable, una red de vínculos entre empresas, categorías y regiones; en suma, les fue imposible conseguir, en medio de la *lucha y de la represión*, la capacidad de unificar y dirigir al movimiento a escala nacional.

Si las huelgas del verano de 1980 tuvieron una fisonomía muy diferente a las de 1970, no fue a causa del contenido de las reivindicaciones, idéntico en substancia a las de entonces, sino por el hecho de que en este lapso de tiempo los elementos obreros de vanguardia han desarrollado un enorme trabajo clandestino de *organización previa*. Este esfuerzo de organización es el que ha permitido que el movimiento se dote rápidamente de una dirección centralizada ligada efectivamente a las diferentes fábricas y regiones. Es él el que ha permitido quebrar los intentos del Estado por aislar las huelgas fábrica por fábrica y ciudad por ciudad. Es él el que ha permitido extenderlo a los centros principales, coordinar las acciones y las reivindicaciones, levantar contra el gobierno un frente compacto y centralizado. Es él el que ha permitido superar el estadio de la *insurrección inmediata*, pero desesperada y sin salida, para volverse una *lucha que, aunque no amenaza directamente el poder político burgués, le opuso sin embargo un frente de clase capaz de hacerlo retroceder*.

En el curso de este trabajo de organización, desarrollado sobre todo después de los motines de 1976, por parte de los obreros de vanguardia que habían extraído las lecciones de estas dos últimas explosiones sociales, las diferentes corrientes de la *opción política ligadas a la Iglesia y a los movimientos democrático-burgueses*, como el KOR, han jugado un papel importante. No podía ser de otro modo. El proletariado de vanguardia, que trata de superar la situación y las luchas inmediatas, y extraer de los problemas que éstas plantean una visión más amplia y general de la *lucha de la clase y de sus exigencias*, está necesariamente "politizado". No puede dejar de buscar en los programas, plataformas, métodos de *lucha y organización propuestos por los partidos políticos*, las respuestas a los problemas que él debe afrontar. Es normal que crea encontrarlas en las indicaciones dadas por tal o cual corriente o partido, y que las siga mientras la experiencia misma de la *lucha y de sus exigencias* no le hayan demostrado

que se trata de respuestas que, en un cierto estadio, entran en contradicción con sus exigencias reales.

En realidad, esas corrientes políticas han podido ganar una influencia precisamente en la medida en que sus respuestas correspondían, por lo menos parcialmente, a las necesidades inmediatas de los obreros. Así, en Polonia, la Iglesia, el KOR y, más generalmente, la "oposición democrática", han trabajado efectivamente para constituir y edificar estas organizaciones sindicales, independientemente de los sindicatos verticales del Estado capitalista, de las cuales los obreros tenían necesidad para llevar a cabo luchas de envergadura. Evidentemente, estas corrientes lo hicieron introduciendo su perspectiva y su línea política burguesa, de colaboración de clases.

Según las vicisitudes de la lucha, uno u otro de estos aspectos pasaba al primer plano. Esto se ve claramente cuando se sigue el curso de los acontecimientos, desde el inicio de las huelgas de julio hasta hoy día, y su significado ha sido mostrado día a día en nuestra prensa (3). En los primeros momentos de la huelga, la dirección que se había forjado e impuesto a través de un largo trabajo de preparación se manifestó efectivamente como la dirección de un formidable movimiento de lucha de la clase obrera, de un movimiento que no sacudió solamente al Estado polaco, sino también a todo el equilibrio de las clases y de los Estados en Europa central; de un movimiento que, en los hechos -si no en la consciencia de sus protagonistas- se situaba resueltamente en el terreno de la lucha de clase contra todos los intereses burgueses. Luego le sigue un período confuso en el que esta dirección comenzó a frenar el movimiento para negociar con el Estado una especie de "pacto social" y la democratización de este último; en el que los Walesa y Cía. corrían el riesgo de ser desbordados a menudo por la base; en el que tuvieron dificultades para imponer los compromisos pactados con el gobierno a los elementos más dinámicos de la clase, como fue el caso de un sector del Comité de Gdansk, y para detener las "huelgas salvajes" que se derramaron por todo el país; hoy día aparecen cada vez más abiertamente como verdaderos bomberos del incendio social, los únicos capaces de imponer a los obreros la aceptación voluntaria de los sacrificios exigidos para la "salvaguardia de la economía nacional".

Este hecho demuestra que si el proletariado tiene necesidad de la organización para su lucha, la organización tiene a su vez necesidad del partido para escapar a la influencia y al control de fuerzas políticas que tienden a la colaboración con la burguesía. No se trata de un partido cualquiera, por cierto, sino del verdadero partido comunista.

La necesidad de organizarse es una de las necesidades fundamentales y permanentes de la clase y se manifiesta de manera acuciante desde el momento en que ésta entra en movimiento; recíprocamente, la organización creciente de la clase sobre sus propias posiciones es en realidad la conquista más importante y durable de las luchas inmediatas y parciales, y la lucha misma es

(3) Ver, en particular, *El Comunista* n.ºs 37 (septiembre 1980) al 41 (enero 1981) y *El Proletario* n.º 10 (enero-abril 1981).

un poderoso factor de organización. Ahora bien, todas las fuerzas políticas presentan sus métodos de organización a los proletarios, todas pretenden contribuir a la satisfacción de esta necesidad esencial, todas lo hacen *parcialmente y a su manera*, y todas hacen penetrar así su programa político y su influencia dentro de la organización inmediata. Esto es posible porque las luchas parciales y la organización que éstas requieren no bastan en general para deslindar radicalmente los programas y los métodos de los diferentes partidos. En otras palabras, esto demuestra que la organización nacida de (y para) las luchas parciales no basta para dirigir la lucha general de la emancipación del proletariado, y que para eso se necesita una organización fundada en una experiencia y en una visión históricas más amplias y más generales. Esto demuestra, una vez más, la necesidad del partido.

Pero esto demuestra también que el partido no puede abandonar el terreno de las luchas inmediatas y su organización a las fuerzas políticas de la reacción, del conservadurismo, del reformismo o de la seudorevolución. Que el partido no puede permanecer fuera de estas organizaciones o desertar de ellas por el simple hecho de que hayan sido constituidas por los esfuerzos de otras corrientes políticas que las influncian o que las controlan; por el contrario, ese es justamente un terreno donde debe enfrentarlas. Que el partido no puede esperar a que los obreros se organicen "por sí mismos", lo que equivaldría a esperar que otras fuerzas los organicen; por el contrario, debe *contribuir* en la medida de lo posible a organizarlos en todos los terrenos.

El partido representa la consciencia más general de la clase y es la expresión más alta de su organización, la única capaz de unificar e integrar *todas* sus luchas por encima de los límites espaciales y temporales: él es el unificador y el organizador del proletariado en cuanto *clase revolucionaria* a escala *internacional e histórica*. Pero su doctrina, su programa, sus principios y su experiencia no muestran solamente la gran vía del movimiento de emancipación del proletariado, sino que *integran* en él las luchas cotidianas y parciales. El partido es el que puede dar a todos los problemas de la lucha obrera las respuestas que responden a las exigencias de su guerra contra el Capital, y es en este terreno, haciendo sus pruebas frente a los hechos y a la experiencia, que debe hacerlas prevalecer contra las respuestas de las corrientes no comunistas.

En el terreno de las luchas inmediatas y de su organización es donde el partido puede y debe consolidarse *prácticamente* como dirección de la clase, imponer sus soluciones, su orientación, sus polos de organización, y dar así al movimiento y a la organización del proletariado la mayor eficacia y su mayor auge.

Esta perspectiva puede parecer una quimera si se mira la situación de hoy, tras más de cinco decenios de contrarrevolución, y lo exiguo de las fuerzas que se sitúan en el terreno del comunismo revolucionario. Lo sería, en efecto, si únicamente se contase con la sola voluntad y fuerzas del Partido. Pero fuerzas mucho más considerables que las nuestras trabajan en ese sentido.

El auge de la crisis de la sociedad capitalista y el desencadenamiento violento de los antagonismos sociales empujan inter-

nacionalmente a la clase obrera al combate. Los obreros hacen en él la *experiencia* de las respuestas que le aportan todas las fuerzas que hoy ocupan la arena política. Las exigencias mismas de la lucha son las que obligan y obligarán cada vez más a los elementos de vanguardia a someter estas respuestas a la prueba de los hechos, a superarlas y a buscar las *verdaderas* respuestas comunistas.

El partido no puede contentarse, pues, con su solo combate teórico y su lucha política general. Debe intervenir en el terreno de las luchas inmediatas, apareciendo como un *polo de orientación y organización*. Incluso si esta intervención no puede dar hoy resultados espectaculares a corto plazo, es una *condición* del potenciamiento y consolidación del renacer del movimiento proletario.

o o o

PROGRAMME COMMUNISTE N°84

- La Pologne confirme : besoin de l'organisation - besoin du parti
- Le procès de Bilda
- Les perspectives de l'après-guerre
- Les communistes et les luttes ouvrières ("Que faire?" hier et aujourd'hui)
- Trotsky, la Fraction de gauche du PC d'Italie et les "mots d'ordre démocratiques"
- L'extrême-gauche "anti-sioniste" et la question palestinienne
- Un mythe usé : le "socialisme" de l'Est

COMMUNIST PROGRAM No. 6

- The Era of Wars and Revolutions
 - Terrorism and the Difficult Road to a General Resurgence or the Class Struggle
 - Fundamental Theses of the Party
 - The Abolition of Wage Labor Means the Abolition of Production for the Sake of Production
 - Nicaragua : The Sorry Path of Sandinism
-

El cierre de la fase revolucionaria burguesa en el « Tercer Mundo »

La segunda guerra imperialista hundió completamente en el abismo al movimiento proletario, luego de su derrota bajo los golpes de la contrarrevolución staliniana. No era el formidable ciclo de expansión de la posguerra quien podía despertarlo. Al contrario. Para que la lucha pudiera reanudarse hacia falta, por una parte, una nueva crisis internacional del capitalismo que deteriorara los amortiguadores sociales instalados por los grandes imperialismos; y, por otra, un partido, aun pequeño, pero que hubiera adquirido, gracias a su continuidad de acción sobre la base de la teoría marxista *enteramente restaurada*, un cierto grado de influencia sobre las masas y, por tanto, sobre las situaciones. Tales eran nuestras "perspectivas de la posguerra" (1).

Pero no ignorábamos que la segunda guerra había abierto, al mismo tiempo, una formidable brecha en la dominación de los viejos imperialismos europeos que se habían encarnizado unos contra otros. Sabíamos que si la marcha de la revolución comunista estaba momentáneamente interrumpida, el juego de las fuerzas sociales que la penetración del capitalismo en los continentes dominados ponía en movimiento, no se detenía, que la revolución burguesa, antifeudal y antiimperialista, cuyo corazón se encontraba en Oriente, debía proseguir su curso inexorable, incluso si la historia nos privaba todavía de la posibilidad de injertar sobre su impulso una victoria proletaria y comunista, como había acontecido en Rusia.

Dirigido hacia ese movimiento social viviente, nuestro partido consagró una larga serie de Reuniones Generales y de trabajos con el fin de restablecer la integridad de la teoría marxista

(1) "Las perspectivas de la posguerra en relación con la plataforma del partido" *Prometeo* n° 3, 1946, vuelto a publicar en *Per l'organica sistemazione dei principi comunisti*, ed. *Il Programma Comunista*, Milán 1973, pag. 151. Próximamente será publicado en esta revista.

y de restaurar nuestra visión histórica de los movimientos nacionales (2). Es completamente sintomático que la apreciación del factor nacional haya constituido una de las piedras de toque que, en el momento de la escisión de 1952, permitió al partido darse una orientación firme y homogénea. Nos hemos esforzado, igualmente, por hacer el estudio de las grandes revoluciones en curso, de su trayectoria y de sus perspectivas (3), sobre el modelo del trabajo fundamental efectuado para Rusia (4).

Fue necesario recordar, en primer lugar, que la destrucción de las viejas relaciones feudales y coloniales es una premisa objetiva del comunismo: "La condición central para que el socialismo triunfe es el mismo capitalismo, proclamábamos en 1946, incluso si el partido revolucionario, desde su primera aparición, encabeza una guerra encarnizada contra él y, a medida que la relación de fuerzas lo permite, escala los peldaños que van de la crítica científica a la oposición de principio, a la polémica y a la insurrección armada" (5).

Fue necesario recordar, igualmente, que la lucha política contra las fuerzas feudales e imperialistas despeja el terreno de la lucha proletaria. "En los países de Asia donde aún dominan economías locales agrarias de tipo patriarcal y feudal, la lucha incluso política de las "cuatro clases", aun cuando surjan a continuación poderes nacionales y burgueses, es un elemento de victoria en la lucha internacional comunista, sea por la formación de nuevas áreas aptas al planteamiento de las reivindicaciones socialistas ulteriores, sea por los golpes asestados por tales insurrecciones y revueltas al imperialismo euroamericano" (6). Era in

(2) Por no citar más que los más importantes:

Para poner los puntos sobre las íes (Raddrizzare le gambe ai cani - 1952), aparecido como editorial en *Programme Communiste* n° 55.

Factores de raza y nación en la teoría marxista (Reunión general de Trieste 1953), Editions Prométhée, París, 1979.

Las revoluciones múltiples (Reunión general de Génova - 1952) aparecido en *El Programa Comunista* n° 36.

Presión "racial" del campesinado, presión de clase de los pueblos de color (1953), publicado en *El Programa Comunista* n° 36.

Las luchas de clases y de Estados en los pueblos de color, campo histórico vital para la crítica revolucionaria marxista (Reunión general de Florencia - 1958), *Il Programma Comunista* n° 3 a 6, 1958, parcialmente traducido en *El Programa Comunista* n° 36.

Informe de la Reunión general de Turín (1958), aparecido en *El Programa Comunista* n° 36.

El ardiente despertar de los "pueblos de color" en la visión marxista (Reunión general de Bolonia - 1960), *El Programa Comunista* n° 36.

La cuestión nacional y colonial (Reunión general de París - 1972), *Le Prolétaire* n° 143 (29/I/1973).

(3) En lo que concierne a China, ver particularmente el informe a la reunión general de Florencia, 1958, citado en nota (2).

(4) "Rusia e rivoluzione nella teoria marxista" aparecido en *Il Programma Comunista* n° 21 de 1954 al 8 de 1955 y *Struttura economica e sociale della Russia d'oggi* aparecido en *Il Programma Comunista* n° 10 de 1955 al 12 de 1957 y reimpresso en ed. *Il Programma Comunista*, Milán, 1976.

(5) "Las perspectivas de la posguerra", op.cit., p.151.

(6) Las revoluciones múltiples, 1953, reproducido en *El Programa Comunista* n° 36.

dispensable determinar, a través del estudio, los *límites de tiempo y de espacio* dentro de los cuales el factor nacional actúa revolucionariamente, y, por tanto, precisar las "áreas" en las cuales las luchas de clases burguesas y de Estados aún tenían un alcance subversivo, mientras que en la vieja Europa Marx ya había cerrado este ciclo con la alineación de las burguesías francesa y alemana contra la Comuna de París.

Fue necesario, finalmente, restaurar la actitud tradicional del marxismo revolucionario frente a tales movimientos sociales. Aquí, el error clásico es concluir que el carácter capitalista-burgués de la lucha implica la subordinación del partido proletario a la ideología y al programa burgueses, error común al *frentismo*, que predica la unión con otros partidos bajo el pretexto de una lucha inmediata común, como al *indiferentismo*, que se abstiene de la misma lucha para... ¡no ser influido por su ideología! El proletariado participa en la lucha *bajo su propia bandera* y considera al capitalismo como su adversario *desde el inicio*, aun cuando lo ayude a nacer. Su perspectiva es la de reagrupar sus fuerzas en la misma lucha burguesa y apoderarse del poder cuando esto sea posible, la de no detenerse en ninguna etapa, la de declarar *la revolución en permanencia* hasta que todas las clases *poseedoras* estén sometidas a su dictadura de clase, y esto a escala internacional (7).

En 1848-50, la escena era la de la lucha antifeudal en Europa, en la que el proletariado ya lanzaba sus primeras embestidas. El resto del mundo aún no estaba en movimiento, a pesar de los fulgurantes destellos de la revuelta de los Taipings en China.

En 1917-26, la escena era, en adelante, la de la lucha proletaria contra los grandes Estados burgueses que dominaban el mundo entero. Al mismo tiempo, las masas campesinas de Oriente se levantaban contra el imperialismo. La victoria de la alianza entre estos dos movimientos habría acelerado la transformación moderna del Oriente ahorrándole las miserias que acompañan necesariamente esta transformación bajo el yugo capitalista-imperialista.

Y en el próximo período, una vez pasada la gran oleada de luchas antiimperialistas de la segunda posguerra, y en momentos en que damos por descontado un despertar proletario, ¿hasta dónde ha llegado el Oriente en su transformación capitalista y burguesa? ¿Qué fuerzas van a pesar en la balanza entre la burguesía imperialista y el proletariado comunista? ¿Qué caracteres deberá asumir la lucha proletaria en tal o cual región, qué "herencia" ha dejado la burguesía al proletariado y en qué medida exacta ha "despejado el terreno" para la lucha proletaria?

Tales son las preguntas candentes que hemos comenzado a abordar en uno de los informes presentados a la Reunión General del Partido del otoño de 1979. Antes de responder a estas preguntas, el informe volvió a enunciar la concepción marxista de los ciclos históricos y de las diferentes áreas en las que éstos se desarrollan. Fue necesario recorrer, luego, todo el ciclo ascendente de la dominación burguesa a partir de la experiencia de las

(7) Remitimos al lector al famoso "Mensaje del Consejo Central a la Liga" de marzo de 1850, en el que esta táctica está perfectamente definida por Marx para la Alemania de la época y que Lenin, como discípulo escrupuloso, no ha hecho más que volver a tomar para la Rusia de comienzos de siglo.

revoluciones del siglo XIX, los choques revolucionarios que se sucedieron hasta que la burguesía hubo agotado toda capacidad progresiva; todo esto para *determinar el momento en que el proletariado se encuentra siendo la única clase ascendente.*

Ciclos y áreas

La idea de ciclos históricos sucesivos está en el corazón mismo del materialismo histórico, el que considera la historia humana como una *sucesión de modos de producción*: comunismo tribal, esclavitud antigua y feudalismo (si se considera a Europa), modo de producción "asiático" en Oriente, capitalismo, finalmente comunismo de la especie.

El capitalismo mismo nace en una sociedad precapitalista. Trastorna completamente las viejas relaciones de producción, industrializa la sociedad, debe chocar con las relaciones políticas y jurídicas existentes, lo que provoca revoluciones políticas que liberan la sociedad del peso de las viejas clases dominantes contra las cuales se dirige la máquina del Estado moderno. Es la *fase de juventud* del capitalismo. Desde ese momento, el desarrollo de las fuerzas productivas se opera a gran escala, el aparato de producción adquiere una potencia sin precedente, el capitalismo se apodera de toda la sociedad que moldea a su imagen. Es la *fase de estabilización* de las relaciones sociales, la edad madura del capitalismo. Finalmente aparecen, con el tiempo, los riesgos de la vejez. Las crisis periódicas se vuelven terribles ataques en los que los monstruos productivos y estatales se enfrentan, desde entonces, por el reparto del planeta. El mismo capitalismo se ha vuelto un obstáculo al desarrollo de las fuerzas productivas que ha engendrado. Esta fase ha sido definida por Lenin como el "*Imperialismo, estadio supremo del capitalismo*", es decir, la fase senil que, al mismo tiempo, es la "*antecámara del socialismo*".

El capitalismo, pues, conoce históricamente tres fases clásicas (8). Sin embargo, el simple hecho de hablar de fases y de ciclos del capitalismo hace aparecer inmediatamente la multiplicidad de los *ciclos capitalistas reales*, por la buena razón que las relaciones burguesas no han sido introducidas en todas las regiones del mundo al mismo tiempo: en el siglo XVIII Inglaterra ya era burguesa e industrial, con una mayoría de la población que trabajaba fuera de la agricultura, mientras que Rusia aún estaba en el desarrollo de la servidumbre. En el siglo XX, Europa ya estaba sacudida por crisis de vejez imperialista, mientras que continentes enteros apenas comenzaban a conocer las primeras sacudidas sociales consecutivas a la penetración de las relaciones mercantiles y burguesas dentro de toda una gama de viejas relaciones sociales, algunas de las cuales no superaban aún el estadio tribal patriarcal. En la teoría marxista, la idea de ciclos y fases, por tanto, es inseparable de la de las áreas en las que han transcu-

(8) Ver al respecto "El ciclo histórico de la economía capitalista" en *El Programa Comunista* n° 21 (Setiembre de 1976).

rrido esas fases y esos ciclos. No basta con estudiar los *límites históricos* de las diferentes fases del capitalismo; hay que precisar aun los *límites geográficos* en los que éstas tienen curso. De ahí viene el concepto de "áreas" que a falta de un término mejor hemos empleado a los efectos de la delimitación de la táctica del partido proletario (9).

El ciclo político de las diferentes burguesías corresponde, naturalmente, al de la economía capitalista: la burguesía es revolucionaria, luego reformista, por último contrarrevolucionaria. Sin embargo, ese ciclo político no coincide necesariamente con el ciclo económico en cada país. Puede ser alargado o retardado, aun que la mayoría de las veces es abreviado. Aquí no nos ubicamos, en efecto, desde el punto de vista de las relaciones entre fuerzas productivas y relaciones de producción, o, si se quiere, desde el punto de vista de las *tareas revolucionarias objetivas* a llevar a cabo, sino desde el punto de vista de la *capacidad de la clase burguesa* para afrontar esas tareas.

Una ilustración típica de este desfase la proporciona el ejemplo ruso de comienzos de siglo. Para todos los marxistas, las tareas inmediatas eran allí antifeudales y capitalistas, pero la burguesía se reveló incapaz de afrontarlas y fue el proletariado quien debió tomar el poder para realizarlas. Naturalmente, éste aportó su grano de arena al caldero de la revolución efectuando una tarea puramente comunista: poner fin a la guerra imperialista. Por lo demás, la cobardía de la burguesía en su propia revolución ya había sido puesta en evidencia por Marx y Engels en la Alemania de 1848.

¿A qué responde, pues, ese desfase entre ciclo político burgués y ciclo económico del capital? Para comprenderlo hay que tener en cuenta el hecho de que si el primero es el *reflejo* del segundo, no es su *reflejo mecánico*. No es más que la *traducción* en el terreno de una *lucha de clases*. De lo que resulta que lo que es determinante desde el punto de vista de las fases históricas es el *grado de madurez alcanzado por los antagonismos de clases*. Ahora bien, si esta madurez está condicionada por la del sub suelo económico, lo está igualmente por otros factores, como el conjunto de las clases en presencia y las relaciones de las luchas existentes en y entre los diferentes países, en la medida en que los acontecimientos de un país o de un área repercuten en los de otros países y otras áreas.

Así, la insurrección del proletariado parisiense cortó las alas revolucionarias de la burguesía alemana en sus veleidades antifeudales, mientras que las revoluciones de los burgueses y del "pueblo" en Francia provocaron varias veces la revuelta de los hidalgos polacos contra el zarismo. Todo esto sucedía dentro de la misma área o del mismo grupo de áreas. Si consideramos ahora áreas diferentes, el levantamiento parisiense del 18 de marzo de

(9) Después de haber pasado revista a un cierto número de términos poco satisfactorios, hemos escrito: "Continuaremos utilizando el término *área* que los americanos han introducido para designar partes del mundo habitado en las que viven una economía, una moneda, una influencia política, incluso si la expresión "*campo histórico*" nos disgustaba menos. Se trata, de hecho, cada vez, de ligar un *perímetro geográfico* determinado a un *intervalo cronológico* determinado" (*Russia e rivoluzione*, 7...).

1871 ocasionó el desencadenamiento inmediato de la insurrección anticolonial (8 de abril de 1871) que incubaba en Argelia, así como el debilitamiento de los viejos imperialismos europeos ocasionó la oleada de emancipación colonial de la segunda posguerra. Recíprocamente, como contragolpe de la revolución antifeudal en China en 1853, Marx esperaba una crisis económica y social, y la revolución proletaria en Inglaterra. Podrían citarse infinidad de ejemplos de esas reacciones e interacciones recíprocas entre las diferentes clases y las diferentes áreas.

"Obviamente, escribíamos pensando en grandes períodos históricos y no en simples peripecias, en el examen de estas situaciones es necesario tener presente:

- 1) la coexistencia en el mismo país de diferentes tipos fundamentales de técnicas productivas (servidumbre de la gleba, pequeña agricultura libre, artesanado libre, industria y servicios colectivos);
- 2) la coexistencia de diferentes clases sociales (que siempre son más que las dos clases protagonistas del paso histórico en curso);
- 3) la relación política de fuerzas con respecto a la clase que está más armada, que es más autónoma y que sojuzga a las otras" (10).

Esta última idea es fundamental. Es, precisamente, la que Lenin pone de relieve en un artículo que sirve de referencia para este estudio, puesto que la discusión trata, justamente, sobre la delimitación de las fases históricas y sus consecuencias para el partido. Es útil citar in extenso:

"A. Potressov ha intitulado su artículo: "En el límite de dos épocas". Es indiscutible que vivimos en el límite de dos épocas, y los acontecimientos históricos de una importancia considerable que se extienden ante nuestros ojos sólo pueden ser comprendidos si se analizan en primerísimo lugar las condiciones objetivas del paso de una a la otra. Se trata de grandes épocas históricas: hay y habrá en toda época movimientos parciales, particularidades, dirigidos ora hacia adelante ora hacia atrás; hay y habrá desviaciones en relación al tipo medio y al ritmo medio del movimiento. No podemos saber a qué velocidad se desarrollarán los movimientos históricos de una época dada. Pero podemos saber y sabemos qué clase se encuentra en el centro de tal o cual época y determina su contenido fundamental, la orientación principal de su desarrollo, las particularidades esenciales de su marco histórico, etc. Solamente sobre esta base, es decir, considerando en primer lugar los rasgos distintivos esenciales de las diversas "épocas" (y no episodios particulares de la historia de cada país) podemos determinar correctamente nuestra táctica; y sólo el conocimiento de los rasgos fundamentales de una época permite considerar las particularidades de detalle presentadas por tal o cual país" (11).

Lo importante es saber qué clase se encuentra en el centro de tal o cual época, período o fase, y esto no para tal o cual país considerado en particular, sino para áreas enteras que pueden extenderse sobre continentes enteros e incluso sobrepasarlos. Las

(10) "Lecciones de las contrarrevoluciones", 1957, publicado en *El Programa Comunista* n° 36 y 37.

(11) Lenin, "Bajo una bandera extranjera", *Obras*, tomo 21.

alineaciones de clase desbordan ampliamente el marco de las fronteras nacionales. La revolución de 1848 era claramente burguesa y nacional, pero su campo de acción era *européo*. La oleada de emancipación anticolonial de la segunda posguerra no ha sido ni china, ni argelina, ni cubana: la misma ha barrido en todo sentido y repetidas veces toda la "zona de tempestades".

Por tanto, teniendo en cuenta este *criterio general*, considerado a escala no de un país, sino de un área entera, el marxismo analizó ayer la trayectoria de la burguesía euroamericana. Podríamos referirnos a numerosos textos para indicar las épocas o fases clásicas. El de Lenin ya citado nos bastará aquí:

"La clasificación corriente de las épocas históricas, frecuentemente indicada en la literatura marxista, citada más de una vez por Kautsky y adoptada por A. Potressov en su artículo, es la siguiente: 1) 1789-1871; 2) 1871-1914; 3) 1914-? (...) La primera época que va desde la gran Revolución francesa hasta la guerra franco-alemana, es aquella en la que la burguesía está en pleno auge, en la que triunfa en toda la línea. Aquí se trata de la burguesía ascendente, en la época de los movimientos democráticos burgueses en particular, en la época en que las instituciones cauducas de la sociedad feudal y absolutista desaparecen rápidamente. La segunda época es aquella en la que la burguesía, una vez alcanzada su dominación exclusiva, comienza a declinar; es la época de la transición que conduce de la burguesía progresista al capital financiero reaccionario y ultrarreaccionario. Es la época en la que una nueva clase, la democracia moderna, prepara y agrupa lentamente sus fuerzas. La tercera época, que apenas acaba de comenzar, coloca a la burguesía en la misma "situación" que la de los señores feudales en el curso de la primera época. Es la época del imperialismo y de las conmociones imperialistas o que derivan del imperialismo" (12).

Lenin escribe más lejos aun con una mayor fuerza ilustrativa:

"No hace mucho clase avanzada y ascendente, la burguesía se ha vuelto una clase decadente, declinante, moribunda, reaccionaria. Es otra clase totalmente distinta la que, en el extenso plano de la historia, se ha vuelto la clase ascendente" (13).

Para utilizar la misma imagen, en la fase revolucionaria y ascendente de la burguesía, el proletariado mismo está en ascenso. Las dos clases van en el mismo sentido, la primera tirando de la otra, al menos al comienzo, y arrastrándola a la escena histórica, donde las primeras disputas comienzan con los primeros "cabezazos" proletarios. En la segunda fase, el proletariado sigue yendo hacia adelante pero cada vez más frecuentemente se encuentra solo, es decir, opuesto a la burguesía, cuya curva comienza a declinar. Finalmente, en el tercer período, la curva de la burguesía presenta una rama descendente mientras que la del proletariado sigue siendo ascendente: las dos curvas se separan irremisiblemente; el antagonismo entre ambas clases se vuelve tan potente que ya no admite otra salida histórica inmediata más que la eliminación de la burguesía.

(12) *Ibid.*

(13) *Ibid.* Invitamos al lector deseoso de profundizar la cuestión a remitirse al artículo de Lenin.

La cuestión que hoy se plantea para las extensas áreas sacudidas por la revuelta antiimperialista es la de saber en qué punto se encuentra la trayectoria de la burguesía: ¿es aún ascendente, comienza a declinar o se ha vuelto irremediabilmente decadente? En otros términos, ¿puede aún el proletariado considerar que otras fuerzas van en su mismo sentido (y en este caso, ¿dónde se las encuentra, en qué terreno y por cuanto tiempo?), o bien, también allí él se ha vuelto *la única clase ascendente*?

Fases, principios y táctica

Antes de pasar al estudio económico e histórico propiamente dicho, es indispensable pronunciarse sobre la importancia que reviste para el partido proletario un cambio de época, de período o de fase.

Debería ser claro que para un ejército en campaña, *el objetivo y la estrategia* no cambian al cambiar los aliados momentáneos e incluso si la configuración del campo de batalla se modifica. Sólo *la táctica* se modifica con el cambio de alineación de fuerzas. Esto es válido, asimismo, para el partido proletario que es el estado mayor de un ejército en guerra y la más feroz de todas, la guerra civil. Su objetivo, su programa de transformación de la sociedad, sus principios, es decir, las armas imperativas de su victoria, están fijadas *desde el inicio*. Pero las *vías de acceso* a la batalla decisiva, la naturaleza de los combates en los que se reagrupan las fuerzas del ejército proletario y las relaciones con las otras fuerzas capaces de contribuir a la preparación del terreno del asalto final cambian con las situaciones históricas.

Hoy, sin embargo, la justa relación entre fases, principios y táctica ha sido completamente destruida por la contrarrevolución staliniana. A tal punto que Lenin es presentado por toda la fauna parasitaria del "marxismo universitario", del Este como del Oeste, como el genial inventor del papel del factor nacional en la historia, factor que los pobres Marx y Engels habrían subestimado e incluso perfectamente ignorado fuera de Europa, por una especie de ceguera "eurocentrista" (14).

Junto a este error que podría calificarse de "*situacionista*", existe otro que acecha también al partido en el viraje de las situaciones históricas. Es el de la simplificación, *del esque*

(14) No inventamos nada: "La visión eurocentrista con la cual Marx y Engels analizaron el problema de las colonias persiste en el filón de las teorías del imperialismo que maduraron a continuación en el movimiento socialista, al menos hasta los escritos de Lenin que datan del comienzo de la primera guerra mundial (...) Naturalmente Marx se cuida bien de caer en una banal justificación del colonialismo" escribe Renato Monteleone en su presentación de los escritos de Kautsky reunidos en el volumen intitulado *La cuestión colonial*, Ed. Feltrinelli, Milán, 1979. En una palabra, se insinúa que si bien Marx no caía en la justificación "banal" del colonialismo, el marxismo no estaría, sin embargo, exento de este reproche. Debemos volver sobre la refutación de esta ridícula acusación de moda en un próximo trabajo.

matismo, el tipo de error que, precisamente, debió combatir Lenin, a comienzos de siglo en particular, a través del artículo ampliamente citado más arriba (15). El error del "economismo imperialista" puede ser formulado de este modo: "por el hecho de que la fase senil del capitalismo ha sido alcanzada, es decir, que el mundo entero está bajo la autoridad del imperialismo, las tareas inmediatas de la revolución son anticapitalistas y comunistas por doquier".

Desde el punto de vista histórico, una estupidez parecida no es nueva: sólo amplía a escala mundial lo que los chovinistas franceses de tipo proudhoniano hacían a nivel de Europa en 1848: puesto que Francia ha hecho su "revolución política", pensaban, la "revolución social", desde ahora en adelante, está al orden del día en todas partes. Aquí existe una confusión total entre las tareas políticas y las tareas económicas.

En efecto, no era impensable que en la primera posguerra el proletariado pudiera apoderarse del poder en los principales países imperialistas y asociar a él las revoluciones campesinas y antiimperialistas del Oriente. Aunque en forma abreviada, esta fórmula se realizó, incluso, en la Rusia de 1917. Pero afirmar que se puede transformar inmediatamente las relaciones sociales en un sentido comunista es otra cosa completamente distinta. En Rusia, el mismo Lenin afirmó que esto era imposible sin la revolución en Europa y la transformación consecutiva de los campesinos parcelarios rusos en obreros de grandes explotaciones modernas. El problema, por tanto, es el del *desarrollo real*, el de la madurez económica de la sociedad. Para el marxismo, es claro que en el paso de la economía natural al trabajo de la especie unida, el capitalismo es una fuerza de transformación revolucionaria, aun si de manera contradictoria, y que su resultado, la gran industria y el trabajo asociado, son una *condición económica del socialismo*. Por consiguiente, no tenemos ningún embarazo teórico en considerar que las áreas de capitalismo más senil, alcanzado en una parte del planeta, puedan coexistir con áreas en las que el tejido social es aun susceptible de ser transformado útilmente por el capitalismo. Ningún decreto puede realizar la transformación real de las relaciones sociales. Apoderándose del poder a escala mundial, el proletariado solamente puede acortarla, y reducir -y hasta suprimir- los efectos catastróficos para las masas (16).

Esto no significa en modo alguno que bajo la dominación del imperialismo deba pasarse en todas partes, en todas las nuevas áreas roturadas, por las fases que ha conocido el "tipo puro" europeo. Las formas de paso a la sociedad moderna pueden variar considerablemente de una región a otra por la simple razón de que ellas son diferentes desde un comienzo. Así, en la sociedad feudal europea el capitalismo nació espontáneamente. En las socieda-

(15) "Bajo una bandera extranjera", *op.cit.*, es necesario señalar también que grandes marxistas como Rosa Luxemburgo en persona no llegaron a superar este tipo de error. Ella vió, en particular, en el fin del ciclo revolucionario de la burguesía en Polonia, no solamente la superación de la "vieja solución" dada por Marx a la cuestión polaca, sino decididamente el fin de la reivindicación de la nacionalidad. Este es el error que Lenin combatió contra la gran militante revolucionaria.

(16) Remitimos al lector al artículo intitulado "El marxismo frente a Rusia", aparecido en *El Programa Comunista* n° 19 (Enero de 1976).

des orientales en las que el mercado existía pero no penetraba los campos, y en las que el artesanado estaba ligado aún a la agricultura, el capitalismo fue injertado sobre el mercado desde el momento en que las aldeas pudieron ser abiertas a las mercancías occidentales. En las sociedades de Africa Negra y de América del Sur, en las que el mercado era prácticamente inexistente, la población blanca sometió toda una gama de comunidades campesinas más o menos primitivas a una *esclavitud de tipo colonial* y, por tanto, las vías del paso al pleno capitalismo han sido allí aun diferentes (17).

Además, la velocidad del trayecto puede variar. No hay ninguna razón para que los ciclos de los jóvenes capitalismos se caíquen sobre el "modelo" europeo, pues esos países están obligados a adoptar, cuanto antes, los métodos concentrados y sofisticados del capital imperialista, no solamente por motivos de simple competencia económica, sino igualmente por razones de relaciones de fuerza militares. Necesitan, pues, recorrer las etapas del desarrollo capitalista a *marchas forzadas*. El Japón es una ilustración perfecta de este fenómeno. Por último, los jadeos de esta de senfrenada carrera de los jóvenes capitalismos se ven aún agravados por el peso del capitalismo avanzado y de las relaciones imperialistas en el mercado mundial, que ya se ha vuelto demasiado es trecho para ellos.

De lo que resulta que cuanto más tratan estos jóvenes países de recuperar su retraso industrial, tanto más las leyes del capitalismo se manifiestan violentamente sobre su aún frágil organismo. Así, la superpoblación relativa que el capitalismo mundial produce espontáneamente viene a agregarse aquí a aquella de la que sufren estos países por el hecho de su difícil situación en la competencia internacional, lo que provoca la espantosa "marginalización" de enormes masas humanas apiñadas en las favelas de ciudades inmensas, sin esperanza de trabajo y sin otro futuro que la subalimentación crónica y la miseria absoluta.

De esta interacción de las diferentes áreas bajo la férula del imperialismo nace, pues, la *necesidad de la revolución comunista*, incluso antes de que el tejido social se haya vuelto completamente maduro para una transformación comunista inmediata en las áreas económicamente retrasadas. En efecto, estas últimas sufren, parafraseando a Marx, tanto del exceso de desarrollo del capitalismo mundial como de la *falta* de desarrollo local.

La gran serie de las áreas

Nuestro partido ha presentado en numerosos textos la serie de las diferentes áreas (18), pero sin duda es en *Rusia y Revolu-*

(17) Remitimos al lector al artículo intitulado "Marxismo y subdesarrollo" aparecido en *El Programa Comunista* n° 32 (Octubre de 1979).

(18) Pueden citarse en particular *Para poner los puntos sobre las íes*, *Factores de raza y nación en la teoría marxista* y *Las revoluciones múltiples*, textos ya mencionados en la nota (2), o las *Lecciones de las contrarrevoluciones*, evocado en la nota (10).

ción donde la cuestión ha sido tratada más a fondo (19).

La primer área está constituida por Inglaterra, cuna del capitalismo, donde la burguesía se apoderó del poder desde 1649.

El caso de Europa occidental y central es particularmente interesante. El "trueno" de 1789 produjo sus repercusiones en toda Europa, pero la Santa Alianza hizo sucumbir la revolución después de 26 años de combate, sin poder restablecer, no obstante, las viejas relaciones sociales en Francia. Este país, pues, mantuvo la fisonomía de un área específica hasta las proximidades de 1848, fecha en que el marxismo plantea la perspectiva de la *revolución en permanencia*: el proletariado, apoderándose del poder en París, debía dar la señal para la revolución alemana en la que el proletariado le habría ganado a la burguesía por la mano; la revolución podría vencer entonces la resistencia de la gran fortaleza burguesa, la Inglaterra y la Europa proletarias unidas estarían en condiciones de declarar la guerra revolucionaria a la Rusia de los zares, aún barbara y feudal. Solamente después de la demolición de esta última, la victoria del proletariado podría considerarse como asegurada. La derrota del proletariado parisiense no solamente confinó la revolución europea de 1848-50 en un horizonte burgués, sino que tuvo por consecuencia la contrarrevolución feudal que unificó toda el área europea.

Las guerras nacionales tomaron entonces el relevo de las revoluciones populares con los enfrentamientos de 1859, 1866, 1870, mientras que la misma América terminaba su revolución burguesa con la victoria de 1865 sobre la secesión sudista. Estos acontecimientos, coronados por la Comuna de París de 1871, hicieron desde entonces de América del Norte, de Europa occidental y central, y de Inglaterra una sola y misma área que llegará en forma unitaria a la fase imperialista arrastrando a Japón y Rusia en su estela.

Las lecciones de este ciclo son particularmente interesantes para hoy, puesto que allí se ve, por ejemplo, el peso formidable que ejercen el zarismo, exterior al área europea, y el proletariado, factor interno pero no burgués, sobre la alineación de las mismas fuerzas burguesas a escala del continente: la derrota de la revolución liberal en Europa central dió a la burguesía francesa, ya en conflicto con un proletariado combativo, renovados ímpetus progresistas, mientras que la insurrección de Junio en París aniquiló completamente las veleidades de lucha política de la burguesía alemana, llegada con retraso en su área. Al fin de cuentas, la *homogeneización política* de un área se produce a través de los adelantos y retrasos de las diferentes clases para tender a una alineación general de clases que permite circunscribir los límites de las diferentes áreas.

A fines del siglo XIX se asiste al nacimiento de un área revolucionaria burguesa en los Eslavos del Sur y en Rusia, que toca a su fin con las guerras balcánicas y la revolución turca de 1912, y la victoria del poder proletario en Rusia en 1917. En cierta medida, tal como lo hiciera Lenin antes que nosotros, hemos podido considerar a Rusia como parte de una gran área europea, y esto en relación al área asiática; esto es lo que explica la incapacidad total de la burguesía rusa para realizar sus propias tareas: ella ha empujado a fondo las tendencias de la burguesía alemana

(19) *Russia e rivoluzione nella teoria marxista, op.cit.*

porque estaba ligada a Europa por mil hilos sociales y políticos.

El caso de Japón, especie de Inglaterra del Extremo Oriente, es un poco aparte. La transformación burguesa fue comenzada allí en 1868, pero la guerra ruso-japonesa mostró que a comienzos del siglo XX ya había tomado una gran ventaja sobre su enorme vecino continental.

América Latina forma, innegablemente, un área particular. Emancipándose de la tutela española a consecuencia de las guerras napoleónicas, cayó a continuación bajo la férula inglesa que la integró cada vez más al mercado internacional antes de que los Estados Unidos hicieran de ella su coto de caza. A excepción de la revolución mejicana de 1911, esta región no conoció grandes revoluciones como fue el caso de Europa o Asia. La emigración obrera europea (española e italiana en particular) produjo a comienzos de siglo un movimiento obrero combativo que fue sumergido rápidamente por la conjugación del reflujo revolucionario proletario internacional y una industrialización que se sirvió como trampolín de las guerras imperialistas. La oleada social de la posguerra en América Latina responde a los resultados de esta transformación capitalista que exigía cambios políticos correspondientes. Así, tuvieron lugar levantamientos en Colombia y Bolivia, y, finalmente, la revolución cubana de 1959, que adquirió tanto más relieve cuanto que la oleada antiimperialista se apoyó allí sobre relaciones verdaderamente coloniales.

El Oriente, que en la terminología del siglo XIX va desde China hasta el Magreb, se despertó a la lucha nacional burguesa en la estela de la Europa oriental. La derrota militar rusa ante una potencia asiática y la revolución de 1905 en Rusia tuvieron sus repercusiones en Irán, con la revolución constitucional de 1905; en Turquía, con el movimiento de los Jóvenes Turcos en 1908; en China, con la revolución republicana de 1911; con el arranque en 1906 del terrorismo y de la lucha popular anticolonial, el nacimiento del movimiento nacional en Egipto en 1907 y en Indonesia en 1908.

Desde entonces, todos esos acontecimientos debían repercutir unos sobre otros y respaldarse mutuamente. La primera guerra imperialista, a causa de la brecha que abría en el muro de las fortalezas imperialistas, y, ni que decir tiene, la revolución bolchevique, dieron un formidable impulso a Asia en su conjunto. La ola creció, arrastró masivamente al campesinado y, sobre todo, la clase obrera pudo encontrar, en torno a la Internacional de Lenin, un polo de organización desde sus primeros pasos en la escena política. El proletariado no esperó que la burguesía hubiera agotado sus capacidades de lucha para enfrentarse a ella. Se planteó directamente como competidor en la conducción de la revolución antifeudal y anticolonial, y en la dirección de las revueltas campesinas; luchó sin autocensura por sus propias reivindicaciones frente a la burguesía. El resultado fue una batalla inmediata que dió lugar a la represión del movimiento proletario en Turquía por Kemal Pacha en 1922 y en Egipto por Zaghlul Pacha y el Wafd en 1923; al frenazo dado en la India al mismo movimiento nacional desde que a fines de 1921 pasa al enfrentamiento violento con el imperialismo y la letanía de Gandhi sobre la no violencia; en China a la parálisis del movimiento proletario con la táctica funesta de la entrada en el Kuomintang que entregó a los obreros y campesinos chinos al holocausto de Chiang Kai-shek.

Las matanzas de millones de campesinos del Hunan y del Hubei por las tropas del Kuomintang en 1926, de cientos de miles de proletarios chinos en Cantón y Shanghai en 1926-27, y la eliminación de todo movimiento proletario organizado, paralelamente a la represión de las huelgas e insurrecciones populares en Indonesia a fines de 1926 y comienzos de 1927, no solamente marcó el fin, en Asia, de la posibilidad de la *revolución doble* injertada en la revolución anticolonial, sino que significó también el toque de difuntos de la oleada anticolonial de la primera posguerra, al mismo tiempo que el fin de la revolución proletaria en Europa y Rusia. Sólo algunos movimientos pudieron tomar impulso en los años treinta como en Indochina, Palestina y Argelia.

Desde ese momento, la segunda guerra es la que debía abrir una nueva brecha en el movimiento social. La burguesía, desembarazada de un movimiento proletario independiente y del ala radical del movimiento campesino, va a poder mostrar toda su capacidad histórica progresiva sin verse molestada fundamentalmente por la respuesta social. Después de la *gran ocasión* fallida de los años 20 en la que el proletariado no pudo apoderarse del poder, un nuevo ciclo burgués se abrió en la que sería la "zona de tempestades". Ya habíamos visto una cierta unificación de toda el área que va de Egipto a China. En la segunda posguerra, esta área se unificó aún más integrándose a ella el Magreb, y sus luchas se repercutieron en Africa Negra, que participó en la oleada de independencia, así como en América Latina, que conoció ella misma una especie de rebrote antiimperialista.

El problema que se nos plantea ahora es el del cierre del ciclo revolucionario burgués en los países que han sido sacudidos por esta gran oleada antiimperialista. Nuestros maestros lo han estudiado para el ciclo europeo, y nos referiremos a ellos sin dejar de tener en cuenta las características propias del siglo XX, en el que este ciclo se desarrolla bajo la férula del imperialismo.

Revolución burguesa y « suplementos de revolución »

Sería absurdo imaginar la revolución como un fenómeno instantáneo cuyas consecuencias se extenderían de un golpe por todos los dominios de la sociedad. La revolución — y esto es cierto tanto para la revolución comunista como para la revolución burguesa, aunque en una acepción diferente — no es un acto único, sino una sucesión más o menos larga de trastocamientos revolucionarios que se extienden sobre un período histórico entero.

Si se considera Inglaterra, que la miopía burguesa interesada cita como ejemplo de transformación pacífica por medio de reformas y no de revoluciones, demasiado a menudo se olvida que desde 1648 hasta 1688 aquella fue sacudida por una formidable inestabilidad social, una sucesión de revoluciones, de guerras civiles y de contrarrevoluciones, y de nuevas revoluciones. No es más que al término de este período agitado que se prolongó durante cuarenta años, que la burguesía inglesa se apoderó definitivamente del poder de Estado. Solamente entonces pudo tomar todas las medidas indispensables para la victoria definitiva y para el pleno desa-

rollo de la industria. Lo hizo desde arriba, gracias al poder de Estado, o, si se quiere, por medio de reformas y no de revoluciones que modificaran la naturaleza del Estado. Esto, por otra parte, no se realizó sin batallas políticas, particularmente para eliminar del poder al sector más arcaico de la burguesía, los propietarios terratenientes, con los que la burguesía manufacturera compartía el poder al comienzo.

El caso de la burguesía francesa es igualmente elocuente: veintiséis años de revoluciones, desde 1789 a 1815, primero bajo la forma de revoluciones políticas, y luego de guerras revolucionarias; pero la burguesía, aunque socialmente victoriosa, no llegó a imponer su poder. Echada por la contrarrevolución en 1815, debió "rehacer la revolución". Fue necesario 1830 y 1848 para que la burguesía industrial fuera llevada directamente al poder, y por poco tiempo, ya que el imperio la "despojó" políticamente. Solamente a partir de 1870, ésta detenta en persona y definitivamente el poder. Después de la "gran revolución" de 1789-95, que es en sí una serie de actos revolucionarios y de insurrecciones, se asiste, pues, a las "revoluciones constitucionales" de 1830, 1848, 1870, que desplazan el poder de una a otra fracción de la burguesía y que representan condiciones útiles al desarrollo histórico (20).

El ejemplo americano nos es igualmente precioso, pues transcurren nada menos que ochenta y nueve años entre el comienzo de la guerra de independencia en 1776 y la victoria sobre la secesión sudista, la que, tal como lo afirmó Marx, representa una revolución burguesa. Los propietarios terratenientes que mandaban en los Estados del Sur no eran landlords ingleses. Su modo de producción de amos de esclavos agotaba literalmente la naturaleza y los hombres y la extensión del comercio de algodón traía aparejada su expansión en el Oeste y hacia el Norte, a riesgo de paralizar los mercados agrícolas y el mercado de trabajo y, por tanto, asfixiar la industria en el Norte. Una solución revolucionaria, en consecuencia, era ineluctable. Este ejemplo norteamericano permite mostrar, pues, cuan falso sería pretender cerrar *a priori* la fase revolucionaria de la burguesía con la independencia nacional, basándose en una comparación superficial con la Europa occidental en la que este cierre coincidió efectivamente con la constitución en grandes Estados nacionales (21).

Un período aún más largo separó, en América Latina, el período de la independencia del de la eliminación del peso político de las viejas clases ligadas a formas antediluvianas de explotación. Teniendo en cuenta estos precedentes, es bastante difícil a firmar que el período de transformación capitalista revolucionario está hoy terminado en África Negra, donde la ola de indepen-

(20) "El gran error de los Alemanes, escribía Engels el 17 de agosto de 1883 a Bernstein, es el de representarse la revolución como algo que se resuelve en una noche. De hecho, es un proceso de desarrollo de las masas en condiciones aceleradas, proceso que se extiende durante años. Cada una de las revoluciones que se han hecho en una noche (1830) se ha limitado a eliminar una reacción que de entrada no tenía esperanza o ha conducido directamente a lo contrario de lo que se esforzaba en realizar (cfr. 1848, Francia)".

(21) Para el cierre del ciclo nacional en Europa, ver el artículo intitulado "El papel de la nación en la historia" aparecido en *Programme Communiste* n° 82, y, sobre todo, *Factores de raza y nación en la teoría marxista*, op.cit.

dencias apenas termina, aun si es cierto que el imperialismo moderno permite acortar considerablemente los ciclos históricos.

Rusia, finalmente, conoció tres revoluciones en sólo doce años: 1905, febrero de 1917, octubre de 1917, y una guerra civil que duró tres años. Aquí, el período revolucionario fue considerablemente acortado por el radicalismo del proletariado que, apoderándose del poder, pudo realizar en forma radical todas las reivindicaciones contenidas habitualmente en los programas democráticos burgueses, sin contar las medidas que le son específicas. La burguesía sólo tuvo el poder en sus manos durante ocho meses, de febrero a octubre, antes de que, con la victoria del stalinismo, que posteriormente pudimos considerar como asegurada en 1926 con el triunfo de la funesta "teoría del socialismo en un solo país", sus fuerzas acabarán por sumergir el partido proletario y captarlo para sus propias necesidades.

Teóricamente, en todo este período, e incluso durante un cierto tiempo aún después de su clausura, mientras que la burguesía comienza a declinar sin por ello negarse ya a toda reforma seria (22), aquélla todavía está más o menos interesada en la realización de las reivindicaciones contenidas en su programa y efectuada por una u otra de sus fracciones: gran burguesía liberal, mediana y pequeña burguesía industrial, pequeña burguesía artesanal, comercial o intelectual, mediano campesinado. La gama de reivindicaciones a satisfacer es extremadamente variada, pero se trata de aquellas contenidas en el programa de la democracia pequeño burguesa, expresión radical de la revolución burguesa. Puede tratarse de la liquidación del peso de las viejas clases y de la Iglesia, tanto en la sociedad con las reformas agrarias, como en el Estado con las reivindicaciones republicanas, laicas, nacionales y hoy antiimperialistas. Puede tratarse de asegurar la más amplia participación de las masas en la vida política a través de las famosas libertades de prensa, de asociación, de reunión, el sufragio universal, así como a través de la supresión de las discriminaciones que conciernen a las nacionalidades menores, las mu jeres y, naturalmente, la clase obrera y el campesinado (23).

Varios errores clásicos se desprenden de una incomprensión de la actitud del proletariado frente a *estas reformas*, actitudes todas que derivan de las ya vistas en relación a las reivindicaciones de la revolución burguesa en general, cuyas reformas no son de hecho más que la prolongación, la "cola histórica". El primero, que deriva del *frentismo*, es una "teoría de las etapas", puesta en boga por el menchevismo y llevada luego a su paroxismo por el stalinismo y el maosismo; según esta teoría, el proletariado no tiene *ninguna reivindicación propia* que levantar *mientras* existan reivindicaciones nacionales o democráticas insatisfechas. A lo sumo, éste puede hacerse el ejecutor testamentario de esas

(22) Incluso después de 1870 en Francia, la lucha por las reformas no excluía en modo alguno nuevas "revoluciones constitucionales", al menos, antes de 1889. En cuanto a Alemania, aun en 1885 Engels esperaba que, así como en 1850, la "democracia pura" tome de entrada la delantera de la escena en la revolución por venir. El mismo Engels lo explica particularmente en "Algunas palabras sobre la historia de la liga de los comunistas" de octubre de 1885.

(23) Remitimos al lector al célebre Programa de Erfurt de 1891 y a su *Crítica* por parte de Engels.

reivindicaciones, si la burguesía elude la tarea. En el fondo, la confusión aportada por el stalinismo entre revolución burguesa y revolución socialista, que rebaja el programa de esta última a un programa puramente burgués (es decir, democrático y nacional) apenas se distingue del viejo *reformismo* que veía la realización del socialismo en el cumplimiento de reformas democrático-burguesas y contra el cual Rosa Luxemburgo llevó adelante una batalla teórica y práctica impecable. El otro error, simétrico, es un error de tipo *indiferentista*, que acepta la revolución burguesa como una concesión a la doctrina, una especie de mal menor, pero se niega obstinadamente a levantar reivindicaciones no inmediatamente comunistas desde que el Estado es burgués, como si el capitalismo y las reivindicaciones burguesas no fueran una necesidad del desarrollo histórico, sino una simple engañifa de la historia.

El método del proletariado comunista consiste en levantar las *reivindicaciones apremiantes* necesarias al pleno desarrollo de las fuerzas productivas modernas, y, sobre todo, *para despejar el terreno de la lucha de clases entre él y la burguesía*. Para esto, el proletariado debe exigir soluciones radicales allí donde la burguesía vacila incluso a utilizar su poder contra las viejas clases y los restos de su peso en el Estado, así como en las mismas relaciones sociales. Mientras que la burguesía trata de canalizar la satisfacción de estas necesidades apremiantes de las masas en el sentido del reforzamiento de su máquina de Estado, no solamente contra las viejas clases sino ya, y principalmente, contra el proletariado, éste último hace de la agitación por esas reivindicaciones un instrumento de preparación y de *movilización revolucionaria*. Las considera como una ocasión de agrupamiento y de entrenamiento de las fuerzas proletarias, una ocasión de *demarcación* de las diferentes clases y de los partidos correspondientes en la lucha política contra el Estado burgués, y una *palanca para su propia revolución*.

En todo este período *intermedio* desde el punto de vista de la alineación de las fuerzas burguesas y de sus relaciones con el Estado, ya no se puede hablar verdaderamente de *revolución doble*, al menos en el sentido en que hemos empleado este término para la Alemania de 1848 o la Rusia de 1917. La única perspectiva válida, entonces, es la de la *revolución proletaria*, la que, sin embargo, puede tener que asumir tareas sociales y políticas aún no comunistas.

Como determinar cuando la burguesía deja de ser una clase ascendente

Se trata ahora de delimitar globalmente la fase en la que el proletariado, que liga ya la realización más favorable a las masas de estas reformas a su propia revolución, se encuentra prácticamente solo en hacer avanzar la historia y se vuelve, pues, el *heredero de las tareas burguesas* aún no realizadas.

Retornemos a Lenin, de quien hemos tomado la clasificación de los grandes periodos históricos clásicos: *"Ni que decir tiene, observa Lenin, que esas delimitaciones, como en general todas las delimitaciones en la naturaleza o en la sociedad, son convencionales y móviles, relativas y no absolutas. Y es solamente de una manera aproximativa que tomamos los hechos históricos más sobresalientes, más destacados, como jalones de los grandes movimientos históricos"* (24).

¿Cuáles son los "hechos sobresalientes" que permiten fijar hitos, límites a la fase revolucionaria en el área europea? La señal de partida de la gran "revolución" en 1789, y la Comuna de París en 1871, con el sobresalto quebrado de 1848 entre ambas, en el que un foso sangriento se abrió en París entre el proletariado revolucionario y la democracia burguesa. Como se observa, los hechos históricos más destacados resultan de las luchas de clases en Francia. Esto no ha dejado de hacer perder la cabeza a los chovinistas franceses, quienes, a falta de aportar al mundo la revolución, como se vanagloriaban, considerando a Francia como el "pueblo elegido", le han dado al menos el regalo de la palabra *chovinismo*, que se pronuncia de la misma manera, a la francesa, en todos los idiomas...

Para nosotros, que no creemos en ninguna misión moral ni en ningún mesianismo, si los acontecimientos franceses han acompañado la historia de toda el área europea, al menos hasta 1871, esto resulta del hecho de que la revolución en Francia llegaba a tiempo. Llegaba en el momento en que la burguesía ya estaba lo suficientemente desarrollada como para poder desplegar todos sus talentos. Y esta revolución se apoyaba en la experiencia acumulada de la revolución inglesa del siglo XVII y de la independencia americana, de la que era un eco directo; es decir, se presentaba con un programa ya completo y experimentado. Por tanto, ella podía tener la audacia de la juventud al mismo tiempo que la madurez dada por sus predecesoras. Por su parte, la burguesía alemana llegará con retraso en su área: ella se levanta en momentos en que el proletariado, fortalecido por la experiencia de sus hermanos de clase de otros países, ya aspira a su propia revolución.

Pasando a las revoluciones del siglo XX, Lenin ya preveía que la burguesía china daría pruebas de bastantes más cualidades revolucionarias que la burguesía rusa (25). Nuestro diagnóstico fue el mismo, puesto que en 1953 escribimos: *"La revolución burguesa en China ha llegado a tiempo en su área continental, como la revolución francesa."*

La revolución capitalista rusa se produjo con retraso en relación a la historia de su área continental: ella quemó las etapas para llegar al capitalismo de Estado" (26).

(24) Lenin, *Ibid.*

(25) Lenin hablaba en 1912 de la burguesía china y de su representante Sun Yat Sen como de *"una clase ascendente y no declinante que no teme el futuro, sino que cree en él y lucha por él con abnegación"*. Y agregaba: *"La burguesía occidental está podrida, ya confrontada a su sepulturero, el proletariado. En Asia, por el contrario, existe aun una burguesía capaz de representar una democracia consecuente, sincera y militante, una burguesía que es la digna compañera de los grandes predicadores y de los grandes hombres de acción de fines del siglo XVIII francés"* (*"Democracia y populismo en China"*, Obras, t.18).

(26) *Stalin-Malenkov: topa non tappa* (Stalin-Malenkov: un remiendo no una etapa), artículo publicado en el n° 6 de nuestro periódico quincenal en lengua italiana *Il Programma Comunista*, de 1954.

En cierta medida, lo mismo puede decirse de la revolución argelina que ha llegado en el momento preciso al otro extremo del área continental del Viejo Mundo, en el corazón de los cotos de caza del imperialismo europeo y en particular francés, y que ha arrastrado en su estela al Africa negra. La irrupción de las masas campesinas en la escena histórica es, sin duda, una de las características de esas revoluciones *que llegan a tiempo*, aunque es to haya ocurrido en forma diferente en Francia, en China y en Argelia.

De lo que resulta que los acontecimientos chinos tienen una importancia considerable para toda el Asia, cuya historia acaban pasando verdaderamente. Esto ya se verificó con la revolución de 1911 y la de 1919, más aún con la derrota de 1926-27 que marcó el frenazo de la oleada revolucionaria en la primera posguerra. La victoria de la revolución china en 1949 sacudió a su vez toda el Asia y, más allá, el Africa y América Latina. Vayamos ahora a la cuestión vital. ¿ Ha conocido China, a posteriori, grandes acontecimientos que nos permitan reconocer el fin de una fase histórica? En 1975, en momentos de la retirada de las tropas americanas de Vietnam, escribimos: "*El ciclo del despertar del Asia sólo se ha cerrado para volver a abrirse en un plano más elevado*" (27). No era un diagnóstico emitido a la ligera: todos los acontecimientos ulteriores vendrán a confirmarlo. La revolución vietnamita no es más que la prolongación de la revolución china. La partida de los americanos se debió, por cierto, a la determinación nacional de la burguesía vietnamita, pero, también, a la certeza de que China era capaz de jugar en adelante un *papel estabilizador* en toda la región. Es edificante ver a la burguesía china, que durante toda una época presentó al imperialismo americano como el enemigo número uno -y, en efecto, lo era, en cuanto verdadero vencedor de la guerra imperialista tanto sobre sus enemigos como sobre sus aliados-, terminar no solamente reconciliándose con él, sino incluso *alinearse en el mismo frente imperialista*. La situación es comparable, hoy, aunque en menor medida, a la del otro extremo del área en la que la burguesía argelina esta empujada por un curso contradictorio a reconciliarse con el enemigo de ayer, el imperialismo francés.

Es necesario comparar este acontecimiento con la actitud de la burguesía francesa respecto a Rusia en el siglo último. En la alianza franco-rusa de 1891, Engels vió un índice seguro del caso político irremediable de la burguesía francesa, quien durante un siglo había sido el más fuerte pilar -pero no siempre el más consciente ni el más valeroso- de la lucha contra la reacción zarista. El paralelo entre la alineación francesa de ayer y la alineación china de hoy junto al orden establecido es contundente y proporciona un criterio seguro.

Otro hecho significativo que hemos interpretado como anunciador del fin de un ciclo histórico está ligado al Cercano Oriente. Durante todo un período histórico hemos visto a las burguesías árabes agitar la bandera de la unidad de la nación árabe. Aquéllas la reclamaban de una manera que hemos considerado como totalmente impracticable, puesto que pretendían realizarla desde a-

(27) *Le Proletaire*, n° 196, 17 de mayo de 1975.

rriba (28), por medio de una reforma, por medio de la alianza entre los Estados vigentes, mientras que el interés del proletariado y de las masas explotadas y pobres de las ciudades y los campos habría exigido una unificación *desde abajo*, por medio de la destrucción de todos esos Estados. Esto suponía no solamente una revolución agraria radical, sino igualmente el enfrentamiento abierto y general con los monstruos imperialistas, lo que sin duda era muy difícil y de un resultado extremadamente dudoso, dada la paz social que reinaba en las metrópolis, pero sobre todo las burguesías árabes, débiles y cobardes, querían evitarla a toda costa.

Sea como sea, después de la guerra de 1973, la burguesía egipcia se entendía directamente con Israel, es decir, con la cabeza de puente del imperialismo en la región, estigmatizado con toda razón, durante todo el período precedente, como el enemigo a batir. La entrada contrarrevolucionaria de los ejércitos sirios en el Líbano en 1976 mostró seguidamente a los que aún alimentaban ilusiones sobre su carácter progresista, que la burguesía siria, campeona por excelencia de la nación árabe, aun prefería el orden y el statu quo social a la unidad. En esa época, la misma OLP, uniendo tras de sí a la burguesía y a los notables palestinos, ya había abandonado de hecho la reivindicación de la destrucción del Estado colonial de Israel, demostrando así que prefería el orden establecido imperialista, dentro del cual trata de hacerse un lugarcito, a los "desórdenes" sociales provocados por la lucha por una reivindicación ya demasiado radical y que sólo es levantada los días de fiesta para engañar a las masas.

El hecho de que la burguesía misma abandone la reivindicación que durante todo un período histórico había puesto en el centro de su programa, no es una nadería. Apoyándose precisamente en el hecho de que la burguesía misma polaca ya no levantaba la reivindicación de la unidad nacional, Lenin demostró en 1903, luego de Mehring, Luxemburgo y Kautsky, que la burguesía había agotado su papel histórico en el área europea (29).

La dominación de la burguesía en cuanto clase

A través de manifestaciones como las que acabamos de estudiar, es como se constituye un frente social común de las clases dominantes. Para que este frente sea estable y no ocasional, es necesario que, en lo esencial, la burguesía haya modelado la sociedad a su imagen, que las oposiciones entre las diferentes fracciones burguesas sean limitadas al mínimo por medio de la realización más o menos completa del programa de reformas burguesas. El miedo al proletariado hace el resto.

(28) Ver "La quimera de la unidad árabe realizada por la alianza entre los Estados", *Il Programma Comunista* n° 10 (1957) y "Las causas históricas del separatismo árabe", *Programme Communiste* n° 4.

(29) Ver, en particular, el artículo de Lenin intitulado "La cuestión nacional en nuestro programa", 1903, *Obras*, t.6.

Como lo señalaba Engels a propósito de las luchas de clases en Francia, las diferentes fracciones burguesas ya habían demostrado su capacidad para acallar sus oposiciones frente al peligro proletario, particularmente en 1849-51, pero ese "gobierno de toda la clase burguesa" era, "por su misma naturaleza, pasajero" (30). Una cosa distinta ocurre con la derrota del boulangismo en 1889: las oposiciones se disipaban, las viejas fracciones debían abandonar sus privilegios y sus veleidades políticas propias, como ya había sucedido en Inglaterra; en suma, "por primera vez, podía decir Engels, *váis a tener un verdadero gobierno del conjunto de la burguesía*" (31), la "dominación de la burguesía francesa en cuanto clase" (32).

Claro está que el proletariado no es indiferente a esta lucha entre fracciones burguesas y que tanto más provecho podrá sacar de ella cuanto que logre permanecer en una posición de clase independiente, sin tomar las concesiones de tal o cual fracción como una prueba de amor hacia él. Esta oposición entre fracciones tiene sobre el proletariado, sin embargo, un efecto engañoso, efecto que disminuye cuando esta misma oposición desaparece. Recíprocamente, para realizarse a pesar de los problemas sociales no zanjados y de las reformas demasiado delicadas, esta unificación tiene necesidad de un aguijón: la lucha proletaria. Y si los "cabezazos" de ayer, tanto en junio de 1848 como en marzo de 1871, impulsaban a una unión aun "pasajera", el crecimiento regular del proletariado como movimiento social poderosamente organizado a fines del siglo XIX debía contribuir a cimentar el frente común del orden establecido.

"De lo que más os felicito, escribía Engels a Paul Lafargue en 1892, es de que también en Francia la "masa reaccionaria única y compacta" de Lasalle, la coalición de todos los pactos contra los socialistas, comienza a formarse (...). Es el mejor signo de progreso, es la prueba de que os temen, no como fuerza amotinatoria de acción accidental, sino como fuerza regular, organizada, política" (33).

Semejante "unificación" política no significa de ninguna manera que toda fricción entre partidos burgueses haya desaparecido, partidos que aún tienen miras diferentes puesto que representan intereses capitalistas diferentes: "aquí en Inglaterra, se ejerce la dominación de la clase burguesa en su conjunto, pero eso no quiere decir que conservadores y radicales formen un solo bloque, al contrario, cada partido toma el relevo del otro" (34). En efecto, los antagonismos reales que descansan sobre intereses económicos divergentes, intereses que la marcha caótica del capital tiende a oponer en vez de unirlos, permanecen, pero todas las fracciones tratan, al menos, de subordinar sus querellas a su interés común, a su privilegio social. Se está, entonces, en la hora "del apogeo del parlamentarismo: dos partidos que se disputan la mayoría y que se vuelven por turno gobierno y oposición" (35),

(30) Carta a Laura Lafargue, 8 de octubre de 1889.

(31) Ibid.

(32) Carta a Laura Lafargue del 29 de octubre de 1889.

(33) Carta de Engels a Paul Lafargue del 9 de mayo de 1892.

(34) Carta de Engels a Laura Lafargue del 29 de octubre de 1889.

(35) Ibid.

ambos igualmente indispensables al funcionamiento de la máquina del Estado.

Para explicar cómo se constituye hoy ese *frente social unificado* en los países de joven capitalismo, es necesario analizar todavía dos fenómenos: primero, el papel del imperialismo como factor de unificación y de centralización en la evolución histórica de los viejos capitalismo, y luego su peso en el proceso de estabilización política de las jóvenes burguesías.

En el momento en que Engels escribía, el fenómeno de *unificación social y política* de la burguesía se manifestaba, por así decir, *al estado puro*, sin la intervención de ese agente centralizador que es el capital financiero, quien iba a reforzar aún más la cohesión de las fuerzas políticas burguesas apoyándose en la misma concentración capitalista. Gracias a la participación de todas las fracciones de la burguesía en un Estado cuyo mantenimiento incumbía exclusivamente cada vez más a algunos grandes intereses capitalistas, la burguesía ha llegado a dotarse ulteriormente de una verdadera *mano de hierro* para tratar de contener los antagonismos sociales crecientes, al mismo tiempo que de amortiguadores políticos eficaces gracias a la ilusión del "pluralismo, de la alternancia democrática".

Este sistema ha sido llevado hasta sus extremas consecuencias por medio de la participación en el Estado de las burocracias obreras compradas con las migajas caídas de la mesa de los festines imperialistas, las que entregan al orden establecido una clase obrera reducida a la impotencia por el reformismo. Esta tendencia, realizada en forma brutal y violenta por los *fascismos* históricos allí donde éstos han debido quebrar a la clase obrera por la fuerza, se ha realizado de manera aún más perfecta en las democracias imperialistas occidentales, las que han vencido a los Estados fascistas, pero aprovechado sus enseñanzas. Bajo formas particulares, dicha tendencia se ha realizado igualmente en los países de Europa oriental. La contrarrevolución staliniana no pudo vencer allí a la revolución proletaria más que utilizando el arma de esta última, la dictadura del partido único, y la ha introducido con las bayonetas en las "democracias populares", así como en el Oeste la "democracia liberal" formaba parte del equipo de los tanques Patton.

La tendencia a la formación de un solo partido burgués que viene a *acabar* la constitución de un frente social común de la burguesía, está ya perfectamente contenida en la democracia en cuanto dictadura de clase, como se deduce de los comentarios del mismo Engels. Después de haber afirmado que en Francia "*conservadores y radicales forman un solo bloque*" y que "*cada partido toma el relevo del otro*", agregaba, en efecto: "*Si las cosas debieran seguir su curso clásico y lento, entonces el ascenso del partido proletario los forzaría finalmente, sin duda alguna, a fusionarse contra esta oposición nueva y extraparlamentaria. Pero no es probable que las cosas pasen de este modo: su desarrollo conocerá aceleraciones violentas*" (36).

Relaciones entre jóvenes burguesías e imperialismo

El fenómeno de unificación de las fuerzas burguesas en los países de joven capitalismo no tiene necesidad de recorrer el largo camino que acabamos de seguir en los países de viejo capitalismo. Allí, el proceso es más corto y más complejo al mismo tiempo.

Ya hemos visto que las nuevas áreas llegan al pleno capitalismo más rápido que las viejas, pues el peso del imperialismo las condena a recuperar su retraso a marchas forzadas (37). Pero esto no es todo. Las fuerzas que se enfrentan en este terreno modificado son transformadas igualmente. En el siglo XIX, la defensa de la reacción era el zarismo, el feudalismo ruso, que representaba el enemigo político pero más aun *social* de las burguesías europeas: entre éstas y aquél existía *el foso de un modo de producción*.

En el siglo XX, el elemento feudal-patriarcal existe aún. Pero, en primer lugar, mundial y localmente tiene un peso *menos grande*; y, luego, *allí donde subsiste*, se encuentra desde ya *subordinado* al imperialismo que ha sojuzgado políticamente a las viejas clases. Ahora bien, si para las burguesías ascendentes el imperialismo es un adversario político y militar mucho más coriaceo de lo que podía serlo ayer el zarismo, mantiene con aquéllas relaciones sociales totalmente diferentes: relaciones de competencia económica, naturalmente, y, sobre todo, relaciones de oposición política mientras existe la opresión colonial-nacional, pero hay ausencia de antagonismo social. Las viejas burguesías imperialistas no tienen un modo de producción diferente del de las jóvenes. Son el producto acabado y senil de un modo de producción del que las nuevas burguesías aun no son más que una expresión adolescente, aunque deformada. Existe entre ellas una especie de "oposición de generaciones", pero una identidad de sociedad.

Entre la clase burguesa y la vieja clase feudal ya había, a pesar de la oposición radical de los modos de producción, un *elemento de complicidad social*, debido al hecho de que *ambas son clases explotadoras* y de que la burguesía hereda, en parte, y *perfecciona* los métodos de opresión utilizados por los Estados precedentes. Esta complicidad es aún mil veces más grande entre las jóvenes burguesías y las viejas, las que, aun siendo sus adversarias, son también sus aliadas de clase y sus modelos frente a las "clases peligrosas".

Esta colusión se ha manifestado en todas partes, aunque en grados muy diferentes, y la lucha nacional se ha terminado a menudo en un compromiso para evitar la radicalización social; fue el caso de la India en 1947, China en 1949, Argelia en 1962 y más cerca nuestro la Palestina de 1974-76. Es claro que en ese proceso de convergencia, el stalinismo y la socialdemocracia han jugado un papel activo en cuanto agentes directos del orden imperialista mundial. Además, las consecuencias de la victoria y la experiencia de las independencias han demostrado uniformemente que las jóvenes clases burguesas, incluso las más radicales, han sabi

(37) Ver la parte intitulada "Fases, principio y táctica".

do olvidar rápidamente sus reticencias respecto a sus hermanas mayores y aplicar a las masas explotadas los buenos viejos métodos que hasta ese momento eran considerados como característicos de la colonización.

Es necesario decir que la dominación imperialista, sobre todo cuando se ha hecho en forma directa, decididamente colonial, ha emplazado Estados cuya función es la de instaurar las condiciones de la acumulación de capital, aun a partir de formas sociales muy arcaicas. Tales Estados al servicio del imperialismo le confieren incomparables privilegios políticos y económicos contra los cuales la burguesía local oprimida no puede dejar de enfrentarse. Sin embargo, ese Estado se dota inmediatamente de formas centralizadas de administración y de control social y debe organizar, mucho más rápido que en Europa, una red de comunicaciones y una administración modernas, una escuela obligatoria, una legislación social, etc.; en un sentido, esta adelantado sobre el desarrollo de la sociedad y de la misma burguesía y realiza, gracias al peso social del capital financiero, reformas que la burguesía europea, para poder desarrollarse, había debido imponer a las viejas clases por medio de la lucha política. De este modo, aun si las jóvenes burguesías se chocan necesariamente con la forma colonial del Estado y con los privilegios políticos del imperialismo, este último les ha preparado considerablemente la tarea social. En vez de tener que "moldear la sociedad a su imagen", aquéllas se apresuran a moldearse sobre una sociedad al menos parcialmente preexistente.

De lo que resulta que si su oposición nacional al imperialismo las ha obligado a menudo a formidables movilizaciones de masas en guerras nacionales de envergadura, como en Indochina o Argelia, esas burguesías han tenido que dar prueba de mucha menos *combatividad social* que sus hermanas mayores del siglo XIX. Si a esto se agrega la estrechez de su base social, su formidable handicap en la competencia con las burguesías ya asentadas, y la timidez que de esto se deriva respecto a las viejas clases patriarcales-feudales, se comprende que al fin de cuentas se hayan dejado arrancar por las masas explotadas menos concesiones sociales y políticas que sus mayores (38).

Unificación atormentada pero acelerada de las jóvenes clases burguesas

El rápido agotamiento de las capacidades progresistas de la burguesía ocasiona querellas perpetuas entre las fracciones

(38) Ver la serie intitulada "La cuestión de las libertades políticas" publicada en nuestro órgano bilingüe para los países del Magreb: *El oumami* n.º 6 y 7.

burguesas incapaces de imponer por sí mismas las reformas indispensables para la marcha de la sociedad. En estas condiciones, la puesta en práctica de esas reformas corresponde a dictaduras militares más o menos abiertas, que se apoyan en el elemento de centralización y disciplina que representan el capital financiero y el imperialismo. Esos "gobiernos fuertes" logran vencer tanto mejor las resistencias de las diferentes fracciones burguesas cuanto que las alivian del miedo de una explosión social y de una irrupción de las masas explotadas en la escena política.

La América Latina de los últimos veinte años nos proporciona un surtido casi embarazoso de ejemplos de este fenómeno, sin duda porque el proceso está muy adelantado, dado que la penetración del capitalismo ha sido más precoz en este área y que las burguesías no son precisamente allí tan jóvenes. Por un lado, las viejas castas semicoloniales, incrustadas en la sociedad y el Estado, se aferran desesperadamente a sus privilegios ante la cólera popular, y necesitan de una conminación perentoria de su amo imperialista para hacer las concesiones más elementales, como lo muestra el ejemplo de El Salvador. Por otro lado, la pequeña burguesía, incluso guerrillera, llega a traicionar las necesidades más urgentes de las masas, en particular en materia agraria o en lo que concierne a las libertades políticas, hasta tal punto es poderosa la necesidad del conjunto de las fracciones burguesas de asegurar *antes que nada* el reforzamiento de la máquina del Estado, como lo confirma el ejemplo de Nicaragua.

Es indiscutible el hecho de que hoy la tendencia a la fusión de todos los partidos burgueses en uno solo se ha reforzado considerablemente. Con el fascismo, el partido burgués único era el *resultado* y el *complemento* de la formación de un frente social burgués. Con el stalinismo, se volvió el medio de despojar al proletariado del poder. En la gran oleada anticolonial se ha transformado, desde entonces, en un *instrumento de unificación* de los esfuerzos de la burguesía joven en su lucha contra el imperialismo y, al mismo tiempo, contra las tendencias a la afirmación de los intereses radicales de las masas explotadas; se ha vuelto un *acelerador* de la "dominación de la burguesía en cuanto clase".

Este proceso está reforzado aun por la necesidad del conjunto de la sociedad burguesa de tensar todas sus fuerzas para hacer un sitio a la economía nacional en un mercado mundial ya archiconcentrado. La función del Estado como "potencia económica", según la expresión de Marx, es llevada a un grado aún más grande que en cualquier otra parte. Y como esta potencia tiene necesidad de ser empuñada por una fuerza concentrada de por sí, es el ejército quien, con su estructura fuertemente jerarquizada, se ve frecuentemente designado para esta tarea; allí donde el movimiento social no ha producido aun un partido único, es él quien cumple su función o bien crea uno que no es más que su sombra.

De este modo, la tendencia a la formación de un partido burgués único se abre camino incluso a través de esas dictaduras militares; al liquidar las influencias de las clases arcaicas en el Estado, si no en la sociedad, el ejército despeja el terreno social para la unificación estable de la burguesía; y en esas condiciones, las dictaduras militares hasta llegan a ser apoyadas por el "consenso democrático" de los partidos burgueses, como en la Argentina, lo que las refuerza considerablemente.

Se obtiene, entonces, toda una gama de formas políticas que no se distinguen más que por los pesos respectivos de la je-

rarquía militar y del partido único, y por las maneras de unirse más estrechamente.

La forma ideal de dominación de la burguesía como "clase una e indivisible", representada a fines del siglo pasado por el "parlamentarismo en su apogeo", hoy tiende a volverse, para los jóvenes burguesías del siglo XX imperialista, una especie de *militarismo plebiscitario* o de *dictadura militar consensual*.

Claro está que, cuando hablamos de la burguesía, se trata de todo el arco de clases y subclases burguesas, el que comprende, en particular, la propiedad terrateniente burguesa, la burguesía financiera y comercial más o menos ligada al imperialismo, la mediana y pequeña burguesía industrial ligada al Estado nacional, subtratante de grandes trusts internacionales o que tiene algo que decir en el mercado local, nacional o incluso internacional, pero también la pequeña burguesía urbana, artesanal, comercial o intelectual, las capas medias asalariadas ligadas a la gestión del capital, el campesinado rico y mediano, así como los pequeños propietarios. De ninguna manera oponemos la pequeña burguesía a la burguesía desde el punto de vista de la realización de las tareas burguesas. A lo sumo, la primera se revela, en el plano político, como la fracción burguesa más extrema. En efecto, si se observan las revoluciones más significativas, en cuanto más radicales, como la china o la argelina, se ve que no es en modo alguno la burguesía liberal la que ha ocupado la delantera de la escena, sino la pequeña burguesía; como en la Francia jacobina, es ésta quien ha suministrado el partido de la revolución burguesa. Esta constatación es hoy de una gran importancia, en momentos en que numerosas corrientes, si bien admiten que la burguesía ha agotado su papel revolucionario, predicán en cambio el marchar hombro a hombro con la pequeña burguesía para terminar las tareas burguesas antifeudales y antiimperialistas, incluso en países en los que ésta ya participa, de una manera o de otra, en el Estado (39).

Si a comienzos de siglo era justo esperar en Oriente un ciclo revolucionario burgués más brillante de lo que lo fue en el area rusa, la burguesía se comportó allí, a pesar de todo, con la cobardía característica de las segundonas llegadas a la escena de la historia *después* de sus grandes hermanas mayores euroamericanas.

En el límite de dos épocas

Hoy es evidente que asistimos al fin de la gran oleada del movimiento antiimperialista de la segunda posguerra, que ha estado marcado por la constitución de los grandes Estados nacionales en la vasta área geográfica centrada en China y que va de Corea al Magreb, pero cuyas sacudidas se reflejaban hasta en Africa negra y en América Latina. La unificación apocalíptica de la penín-

(39) Lo hemos mostrado en particular en la nota intitulada "El programa de los "Fedayin" iraníes, o los límites del democratismo" aparecido en *Programme Communiste* n° 81.

sula indochina, la entrada contrarrevolucionaria de las tropas sirias en el Líbano, el agotamiento de los movimientos guerrilleros en América Latina y la impotencia comprobada del sandinismo, la incapacidad de la "revolución islámica" para resolver los problemas sociales que pusieron en movimiento a las masas iraníes y la matanza perpetrada en el Kurdistán bajo una máscara antiimperialista, el servilismo de la guerrilla en Zimbabwe que acepta servir de etiqueta al poder blanco, todos estos acontecimientos trágicos constituyen signos de ese viraje.

La cuestión que se plantea en adelante es la siguiente: después de la primera oleada oriental de 1905-1927 y la gran oleada de la segunda posguerra, que en líneas generales va de 1945 a 1975, ¿la nueva oleada social que sacudirá los continentes de nuevo capitalismo, asumirá el mismo carácter de una oleada ante todo burguesa, es decir, antifeudal y antiimperialista? Todo el estudio que hemos emprendido tiende a mostrar que el fin de esta oleada llega en un momento en que, precisamente, los continentes económicamente "atrasados" han considerablemente madurado y "avanzado" desde el punto de vista capitalista. Hemos reunido en un cuadro algunos datos característicos de la madurez del desarrollo capitalista. Puede observarse que todos concuerdan en hacer de la parte de la población activa no agrícola en la población total un criterio relativamente fiable del grado de transformación capitalista del tejido social.

En el siglo XIX, países como los Estados Unidos, Alemania y Francia han pasado el umbral del 50% de población activa no agrícola en el período 1860-1880, o sea, aproximadamente en el momento en que se considera que termina la transformación revolucionaria del capitalismo. Hacia 1870, Italia estaba en el 40%, España y Hungría en 30%. Japón, por su parte, pasó ese umbral hacia 1930 y Rusia en los años 50, en el momento en que el stalinismo dejó su puesto al kruchevismo. El paralelo con las nuevas áreas capitalistas es instructivo, aun si la comparación debe tener en cuenta el hecho de que zonas de desarrollo capitalista muy avanzado y concentrado coexisten allí con vastos sectores arcaicos a menudo aún semif feudales y patriarcales. América Latina en su conjunto pasa ese umbral del 50% a fines de los años 50, o sea, en el momento de la revolución cubana; el Cercano Oriente (considerado desde Marruecos hasta Irán, incluida Turquía) a mitad de los años 70.

Si se compara ahora los países que han constituido el epicentro de las conmociones políticas en los siglos XIX y XX, proporcionalmente la población activa china que trabaja en la agricultura es comparable en 1975 a la de Francia en 1848-50, y al ritmo actual descenderá en el 2000 al nivel de Francia en 1880. El subcontinente hindú y el Sudeste asiático se encuentran hoy en una situación comparable a la de Alemania o los Estados Unidos en 1850, el África negra a la de la Europa meridional en la misma época. El África negra, que globalmente es el área más rezagada, hoy tiene una población activa no agrícola que iguala, sin embargo, a la del subcontinente indio, a la del Sudeste asiático o a la de la China de comienzos de los años 60, o incluso a la de Rusia de 1927-28, en vísperas de la gran industrialización staliniana.

Comparación del grado de desarrollo capitalista de las diferentes áreas

	Población	PNB	Población activa no agrícola en la población activa total	PNB por habitante	Consumo de energía por habitante
	1977 mills. hab.	1977 \$ mil mills.	1977 %	1977 \$	1976 kg.equi. carbón
América del Norte	240	2.091	97	8.710	11.364
Europa Occidental	371	2.102	88	5.670	4.268
Europa del Este .	108	354	70	3.280	5.336
URSS	259	861	81	3.320	5.233
Japón	113	737	87	6.520	3.679
Oceanía	22	121	93	5.500	4.818
NORTE	1.113	6.266	86	5.630	6.081
Africa del Sur ..	27	38	71	1.410	3.345
América Latina ..	342	437	64	1.280	1.030
Cercano Oriente .	220	316	50	1.440	851
Extremo Oriente .	978	453	39	460	759
Sudeste Asiático	330	115	37	350	238
Subcont.Indio ...	832	129	33	155	187
Africa Central ..	300	100	27	330	111
SUR	3.029	1.588	39	525	540
MUNDO	4.142	7.854	53	1.900	2.057

Fuentes : World Bank, 1979 *World Bank Atlas* (Washington, 1979) para la población, el PNB y el PNB por habitante; FAO, *Production Yearbook*, vol. 31, 1977 (Roma, 1978) para la población activa agrícola; United Nations, *World Statistics in Brief*, 1978 (New York, 1978); Banque Mondiale, *Rapport sur Le développement dans le monde*, 1978 (Washington, 1978) para el consumo de energía por habitante.

Hoy, el problema de la transformación socialista de estas áreas ya se plantea en términos distintos que para la Rusia de 1917. El superequipamiento de los países ricos permitirá acelerar esta transformación que será, cada vez más, la obra del proletariado de todos los continentes.

Ahora bien, hemos visto que si los ciclos económicos se aceleran, los ciclos políticos tienden a acortarse aún más, y que la capacidad progresista de las burguesías de la "zona de tempestades" estaba agotándose. En esas condiciones, ¿puede imaginarse que una nueva oleada revolucionaria -es decir, no un simple episodio, sino un movimiento que se prolongue durante veinte o treinta años- asuma los caracteres de una nueva "fase eruptiva del movimiento anticolonial", sobre todo si se tiene en cuenta el hecho de que las luchas proletarias estimuladas por la crisis despuntan en el horizonte? Sobre el final de este estudio, la simple enunciación de semejante hipótesis revela cuán improbable es. Si las grandes fases históricas son determinadas por "grandes acontecimientos históricos", es indudable que el fin de una oleada revolucionaria es uno de ellos. Esta es la razón por la cual podemos considerar que el fin de la guerra de Indochina acota esta fase caracterizada esencialmente por el "despertar del Asia", que se ha extendido, por tanto, de 1905 a 1975. La coincidencia del fin de este gran ciclo histórico con el fin del ciclo de acumulación de la posguerra y la entrada en una era de crisis capitalistas de todo tipo tiene una enorme importancia, porque debe estimular la lucha proletaria en los países de joven capitalismo en un momento en que esperamos igualmente de la crisis el retorno de la lucha de clase independiente en las metrópolis imperialistas, de donde la contrarrevolución staliniana la ha echado durante más de cincuenta años.

En esta hipótesis, la próxima oleada revolucionaria revelará por cierto la mayor madurez de ciertas regiones y el retraso de otras (donde podrán manifestarse aun una especie de rebrote anticolonial y avances y retrocesos inevitables en los movimientos locales y parciales). Esta oleada, inevitablemente, deberá abrirse camino en un terreno obstruido por una multitud de tareas aún burguesas que son la consecuencia del peso de viejas relaciones sociales y de la dominación del imperialismo bajo formas más o menos arcaicas. Pero en su conjunto, esta oleada asumirá en los países de joven capitalismo un acusado carácter proletario. A la espera que ésta tome vuelo, estamos "en el límite de dos épocas", como lo demuestra la impotencia política de los partidos pequeño-burgueses que buscan canalizar el movimiento social tanto en Irán como en América Central.

El verdadero resultado de las revoluciones burguesas es la aparición del proletariado

Durante décadas hemos combatido todas las corrientes que no veían en las batallas nacionales de la "zona de tempestades" más que la permanencia de la lucha por la "libertad", la "nación",

la "democracia" y otros valores burgueses "eternos", y que simpatizaban con ellas exclusivamente en esta medida. Hemos debido combatir igualmente las corrientes que las condenaban con el pretexto de que eran nacionales, democráticas y, por tanto, burguesas. Para nosotros, marxistas revolucionarios, esas luchas no solamente abrían la vía a la dominación de nuevas burguesías, sino que abrían también la vía a un proletariado moderno; vigoroso, joven, pleno de audacia, revolucionario, que no esgrimía la bandera de la "nación" y de la "democracia" más que para empuñar más rápido la suya, desde que el terreno social y político estuviera despejado: "la burguesía produce ante todo sus propios sepultureros", proclama *El Manifiesto* de 1848. Tal es el fruto de las luchas de clase del siglo XX en los continentes económicamente retrasados.

Es difícil cifrar con precisión la evolución de la clase obrera en las diferentes áreas; aun allí donde existen, las estadísticas burguesas utilizan criterios variables y fluctuantes. Una evaluación muy aproximativa permite, sin embargo, indicar órdenes de magnitud. Se ve entonces que si los obreros de fábrica de los países industrializados han pasado solamente de 50 a 100 millones entre fines de los años 20 y fines de los años 70, su número ha pasado de 10 a 50 millones aproximadamente en los nuevos continentes. El crecimiento de la clase obrera ha sido allí muy fuerte, puesto que el número de obreros de fábrica ha sido multiplicado por cinco en los países de joven capitalismo mientras que ha doblado solamente en los países industrializados. Y aquí no se ha tenido en cuenta más que a los obreros empleados en industrias manufactureras, con exclusión de las minas, de la construcción y trabajos públicos, y otras categorías. Si se tuviera en cuenta a todos esos obreros activos de la industria, a su familia y a los desocupados a su cargo, podría llegarse por cierto a la conclusión que la clase obrera industrial es, desde ya, al menos numéricamente, tan importante en los países de joven capitalismo de Asia, Africa y América Latina como en los países de capitalismo senil. Es indudable que, en promedio, la dimensión de las industrias es allí menos importante, pero está compensada por un peso relativo más grande de las grandes concentraciones industriales y urbanas.

Además, las jóvenes clases obreras no dejan de manifestar su existencia en ninguna ocasión: desde los motines de El Cairo en enero de 1977, los enfrentamientos de enero de 1978 en Túnez, las grandes huelgas del 78 y 79 en Perú y Brasil, la puesta en movimiento de la clase obrera iraní que la "revolución islámica" no logra calmar, cada nuevo mes aporta signos de esta vitalidad obrera. El proletariado entra en lucha, sea en la brecha abierta por los estudiantes, en Tizi-Uzu en abril o en Kuangju en mayo, junto a ellos como en el Cabo o en Durban en junio, sea solo como en la potente revuelta de Izmir en febrero, o en la magnífica huelga de los metalúrgicos de San Pablo en abril-mayo. No existe un solo país, incluida la China, que no esté tocado por la agitación obrera, aun si oficialmente existe una discreción muy grande en China sobre este fenómeno (40).

(40) "Las empresas chinas, a todos los niveles, se lee en *Le Courrier des Pays de l'Est*, n° 219 de 1978, parecen haber conocido graves problemas de disciplina en el curso de estos dos últimos años: huelgas, bandas políticas diversas, detenciones de trabajo sin causa precisa (¡sic!), ritmo de trabajo muy minorado. La política para contrarrestarlos ha apuntado a introducir cambios a nivel de la dirección (...) pero también al restablecimiento de reglas y de la reglamentación del trabajo".

Luego, el gran ciclo revolucionario burgués, al crear inmensos Estados, como China que por sí misma cuenta con cerca de un cuarto de la humanidad, simplifica tanto más la tarea del proletariado evitándole tener que dispersar sus esfuerzos en múltiples batallas políticas locales, como es aun el caso en otras regiones. Pero incluso en las zonas en las que la burguesía no ha tenido la fuerza de superar la balcanización favorecida por el juego del imperialismo, por las tendencias separatistas de las viejas clases y por su propia cobardía, el Medio Oriente árabe por ejemplo, la mezcla de poblaciones bajo la acción del Capital es tal que el terreno se despeja lenta pero seguramente para fundir todas las nacionalidades en una sola. Además, la gran corriente de migraciones internacionales jamás ha sido tan masiva, asegurando un flujo ininterrumpido entre los países de joven capitalismo y las viejas metrópolis imperialistas del Viejo como del Nuevo Mundo, aportando la sangre nueva de la revuelta social a las viejas clases obreras aún paralizadas por las derrotas pasadas y el peso de las "garantías sociales".

Finalmente, y esto es lo más importante, con el fin de la oleada antiimperialista las jóvenes burguesías, al alinearse sobre el orden establecido internacional, minan ellas mismas las justificaciones antiimperialistas en nombre de las cuales han logrado exigir del proletariado el sacrificio de sus propias reivindicaciones. *"La clase obrera tenía y tendrá siempre sus propios problemas, pero durante la Revolución ha olvidado sus propias reivindicaciones en un acto de fe extraordinario"*, declaraba el secretario general del FLN, Khider, en el momento de la independencia argelina (41). ¿Pueden, acaso, aquellos que se han enriquecido a costa de la miseria de las masas obreras, pedir aun, veinte años después, tales "actos de fe"? La represión que reina en Argelia después de los tumultos de Tizi-Uzu da una respuesta inequívoca a esta pregunta.

Como lo hemos señalado más de una vez con entusiasmo estos últimos años (42), esta clase obrera, que vibra aun de la espontaneidad revolucionaria que ha adquirido en la lucha contra el imperialismo, está ya empujada por la crisis a plantear sus propias reivindicaciones, aunque más no fuera en el plano inmediato, y a defenderlas con ardor y heroísmo, en condiciones en que tiene todo que conquistar, comenzando por las libertades de asociación, de huelga, de prensa, libertades que la burguesía se ha cuidado bien de concederle por su participación en la lucha nacional. En la revuelta de estas jóvenes clases obreras vemos la imagen del futuro que espera tarde o temprano al conjunto de la clase obrera de los países "avanzados", cuando hayan terminado de derrumbarse las "seguridades" y las "garantías" concedidas por las burguesías impe-

(41) Citado por François WEISS, *Doctrine et action syndicale en Algérie*, Ed. Cujas, Paris 1970, p.87.

(42) Remitimos al lector, en particular, a los artículos "Desde Turquía, un llamamiento a la guerra de clase" aparecido en *El Comunista* n° 33, "Lecciones de las recientes luchas obreras" en *Le Prolétaire* n° 312 y "EL Partido frente a sus tareas internacionales" en *El Comunista* n° 37.

rialistas para adormecer al proletariado de los viejos capitalismos con la ayuda de los falsos partidos "obreros", reformistas y socialimperialistas.

La « herencia » que nos deja la burguesía

En 1907, citando a Engels y considerando la experiencia de más de un siglo de revoluciones, Lenin escribía: "*Se ha verificado que para alcanzar verdaderamente sus objetivos inmediatos, sus objetivos burgueses ya totalmente maduros, para asegurar definitivamente las conquistas burguesas mínimas, la revolución debería superar ampliamente esos objetivos. Puede imaginarse el desprecio que habría experimentado Engels por las recetas pequeño-burguesas que, por anticipado, querían mantener la revolución en su marco pura y estrechamente burgués, a fin de que, como decían los mencheviques caucásicos en su resolución de 1905, 'la burguesía no se desvíe', o, como lo decía Pléjanov en Estocolmo, a fin de que haya 'una garantía contra la restauración'*" (43), y como lo repiten aun hoy hasta el hastío los herederos de Stalin y Mao, y todos los demócratas socializantes partidarios de fundir el proletariado en "frentes nacionales", incluso cuando éstos han perdido toda apariencia de potencialidad revolucionaria.

La observación de Lenin se ha visto más que confirmada por la experiencia de los últimos cincuenta años durante los cuales el proletariado no ha podido suministrar el *volante de inercia* capaz de hacer que las revoluciones vayan más allá de sus objetivos burgueses, y en los que éstas se han quedado muy frecuentemente *más acá* de lo que teóricamente podía esperarse. Esta es la razón por la cual, al término de su ciclo, la burguesía nos "deja en herencia" una cantidad de tareas aún no realizadas y que corresponden al proletariado tomar a su cargo. A continuación trazaremos un rápido cuadro de estas tareas en las diferentes áreas y sub-áreas de capitalismo joven. Sin embargo, no hay que creer que la delimitación de las diferentes áreas sea definitiva, ni la enumeración de estas tareas -de las que solo mencionaremos las más cruciales según las áreas- completa e inalterable.

América Latina (América del Sur y Central)

Formas de poder: Diferentes combinaciones de fracciones burguesas, desde el predominio de castas semicoloniales hasta el reparto del poder entre sectores de la gran burguesía terrateniente e industrial fuertemente aliada al imperialismo, con una tendencia creciente a la unificación "democrática" de las fracciones alrededor de gobiernos fuertes.

Reivindicaciones burguesas: Movimientos campesinos de revuelta contra la gran propiedad terrateniente y restos de movimientos anticoloniales (América central).

(43) Lenin, "Para juzgar bien la revolución rusa", *Obras*, t.15.

Extremo Oriente

(China, Corea, Mongolia)

Formas de poder: Fuerte tendencia a la estabilización de la burguesía y a su unificación política bajo la forma del partido único, por medio de la eliminación de las escorias del romanticismo pequeño burgués del período revolucionario (China); camarillas burguesas ligadas al imperialismo (Mongolia, Corea, Taiwan).

Reivindicaciones burguesas: aparte de las enunciadas más abajo para todas las áreas (a saber, las reivindicaciones de las libertades políticas y la nacionalización de la tierra), las reivindicaciones burguesas a las que hacemos referencia en las otras áreas son aquí marginales, salvo en Mongolia, Corea, Taiwan y, sin duda, en ciertas regiones de China occidental.

Sudeste asiático

(Indonesia, Malasia, Filipinas, Península indochina)

Formas de poder: Amplia gama de formas que van desde la dictadura militar de camarillas emplazadas por el imperialismo y que se apoyan en combinaciones de clases más o menos arcaicas o modernas (Tailandia, Indonesia) hasta la dominación de la burguesía bajo la forma del partido único (Vietnam).

Reivindicaciones burguesas: Revueltas campesinas dirigidas contra la vieja propiedad terrateniente desigualmente transformada desde arriba, revueltas contra los privilegios imperialistas y, secundariamente, revueltas de minorías nacionales oprimidas.

Subcontinente indio

(India, Ceilán, Pakistán, Bangladesch, Afganistán y diversos pequeños Estados)

Formas de poder: Combinaciones variadas y aun inestables de propiedad terrateniente más o menos transformada, de mediana burguesía industrial, de gran burguesía financiera, con formas de poder semiarcaicas (Estados himalayos) o camarillas burguesas emplazadas por el imperialismo (Afganistán).

Reivindicaciones burguesas: Revueltas contra la vieja propiedad terrateniente y los restos de servidumbre; igualdad social y política (problema de las castas), agudeza de las cuestiones religiosas, femenina, de las nacionalidades menores (India del Noreste, Pakistán), revueltas anticoloniales (Afganistán).

Cercano Oriente

(Irán, Turquía, Irak, Siria, Palestina, Líbano, Península arábiga, Egipto, Magreb)

Formas de poder: Combinaciones de fracciones burguesas; inicio de tendencia a la estabilización y a la unificación política en ciertos países, pero restos importantes de viejas clases en otros (Península arábiga).

Reivindicaciones burguesas: Revueltas contra los restos de la vieja propiedad terrateniente; cuestión confesional y laicismo del Estado, cuestión de la República, igualdad de derechos, cuestiones femenina y religiosa, muy agudas, revuelta de minorías na-

cionales oprimidas (Kurdistán) y contra los restos de régimen colonial directo (Israel).

Africa del Sur

Formas de poder: Alianza de la gran burguesía financiera y de formas de propiedad minera y terrateniente que utilizan las relaciones colonial-esclavistas.

Reivindicaciones burguesas: Eliminación del apartheid y de la dominación blanca, Estado unitario, igualdad de derechos, eliminación de los restos esclavistas, tribales, etc.

Africa Central

(Africa al Sur del Sahara, excepto Africa del Sur)

Formas de poder: De la dominación apenas velada a formas de asociación con el imperialismo que dejan más sitio a las viejas castas locales transformadas desde arriba y, sobre todo, a las clases burguesas nacientes.

Reivindicaciones burguesas: Revueltas contra los restos de servidumbre y de esclavitud colonial, contra el peso de los privilegios tribales y de la desigualdad étnica; revuelta contra los privilegios del imperialismo y toda la gama de formas más o menos antiguas de dominación, por la emancipación de la raza negra del yugo del imperialismo blanco.

o o o

A este rápido vuelo que debe servir de base al trabajo del Partido, es necesario agregar enseguida la reivindicación de la *nacionalización de la tierra*, central en materia agraria y auténticamente burguesa por su contenido, pero en cuya realización las revoluciones burguesas del siglo XX no han ido más allá que las del siglo XIX. Después, es necesario añadir la reivindicación de las *libertades políticas*, es decir, de los derechos de reunión, de asociación, de prensa, etc., que forman parte, teóricamente, del programa de la democracia burguesa, pero que, en general, la oleada revolucionaria burguesa del siglo XX no ha concedido al proletariado y a las masas explotadas de las ciudades y los campos, a diferencia de lo ocurrido en el siglo último.

No está excluido que la burguesía levante todavía, en uno u otro momento, algunas de estas reivindicaciones, en particular aquellas que conciernen al Estado, como la instauración de la República o de las libertades políticas. Pero lo haría aislándolas de las otras y privándolas de todo corte revolucionario. Más aún, ella las concibe como simples reformas acordadas para engañar al proletariado y obtener su apoyo al Estado así democratizado, en una palabra, como un instrumento para reforzar su dominación de clase. De todos modos, sean políticas o sociales, el proletariado hace de estas reivindicaciones una *palanca* de su emancipación revolucionaria y no espera su satisfacción completa más que de su propia dictadura de clase. *Todas estas reivindicaciones forman parte, en adelante, del programa inmediato de la revolución proletaria mundial.*

Sesenta años después de Bakú

Todo un período histórico se cierra, pues, en el movimiento social, pero igualmente en la vida de nuestro pequeño partido, que se reconstituyó en los años cincuenta restaurando el conjunto de la doctrina marxista incluidas sus perspectivas históricas. En lo que concierne al Oriente, éste debió volver a tomar la que fue definida en julio de 1920 en Moscú y completada en septiembre del mismo año por el Congreso de los Pueblos de Oriente en Bakú.

La perspectiva era entonces "*la unión de cientos de millones de campesinos de Oriente con los proletarios de Occidente*" para la destrucción del imperialismo mundial y la instauración de la *República universal de los Soviets* (44). De ahora en adelante es la *unión de cientos de millones de proletarios de los viejos y nuevos mundos* arrastrando tras de ellos, en la lucha contra las fortalezas imperialistas y toda la cadena mundial de los Estados burgueses, a las masas igualmente numerosas de campesinos pobres y explotados de los continentes dominados.

El *objetivo inmediato* es el Estado proletario, que se habría llamado la "República mundial de los Consejos de obreros y campesinos pobres" en las condiciones de 1920, es decir, en una época que ha dado, hasta aquí, la forma más elevada de ese Estado. Sin embargo, siendo un *instrumento de lucha* en un período de transición revolucionaria, no podría -así como no fue el caso ayer- sacar su fuerza organizadora de cánones constitucionales o de esquemas representativos, sino solamente de su naturaleza de *dictadura de clase*, centralizada a escala internacional gracias a la *dirección exclusiva del partido comunista mundial*.

El Estado proletario no se contentará con liquidar rápidamente las viejas relaciones feudal-patriarcales y la opresión imperialista en los continentes dominados. Deberá tomar *por doquier* todas las medidas inmediatas que aseguren la plena participación de los proletarios y de los campesinos pobres en la marcha del Estado, así como todas las medidas económicas y sociales contenidas desde siempre en el arsenal proletario para arrancar a las amplias masas de la miseria provocada por el capitalismo.

Una de las tareas urgentes será la institución despótica de un *plan único mundial* que, violando las leyes del mercado, pondrá a disposición del conjunto del mundo la totalidad de las riquezas hoy acumuladas en un puñado de países hiperprivilegiados a expensas de la inmensa mayoría de los países económicamente dominados. La puesta a disposición de la humanidad entera de las formidables capacidades productivas poseídas por los países ricos, tanto en el dominio agrícola como industrial, dará a la dictadura proletaria los medios de remediar las necesidades urgentes de las masas menesterosas de los países pobres en alimentos y en productos de primera necesidad, incluso antes que la *transferencia masiva de medios de producción*, hoy concentrados principalmente en los países imperialistas permita echar las bases de una organización racional de la producción a escala del planeta. Esta acción se volverá más armoniosa y más consciente a medida que el mercado desaparezca y que se opere la transformación comunista de la sociedad.

(44) Ver el *Primer Congreso de los Pueblos de Oriente*, Bakú 1920, cuya versión francesa fue publicada nuevamente por Ed. François Maspéro, París, 1971.

Reunión de Turín

1-2 junio de 1958

El programa revolucionario de la sociedad comunista elimina toda forma de propiedad de la tierra, de las instalaciones de producción y de los productos del trabajo

Al publicar estos "corolarios" de la reunión de partido del 1 y 2 de junio de 1958 en Turín, aparecidos en los números 16 y 17 del mismo año de nuestro quincenal Il Programma Comunista, debemos recordar que aquella reunión tomó la motivación -en su segunda parte- de la reunión de los máximos representantes del revisionismo postalinista en Lubiana, y es, al mismo tiempo, una viva reivindicación del papel central del partido en la revolución y en el Estado de la dictadura proletaria, y una ardiente polémica contra los deformadores y "actualizadores" de la visión revolucionaria marxista.

Por consiguiente, la anticipación que se hace, en el texto aquí reproducido, de los rasgos fundamentales de la sociedad comunista no es... salto del pensamiento o del deseo en el vacío mundo de las ideas: es inseparable de la lucha por destruir el modo de producción capitalista y, por tanto, por reconstruir el órgano-guía de esta formidable batalla, el partido de clase. Se trata de un texto escrito para militantes revolucionarios, no para soñadores de la Ciudad del Sol o para filósofos impotentes en espera de que el Verbo se haga carne.

Engels y los programas socialistas agrarios

En septiembre de 1894, el partido obrero marxista francés (el de Guesde y de Lafargue) adoptó en su congreso de Nantes un

programa de acción en el campo. En octubre, en Francfurt, se ocupó del mismo tema el partido socialdemócrata alemán. Engels; al final de su larga vida, seguía de cerca el movimiento de la Segunda Internacional Obrera, fundada después de la muerte de Marx en 1889. Hubo de disentir netamente de la resolución de los franceses, mientras quedó más satisfecho del congreso alemán, en el que fue rechazada una tendencia de derecha análoga a la que prevaleció en Nantes.

Engels dedicó al tema un artículo de la máxima importancia, publicado en la revista *Neue Zeit*, en noviembre de 1894. Este artículo se encuentra publicado en una traducción no muy exacta de la revista stalinista *Cahiers du Communisme* en noviembre de 1955. Los redactores de la publicación dicen en la presentación del texto que encontraron en casa de un descendiente de Marx (Lafargue era su yerno, como se sabe) una correspondencia notabilísima de Engels con Lafargue mismo. Engels no calla su reprobación, y sus formulaciones son verdaderamente importantes; sólo extraña la desenvoltura de los stalinistas al presentar un material histórico que los marca directamente.

Vosotros, dice con cierta amargura, a pesar del tono sereno, el viejo Engels a Lafargue, vosotros, los revolucionarios intransigentes de antaño, os arrimáis hacia el oportunismo un poco más que los alemanes. En una carta posterior, Engels subraya que escribió el artículo crítico con espíritu amistoso, pero no duda en repetir: "os habéis dejado arrastrar demasiado por la pendiente del oportunismo". Estas citas son útiles también para establecer a cuando se remonta la terminología de nuestras discusiones, a la que siempre hemos dado la más grande importancia. Antes de la muerte de Engels, ya los marxistas de la izquierda (que, en el congreso de Ruan de 1882, se habían escindido de los "posibilistas" partidarios del ingreso en los ministerios burgueses) se definían como revolucionarios intransigentes, y con el mismo término se llamaba, en el primer decenio del siglo, la fracción de izquierda del partido socialista italiano, opuesta al reformismo de Turati y al posibilismo de Bissolati, y de la cual nació el Partido Comunista tras una selección ulterior.

La palabra oportunismo, que muchos jóvenes creen que fue acuñada por Lenin en su arrolladora batalla de la primera guerra mundial, ya fue empleada por Engels y Marx en sus escritos. Otras veces hemos hecho notar que, semánticamente, no es la más feliz, pues conduce a la idea de un juicio moral, y no social-determinista. No obstante, la palabra tiene en lo sucesivo derecho histórico y expresa para todos nosotros la escoria y la vileza frente al sano marxismo.

En aquella carta escrita para "tratar un poco con consideración" al nada sospechoso revolucionario Lafargue, Engels da una definición del oportunismo derecha como una espada. En la frase: "os habéis puesto en la pendiente oportunista", siguen las palabras: "En Nantes, estábais en el camino de sacrificar el porvenir del Partido al éxito de un día". La definición puede permanecer lapidaria: *es oportunismo el método que sacrifica el futuro del Partido al éxito de un día. ¡Infamia a cuantos, entonces y después, lo hayan practicado!*

Es hora de llegar al meollo de la cuestión y al escrito de Engels. Este concluía que, para los franceses, todavía era tiempo de pararse y esperaba que su artículo contribuyese a ello. Pero ¿dónde están los franceses (y los italianos) del 1958?

Socialistas y campesinos al final del 1800

Al estudio de Engels se antepone un cuadro de la situación general de la población agrícola de Europa en aquel tiempo. Los partidos burgueses habían juzgado siempre que el movimiento socialista se habría de desarrollar sólo en el campo de los obreros industriales urbanos, y se asombraban ahora de que la cuestión campesina fuese puesta sobre el tapete por todos los partidos socialistas de aquel tiempo. La respuesta de Engels es la que se presenta a cada paso, por ejemplo, cuando nosotros mostramos que en pleno siglo veinte las cuestiones sociales de los países de color y no desarrollados industrialmente no pueden ser constreñidas al rígido dualismo capitalistas-proletarios, sino que, siempre y en todas partes, el marxismo debe tener respuestas de doctrina y de acción para todo el cuadro pluriclasista y no biclasista de la sociedad.

Engels está en condiciones de hacer dos únicas excepciones a la presencia fundamental de una gran clase de campesinos que no son asalariados ni empresarios: la Gran Bretaña propiamente dicha y la Prusia al este del Elba. Únicamente en aquellas dos regiones la gran propiedad terrateniente y la gran industria agraria han liquidado totalmente al pequeño agricultor que trabaja por su cuenta. Observamos que incluso en estos dos casos de excepción, el cuadro es de tres clases (como siempre en Marx, incluso si se trata de la sociedad burguesa *modelo*): asalariado urbano o rural, capitalista empresario industrial o agrario, proletario de la tierra al modo burgués, y no feudal.

En todos los otros países, para Engels y para todo marxista, "el campesino es un factor muy importante de la población, de la producción y del poder político". Nadie puede decir, pues: los campesinos, para mí, no existen, a la manera de la palinodia: los movimientos de los pueblos coloniales, para mí, no existen (1).

Pero que la teoría de la función de tales clases sociales, y la manera de comportarse hacia ellas del partido marxista, deba ser una copia de las de los partidos de la democracia pequeño-burguesa, ésta es la otra enormidad contra la cual Engels desenvainará una de sus "puestas a punto". Nosotros diremos más bien que es otra formulación de la misma enormidad.

Puesto que sólo un demente podría poner en duda el peso de los campesinos en la estadística demográfica y económica, Engels llega rápidamente al punto escabroso: ¿cuál es su peso como factor de la lucha política?

La conclusión es evidente: las más de las veces, los campesinos no han dado prueba más que de su *apatía*, basada en el *aislamiento* de la vida de los campos. Pero esta *apatía* no es un hecho exento de efectos: "ella es el apoyo más grande no sólo del despotismo ruso, sino también de la corrupción parlamentaria de París y Roma". No somos nosotros quienes incluimos Roma, sino el mismo Engels, y hace nada menos que 64 años.

(1) Ver la serie de Reuniones Generales del partido sobre esta cuestión en "El marxismo y la cuestión nacional y colonial", *El Programa Comunista* n.º 36 (octubre-diciembre 1980).

Engels muestra que desde que nació el movimiento obrero de las ciudades, los burgueses no han desistido jamás del intento de azuzar a los campesinos propietarios contra aquél, presentando a los socialistas como a aquellos que suprimen la propiedad, y otro tanto han hecho los propietarios terratenientes, simulando tener un baluarte común a defender con el pequeño campesino.

¿Debe el proletariado industrial aceptar como inevitable que, en la conquista del poder político, toda la clase campesina sea una aliada activa de la burguesía a derrocar? Engels introduce la visión marxista de la cuestión, admitiendo rápidamente que semejante perspectiva debe ser condenada y es tan poco útil a la causa de la revolución como la de que el proletariado no podrá vencer antes de la desaparición de todas las clases intermedias.

En Francia, la historia ha enseñado -como es presentado de modo insuperable en los textos clásicos de Carlos Marx- que los campesinos, con su peso, han hecho siempre inclinarse la balanza hacia el lado opuesto del que interesaba a la clase obrera, desde el primero al segundo Imperio y contra las revoluciones parisien-ses de 1831, 1848-1849 y 1871.

¿Cómo, pues, desplazar semejante relación de fuerzas? ¿Qué presentar y prometer a los pequeños campesinos? Estamos en el meollo del problema agrario. Pero la meta de Engels es descartar como antimarxista y contrarrevolucionaria toda defensa de la conservación de la pequeña propiedad. ¿Qué habría dicho el viejo y gran Federico si alguno hubiese propuesto, como hoy en Italia y en Francia (2), que el programa debe llegar a ser el de propugnar la difusión, para toda la población rural, de la propiedad total de la tierra trabajada?

Programas franceses

Ya en 1892, en el Congreso de Marsella, el partido obrero francés había trazado un programa agrario (era el año en que en Italia se llevaba a cabo la separación de los anarquistas y surgía en Génova el partido socialista italiano).

Este primer programa es menos condenado por parte de Engels que el de Nantes, en cuanto que este segundo, como veremos enseguida, había hecho mal manejo de los principios teóricos con el fin de introducir el apoyo del partido a los intereses inmediatos de los pequeños campesinos. En Marsella el partido se limitó a indicar fines prácticos de la agitación entre los campesinos (entonces se era partidario de la famosa distinción entre programa máximo y mínimo, que después condujo a toda la crisis histórica de los partidos socialistas). Engels pone de relieve que las reivindicaciones para los pequeños campesinos -de los que, entonces, se tomaba en consideración especialmente a los aparceros más que a los propietarios trabajadores- eran tan modestas que otros partidos las habían presentado y muchos gobiernos burgueses ya las habían realizado. Consorcios de los municipios rurales para la adquisición de máquinas, favorecidos por el Estado para que se formase un parque, prohibición de embargo sobre la cosecha por

parte del propietario, revisión del catastro, y así por el estilo...

El grupo de reivindicaciones para los asalariados agrarios es menos considerado todavía por Engels; algunas son obvias, porque son las mismas que las de los obreros industriales, como los mínimos de salario; otras son tolerables, como la formación, con los terrenos del municipio (bienes municipales), de cooperativas agrícolas de producción.

Sin embargo, este programa determinó para el partido, en las elecciones de 1893, un éxito electoral notable que, en vísperas del posterior congreso, se quiso impulsar más allá en la vía de conquistas para los campesinos. *Se sentía que se aventuraba uno por un terreno peligroso*, y entonces se quiso hacerlo preceder por una premisa teórica para mostrar que no había contradicción entre el programa máximo socialista y la protección del pequeño campesino, ¡aun en su derecho de propietario! Es aquí donde Engels, después de haber referido los considerandos del programa, a punta toda su crítica. Se quiso, dice, "mostrar que los principios del socialismo quieren que se proteja la pequeña propiedad contra la ruina con que la amenaza el modo de producción capitalista, aunque se vea perfectamente que tal ruina es inevitable".

Dice el primer considerando que, en términos del programa general del partido, los productores no serán libres más que cuando estén en posesión de los medios de producción. El segundo dice que si para el campo industrial se puede prever la restitución de los medios de producción a los productores en forma colectiva o social, en el campo agrícola, al menos en Francia, el medio de producción, la tierra, se encuentra poseído por el trabajador a título individual en la mayoría de los casos.

Según el tercer considerando, la propiedad campesina "está destinada fatalmente a desaparecer", pero "el socialismo" no debe "precipitar esta desaparición, no siendo tarea suya separar la propiedad del trabajo", sino, por el contrario, "reunir en las mismas manos estos factores de toda producción".

En el cuarto considerando se dice que así como las instalaciones industriales deben ser arrebatadas a los capitalistas privados para dárselas a los trabajadores, de la misma manera los grandes dominios de la tierra deben ser dados a los proletarios agrícolas y, por consiguiente, es deber, siempre "del socialismo", "mantener en posesión de sus trozos de tierra, contra el fisco, la usura y la invasión de los nuevos grandes propietarios terratenientes, a los campesinos propietarios que trabajan su tierra".

El quinto considerando es el que Engels encontrará más escandaloso: los primeros crean una tremenda confusión de doctrina, éste aniquila directamente el concepto de la lucha de clase: "se puede extender tal protección a los productores que, bajo el nombre de colonos y aparceros, valorizan las tierras de los otros; y que, si explotan a asalariados, están constreñidos a ello de alguna manera por la explotación de la que ellos mismos son víctimas".

La lamentable conclusión

De estas desdichadas premisas surge el programa práctico que está "destinado a coaligar en la misma lucha contra el enemigo común, la *feudalidad agraria*, a todos los elementos de la producción agrícola, todas las actividades que, a títulos diversos, valorizan el suelo nacional". Aquí, como demuestra Engels, aun con la evidente preocupación de no tratar de asnos a viejos profesores marxistas, es lanzado al aire todo el planteamiento histórico, confundiendo, en la Francia de 1894, a los propietarios feudales, aniquilados un siglo antes por la gran revolución, no tanto con los grandes arrendatarios capitalistas, lo industriales de la agricultura, hacia los cuales los nacional-comunistas traidores de hoy lanzan directamente invitaciones a entrar en un gran bloque, porque *valorizan* la tierra (!), sino con los *propietarios agrarios a título burgués*, que no administran la hacienda agrícola, sino que viven de la *renta* pagada por pequeños colonos o grandes arrendatarios. Esta tercera clase de la sociedad capitalista no tiene nada que ver con la antigua nobleza feudal; la primera ha comprado sus bienes territoriales con dinero, y los puede vender, desde que "la revolución burguesa hizo de la tierra un artículo de comercio"; la segunda (es decir, la clase feudal) tenía un derecho inalienable no sólo sobre la tierra, sino sobre los trabajadores que la poblaban. Engels recordará a estos torpes discípulos que contra tal clase feudal existió el bloque "durante un cierto tiempo y con fines definidos", pero está claro que en este bloque histórico -cuyo tiempo en Francia es remoto y en Rusia era todavía actual en 1894- tomaron parte los mismos "señores burgueses de la tierra".

Semejante pestífero error sofoca todavía el horizonte proletario europeo por culpa del oportunismo stalinista triunfante. Las armas doctrinales para combatir sus efectos ruinosos no hay que buscarlas en los datos suministrados por el tiempo transcurrido desde 1894 a hoy, sino en el mismo arsenal válido del que Engels se sirve aquí.

Esta política agraria, decididamente de bloques, mata la lucha de clase, y en cuanto es llevada a cabo por el mismo partido que acoge a los trabajadores de las fábricas la mata también en total provecho de los capitalistas industriales, y es garantía de supervivencia de la forma social burguesa hasta que esos partidos elefantiásicos no se hayan desmoronado.

Pero permaneciendo en la parte doctrinal, antes de considerar la política, es necesario hacer una observación igualmente pesimista, que sería vano omitir, hoy, en cuanto que, a diferencia de 1894, el oportunismo no está en el estado de amenaza, sino que ya ha quitado toda energía a la clase obrera. Muchos -o casi todos- de los grupos que se van poniendo contra los grandes partidos stalinistas o post-stalinistas y que han salido de ellos, muestran tener sobre el "*contenu du socialisme*" ideas tan *amarxistas* como las del programa de Nantes (puesto que estamos en Francia, referirnos al grupo de *Socialisme ou Barbarie*). Diríamos *antimarxistas* si no estuviésemos en presencia del lenguaje sereno de Federico Engels, que, evidentemente, sabía por experiencia, y por los efectos de muchas agrias reprimendas del Padre Marx, que el francés no quiere ser *choqué* (herido), pero ni siquiera *froissé* (ofendi-

do). En el primer caso pone la cara de un d'Artagnan, en el segundo la de un Talleyrand, como fue el caso más tarde de Frossard (un campeón mundial del amarxismo) en el II Congreso de la Internacional Comunista. ¡Y quien osó tal cosa se llamaba Lenin!

Serie de fórmulas falsas

Las formulaciones falsas son utilísimas para esclarecer el verdadero "contenido" del moderno programa revolucionario. Las antiguas ideologías sociales tuvieron forma *mística*, pero no por eso dejan de ser condensaciones de la experiencia humana de la especie, de la misma naturaleza que las más desarrolladas a que se ha llegado en la era capitalista y en la lucha por derrocarla. Podríamos decir que las antiguas místicas tuvieron la forma respetable de una puesta en serie de tesis afirmativas. La *mística* moderna, la normativa de la acción de las fuerzas destructivas de la sociedad presente, se ordena mejor en una serie de tesis *negativas*. El grado de conciencia del futuro, que no puede alcanzar el individuo, sino únicamente el partido revolucionario, se forja de un modo más expresivo -al menos hasta que la sociedad sin clases sea un hecho- en una serie de normas del tipo: así no se dice - a sí no se hace.

Esperamos haber presentado en forma modesta y accesible un resultado elevado y más bien arduo. A tal fin convendrá examinar, siguiendo los pasos de Engels, maestro en tal método, las fórmulas equivocadas de los considerandos de Nantes.

Engels comienza diciendo, acerca del primer considerando, que no es justo sacar de nuestro programa general la fórmula "los productores no serán libres más que cuando estén en posesión de los medios de producción". El mismo programa francés de la época añade enseguida que tal posesión sólo es posible bajo la forma individual -que jamás ha sido general y que el desarrollo industrial hace cada vez más imposible- o bajo la forma común, cuyas condiciones se han formado con la estabilización de la sociedad capitalista. El único fin del socialismo, pues, dice Engels, es "la posesión común de los medios de producción y la conquista colectiva de éstos". A Engels le urge establecer que ninguna conquista o conservación de la posesión individual de los medios de producción por parte del productor puede figurar como meta del programa socialista. Y añade: "no sólo en la industria, donde el terreno está ya preparado, sino, en general, también en la agricultura".

Esta es una tesis fundamental en todo escrito clásico marxista. El partido proletario -a menos que se haya declarado abiertamente revisionista- no puede defender o proteger ni por un instante aquella reunión del trabajador con los medios de su trabajo, que se realiza a título individual, parcelario. El texto aquí estudiado lo repite casi a cada momento.

Además, Engels refuta el concepto expresado en la fórmula errónea acerca de la "libertad" del productor. Esta no está asegurada de ninguna manera por aquellas formas híbridas, entrelazadas con la sociedad actual, en que el productor posee la tierra y tam

bién una parte de sus instrumentos de trabajo. En la economía presente, todo esto es bien precario y no garantizado para el pequeño campesino. La revolución burguesa le ha dado indudablemente la ventaja de desatarlo de los lazos feudales, y de la servidumbre personal de dar parte de su tiempo de trabajo o parte de sus productos. Pero esto no le garantiza, cuando haya llegado a la propiedad del "trozo" de tierra, el no ser separado de él de cien maneras, que Engels detalla junto a la parte concreta del programa, sino que son inseparables de la esencia de la sociedad capitalista: impuestos, deudas hipotecarias, destrucción de la industria doméstica rural, embargos hasta llegar a la expropiación. Ninguna medida legislativa (reforma) podrá evitar que el campesino se venda espontáneamente *en cuerpo y alma*, incluída la tierra, antes que morir de hambre. Aquí, la crítica raya la invectiva: "¡Vuestro intento de proteger al pequeño campesino en su *propiedad* no protege su *libertad*, sino sólo la forma particular de su *servitudo*; prolonga una situación en la que no puede ni vivir, ni morir!".

Falso espejismo de la libertad

La fórmula malsana del primer considerando, que, de un error conduce a otro mayor, será denunciada por nosotros con menos generosidad que la del gran Engels; no tenemos ante nosotros a un Paul Lafargue en el que el marxismo ha dormitado por un momento y al que se trataba de despertar, sino una puerca banda de traidores y derrotistas cuyas almas están ya condenadas.

El considerando aparenta responder a esta pregunta: ¿cuándo serán libres los productores? Y responde: cuando no estén separados de sus medios de producción. Por esta pendiente llega a idealizar una sociedad imposible y miserable de pequeños campesinos y artesanos, y el maestro no dejará de lanzar acerbamente el calificativo de orientación reaccionaria, puesto que una sociedad así es mucho más atrasada que la de proletarios y capitalistas. Pero el error, completamente metafísico e idealista, que ha disipado toda visión histórico-dialéctica y determinista, es el de presuponer un enunciado estúpido, que muchos pretendidos "izquierdistas" de ambos lados del Atlántico profesan hoy, a saber: el socialismo es un esfuerzo por la liberación individual del trabajador. Este enunciado inscribe ciertos teoremas económicos dentro de los límites de una filosofía de la Libertad.

Nosotros repudiamos semejante punto de partida: éste es es tupidamente burgués y no conduce más que a la degeneración cuyo espectáculo nos presenta en todo el mundo el stalinismo. La fórmula no sería menos deforme si se hablase de liberación colectiva de los productores. En efecto, se trataría de establecer los límites de esta colectividad, y es aquí donde hacen aguas todos los "inmediatistas", como veremos a continuación. Este límite es tan vasto que debe reunir en su seno a la manufactura y a la agricultura y, en general, toda forma de actividad humana. Cuando la actividad humana, que tiene un sentido mucho más amplio que la producción, término ligado a la sociedad burguesa, no tenga límites en su dinámica colectiva, ni tampoco límite temporal entre genera

ción y generación, se comprenderá que el postulado de la Libertad era una ideología burguesa transitoria y caduca, en otro tiempo explosiva pero hoy somnifera y falsa.

Propiedad y trabajo

En el desdichado *considerando* tercero se cree partir de algo incontestable al decir que la tarea del socialismo consiste en reunir y no separar la propiedad del trabajo. Engels no quería ser feroz, pero repite que "bajo el aspecto general, *no es ésta la tarea del socialismo*; al contrario, ésta consiste en devolver a título colectivo los medios de producción al productor". Si esto se pierde de vista, dice Engels, está claro que se llega a "imponer al socialismo que haga una cosa que en el párrafo anterior se ha declarado imposible, es decir, mantener a los campesinos en posesión de la propiedad parcelaria, después de haber dicho que ésta esta destinada a desaparecer fatalmente".

También aquí se debe descarnar más todavía, teniendo presente todos los tejidos marx-engelsianos y toda nuestra doctrina. Ante todo, la cuestión de la "separación" no es metafísica, sino histórica. No se trata de decir que la burguesía ha separado la propiedad del trabajo y que nosotros, para contrariarla, los reuniremos. Esto sería pura tontería. El marxismo jamás ha descrito, en la revolución y en la sociedad burguesas, un proceso de separación entre propiedad y trabajo, sino el de separación de los *hombres* que trabajan de las condiciones de su trabajo. La propiedad es una categoría histórico-jurídica. La separación susodicha es una relación entre elementos bien reales y materiales: por un lado, los hombres que trabajan; y, por otro, la posibilidad de acceder a la tierra y de empuñar los utensilios del trabajo. La servidumbre feudal y la esclavitud habían unido los dos elementos de un modo muy simple: encerrando a ambos elementos en un mismo campo de concentración, del cual se substraña aquella parte de los productos (otro elemento físico concreto) que placía a la clase dominante. La revolución burguesa rompió a patadas aquel cerco y dijo a los trabajadores: sed libres de salir; después volvió a cerrar y realizó aquella *separación* de la que se discute. La clase dominante quitó el alambre de púas y monopolizó las condiciones de la producción, quedándose con todo el producto: ¡los siervos que huieron hacia el hambre y la impotencia continúan aún cortejando el milagro de la Libertad!

El socialismo quiere abolir, para cualquiera que sea (individuo, grupo, clase o Estado), la posibilidad de extender cercas de alambre espinoso; pero esto no se puede indicar con las palabras insensatas de reunir nuevamente la propiedad y el trabajo! Significa hacer que se acabe y que muera la propiedad burguesa y el trabajo asalariado, la última y la peor de las servidumbres.

Cuando el texto de Nantes dice después que trabajo y propiedad son los dos factores de la producción, cuya separación comporta la servidumbre y la miseria de los proletarios, cae en una enormidad todavía más grande. ¡La propiedad un factor de la producción! Aquí el marxismo es olvidado y renegado plenamente. En la descripción del modo de producción capitalista, la tesis cen-

tral del marxismo es que hay un solo factor de la producción, y es el trabajo humano. La propiedad de la tierra, o los utensilios y las instalaciones, no es otro factor de la producción. Llamarlos factores sería recaer en la fórmula trinitaria anquilada por Marx en el volumen tercero del "Capital"; para esta fórmula, la riqueza tiene tres fuentes: tierra, capital y trabajo, y la doctrina vulgar justifica las tres formas de retribución: renta, ganancia y salario. El partido socialista y comunista es la forma histórica en lucha contra el dominio de la clase capitalista, en cuya doctrina se defiende que el capital, a igual título que el trabajo, es un factor de la producción. Pero para encontrar la doctrina que defiende el tercer término, la tierra factor de la producción, tenemos que volver todavía más atrás, más allá de Ricardo, a los fisiócratas del tiempo feudal, en cuya doctrina se apoyaba precisamente (¡miren un poco!) ¡la justificación histórica del dominio de la execrada feudalidad!

Reunir, pues, la tierra con el trabajo es una grave herejía marxista, y lo es tanto si se trata de trabajo individual como de trabajo colectivo.

Empresa industrial y agraria

Precisamente, el resbaladizo considerando cuarto, que contiene la trampa de la defensa de la pequeña hacienda parcelaria, parte de la comparación de las grandes industrias que "deben ser arrancadas a sus detentores ociosos", o sea, los burgueses urbanos (no ociosos, sin embargo, en el tiempo del "Maître des Forges"), con los grandes dominios que deben ser entregados a los proletarios agrícolas "bajo forma colectiva o social". Más adelante, Engels hace de manera muy distinta la comparación entre la expropiación socialista y revolucionaria del patrón de fábrica y la de los agrarios. El programa de Nantes, además de no profundizar la distinción esencial entre gestión "colectiva" y "social", cuestión que apenas toca, esquivo la no menos importante distinción entre gran dominio o gran propiedad de la tierra y gran empresa agraria. Cuando la gestión unitaria de la producción por medio de trabajadores asalariados constituye una explotación técnica única -aun cuando parte del salario es dada no en moneda, sino en productos- forma que Marx define como un residuo medieval y que los "marxistas" toglattianos italianos "protegen" para atar mejor el proletariado rural a la inmundicia forma de partícipe parcelario -entonces no hay razón para no tratar esta unidad productiva del mismo modo que la fábrica de los señores Krüpp, para emplear un ejemplo de Engels. Pero el caso difícil surge cuando se tiene una gran propiedad rural de un solo titular dividida, no obstante, en un gran número de pequeñas explotaciones familiares técnicamente autónomas, de pequeños colonos y de pequeños aparceros. En tal caso, la expropiación no tiene el carácter histórico que la de la gran industria concentrada, sino que se reduce -si subsisten aún formas feudales, como era el caso de Rusia en 1917- a una liberación de los siervos de la gleba que no supera todavía la inferioridad de la división parcelaria. En régimen burgués consolidado, como el francés de fines de mil ochocientos, la fórmula programática no deberá limitarse, en opinión de Engels, a la transforma-

ción de los colonos de arriendo monetario o en especie en "libres" propietarios trabajadores, sino que los partidos socialistas deben propugnar decididamente como objetivo de los campesinos -que se pueden aceptar en el partido y bajo su influencia- la formación de cooperativas de producción agrícola de gestión unitaria, forma de transición también en cuanto deberá tender poco a poco a la "institución de la Gran Cooperativa nacional de producción". Esta fórmula es empleada por Engels para estigmatizar, con severidad adecuada, toda inclusión en el programa -incluso inmediato- una partición de la gran propiedad agraria entre los campesinos para reducirla a empresas parcelarias o familiares.

Acerca de este punto hay que añadir otra consideración -que hay que vincular a otros textos marxistas- sobre el punto de llegada del programa socialista. La gestión colectiva de empresas ya unificadas bajo el patronato burgués podrá ser concebida como un expediente transitorio si se piensa como sujeto de tal gestión a la colectividad de los trabajadores adscritos a la empresa. Pero semejante consideración no debe hacer pensar que el socialismo se agote con la substitución de la propiedad patronal o capitalista de la fábrica (que hoy ya es colectiva en las sociedades anónimas) por una *propiedad colectiva* obrera. Cuando las fórmulas son correctas, no se encuentra en ellas la palabra propiedad, sino la de posesión, la de toma de posesión de los medios de producción, y más exactamente todavía, la de explotación, de gestión, de dirección, a la cual hay que fijar el sujeto preciso. La expresión gestión social es mejor que la de gestión cooperativa, mientras que sería completamente burguesa y no socialista una "propiedad cooperativa". La expresión gestión *nacional* sirve para adecuarse a la hipótesis de que la expropiación de las instalaciones y de la tierra pueda hacerse en un país y no en otro, pero hace pensar en la gestión estatal que no es otra cosa que una propiedad capitalista del Estado sobre las empresas.

Permaneciendo todavía en el terreno de la agricultura, que hemos establecido aquí que -según el programa comunista- la tierra y los medios de producción deben pasar a la *sociedad* organizada sobre bases nuevas, que ya no podrán ser llamadas de producción de mercancías. Por consiguiente, la tierra y las instalaciones rurales pasan al conjunto de todos los trabajadores, ya sean industriales o agrícolas, y lo mismo ocurre con las instalaciones industriales. Sólo en este sentido se puede leer a Marx cuando éste habla de abolición de las diferencias entre ciudad y campo, y de la superación de la división social del trabajo como pilares de la sociedad comunista. Las viejas fórmulas de agitación: las fábricas para los obreros y la tierra para los campesinos, del género de esas todavía más insulsas: los barcos para los marineros, aunque demasiado empleadas incluso en tiempos recientes, no son más que una parodia del formidable potencial del programa revolucionario marxista.

La aberración extrema

Antes de buscar en otros textos de Marx la remota anticipación de los principios que hemos recordado, cerraremos nuestra am

plia explicación del estudio de Engels refiriendo su indignación, porque es actualísima, ante el último de los cinco considerandos, aquel que atribuye al partido el deber de ayudar también a los campesinos colonos y aparceros que explotan obreros asalariados! Omitimos la sutil crítica destructiva de Engels aun de la parte de detalle decidida en Nantes, con medidas reformadoras que o estaban privadas de toda posibilidad de realización, o habrían llevado a los mismos campesinos al punto de partida del que habían surgido su miseria y embrutecimiento, en Francia y en otras partes, aplicando mal la palanca con la que se quería ponerlos en movimiento.

También omitimos la parte final sobre Alemania, donde afortunadamente el partido no había cometido errores análogos, en que se demuestra cómo es necesario apoyarse en los campesinos desposeídos del este, semisiervos de los boyardos prusianos, de preferencia al campesinado del oeste, privado de potencial revolucionario.

Nos duele no haber encontrado en este escrito de Engels una referencia a Italia, donde en aquel tiempo el partido, con alto espíritu clasista, dirigía la lucha de los braceros agrícolas, como en Romana y Pulla, contra los ricos aparceros burgueses, en las formas más violentas, realizándose lo que Engels presenta como la justa aspiración, es decir, que los campesinos asalariados estén en el partido socialista y los aparceros y colonos en otro partido pequeñoburgués, que en Italia era el republicano. Mientras que hoy, por el contrario, los "comunistas" hacen lo que fue programado desvergonzadamente en Francia en 1894, estrangular la lucha de clase de los trabajadores asalariados de los campesinos y colonos medios, como hemos referido.

Valgan las palabras de Engels para los traidores de hoy:

"Henos aquí, pues, en un terreno verdaderamente extraño. El socialismo combate específicamente la explotación de los asalariados. Y aquí se nos viene a decir que el deber imperioso de los socialistas franceses es proteger a los colonos franceses cuando ellos "explotan a jornaleros" -¡cito textualmente!- ¡Y esto porque ellos son, en cierto modo, constreñidos por la explotación de la que ellos mismos son víctimas!

"¡Qué fácil y agradable es deslizarse a lo largo de este plano inclinado! (¡Oh padre Engels, vos no imaginábais los extremos a que habría llegado esta lujuria del éxito demagógico y de la traición!). ¡Que los grandes y pequeños campesinos alemanes vengán a rogar a los socialistas franceses que intercedan cerca del Comité Directivo del Partido socialista alemán para ser protegidos cuando explotan a sus "domésticos" asalariados, quejándose de la explotación de la que ellos mismos son víctimas por parte de usureros, recaudadores, especuladores de grano y mercaderes de ganado! ¿Qué se les respaldará? ¿Y por qué no vendrían también nuestros grandes señores de la tierra con su conde Kanitz (representante de los propietarios terratenientes en el Reichstag alemán) a pedir la protección socialista para explotar a los obreros agrícolas, basándose en la explotación de la que también ellos son víctimas por parte de los especuladores de la Bolsa sobre las rentas y sobre el grano?"

Podemos concluir con una última cita sobre los campesinos y la pertenencia al partido que es verdaderamente una norma que no hay que olvidar jamás:

"¡Yo niego simplemente que el partido obrero de un país cualquiera tenga que admitir en sus filas, además de los proletarios rurales y a los pequeños campesinos, a los campesinos grandes y medios, o también a los colonos de las grandes posesiones, a los ganaderos o los otros capitalistas que valorizan el suelo nacional!

"Si nosotros podemos admitir en nuestro partido a elementos de todas las clases de la sociedad (justísimo), no podemos tolerar en él grupos de intereses capitalistas o campesinos medios o burgueses medios!".

¡Hé aquí cómo se defiende el partido, su naturaleza, su doctrina no comerciable, su futuro revolucionario! Y hé aquí por qué únicamente el partido político es la forma que salva de la degeneración la lucha de clase del proletariado urbano y rural de todos los países.

El gran dictado de Marx

Nuestros compañeros franceses nos trajeron a Turín un texto de Marx cuya publicación anota cuanto sigue: "Este manuscrito, encontrado después de la muerte de Carlos Marx en sus archivos, es posiblemente un *addenda* a un trabajo sobre la nacionalización de la tierra que Marx había escrito a petición de Applegarth. Este trabajo no ha sido encontrado todavía. El título del compendio es *A propósito de la nacionalización de la tierra*".

Este desarrollo magistral viene en apoyo de nuestra modesta repetición de que el marxismo no modifica las formas de la propiedad, sino que niega radicalmente la apropiación de la tierra. Comenzamos evocando un pasaje teóricamente menos arduo:

"En el Congreso Internacional de Bruselas de 1868, uno de mis amigos decía (estábamos en la Primera Internacional y la expresión dice que no se trataba de un libertario bakuninista): la pequeña propiedad ha sido condenada por el veredicto de la ciencia, y la grande por la justicia. No queda, pues, más que una alternativa: la tierra debe convertirse en la propiedad de asociaciones agrícolas, o en la propiedad del conjunto de la nación. El futuro decidirá esta cuestión.

"Yo (Marx) digo, por el contrario: El futuro decidirá que la tierra no puede ser más que propiedad nacional. Transferir la tierra a los trabajadores agrícolas asociados SIGNIFICA ENTREGAR TODA LA SOCIEDAD A UNA CLASE PARTICULAR DE PRODUCTORES".

El contenido de esta breve expresión es gigantesco. Ante todo, prueba que no está en la línea marxista el librarse de cuestiones arduas remitiéndolas a la revelación y decisión de la his-

toria futura. El marxismo sabe bien, desde los inicios, resolver de modo tajante las características esenciales de la sociedad futura, y las enuncia explícitamente.

En segundo lugar, el término *nacional*, y propiedad nacional, no es adoptado más que con el fin de un diálogo socrático con el primer enunciante. En la tesis positiva se habla de *transferencia* y no de propiedad; ni de la nación, sino de *toda la sociedad*.

Finalmente, se puede desarrollar la presente *proposición*, magistral en el sentido elevado del término, de este modo consecuente: El programa socialista no está bien expresado como abolición de la entrega de un sector de los medios productivos a una clase de particulares, o a una minoría de ociosos no productores. El programa socialista exige que ningún ramo de la producción sea regido por una sola clase, *incluso de productores*, en lugar de por toda la sociedad. Por consiguiente, la tierra no irá a *asociaciones de campesinos*, ni a la *clase campesina*, sino a *toda la sociedad*.

Esta es la condena despiadada de toda deformación inmediatesta, que desde hace tiempo venimos persiguiendo sin cesar, aun en los pretendidos revolucionarios de izquierda.

Este teorema del marxismo abate todo comunismo y sindicalismo, así como todo "socialismo de empresa" (ver capítulos especiales de nuestros *Fundamentos del comunismo revolucionario*), por que esos programas *surannés*, ruinosamente envejecidos, "entregan" energías indivisibles de la sociedad a grupos limitados.

Esta enunciación fundamental anula toda definición, por parte de stalinistas o post-stalinistas, de *propiedad socialista* de las formas agrarias en las que las agrupaciones koljosianas se han visto entregar, como *clase particular de productores*, la sociedad entera, la vida material de toda la sociedad.

Por lo demás, ni siquiera la entrega al Estado de todas las empresas industriales, como es el caso de Rusia hoy, merece el nombre de socialismo. Este Estado, que por la misma razón va pasando a "grupos particulares de productores", por hacienda o por provincia, no es ya un representante histórico de la sociedad integral, *aclasiata*, de mañana. Semejante carácter se realiza y se conserva únicamente en el plano de la teoría política, gracias a la forma partido, que pisotea brutalmente todo inmediatismo y que es la única que puede conjurar la peste oportunista.

Pero volvamos brevemente al pasaje de Marx, que nos demostrará cómo toda atribución de propiedad, más bien toda entrega material de la tierra, a grupos limitados, corta la vía maestra al comunismo:

"La nacionalización de la tierra provocará una transformación completa de la relación entre el trabajo y el capital, y eliminará finalmente toda la producción capitalista, tanto en la industria como en la agricultura. Sólo entonces desaparecerán las diferencias y los privilegios de clase al mismo tiempo que su base económica, donde encontraban su origen, y la sociedad se transformará entonces en una asociación de "productores" (obsérvese que las comillas están puestas por Marx, y una debe leerse *única*). ¡Vivir del trabajo de otro se habrá convertido en una cosa del pasado! ¡Entonces, ya no habrá gobierno ni Estado en oposición a la sociedad misma!".

Antes de desarrollar una vez más estos principios esenciales del marxismo, inmutables y jamás cambiados, dejemos constancia de que Marx no duda jamás en describir resueltamente cómo será la sociedad comunista, asumiendo una responsabilidad ilimitada para todo el movimiento revolucionario de una fase histórica.

Este es el metal puro del marxismo original que resplandecerá fuera de la ganga de las mil incrustaciones sucesivas y que mañana resplandecerá intacto a la luz.

Marx y la propiedad de la tierra

En el escrito de Carlos Marx ya utilizado en el capitulito precedente, se define el programa de los comunistas bajo dos aspectos. Histórica y económicamente, se defiende la gran hacienda agraria, para la cual se emplea frecuentemente el término de gran propiedad, contra la pequeña hacienda y la pequeña propiedad. Además, en el programa comunista está contenida la desaparición o, como se suele decir menos exactamente, la abolición de cualquier forma de propiedad de la tierra, lo que quiere decir de cualquier sujeto de propiedad, tanto particular como colectiva.

Marx no se detiene mucho en las tradicionales justificaciones filosóficas y jurídicas de la relación de propiedad del hombre sobre la tierra. Estas se remontan a la vieja vanalidad de que la *propiedad* es una prolongación de la *persona*. El anticuado silogismo empieza a ser falso en su premisa misma, pasada en silencio: mi persona, mi cuerpo físico, me pertenecen, son propiedad mía. Nosotros negamos incluso ésta, que en el fondo no es más que una idea preconcebida nacida de las formas antiquísimas de la esclavitud, en la cual la fuerza saqueaba tierra y cuerpos humanos conjuntamente. Si yo soy esclavo, mi cuerpo tiene un propietario ajeno, el patrón. Si no soy esclavo, yo soy el patrón de mí mismo. Parece clarísimo y es pura tontería. En aquel desarrollo de la estructura social en que decaía la forma odiosa de la posesión sobre el ser humano, en lugar de prever el ocaso de todas las formas ulteriores de propiedad, era lógico que la superestructura ideológica -¡a la ilustre cola de todos los procesos reales!- diese solamente este pasito de pigmeo: para ella se verifica un simple *cambio* de patrón del esclavo, cosa a la que la pobremente humana estaba acostumbrada. Antes pasaba de esclavo de Ticio a esclavo de Sempronio, ahora he pasado a esclavo de mí mismo... ¡Tal vez un pésimo negocio!

El modo de razonar antisocialista vulgar es más necio que el mito de que hubo un primer hombre solitario que se creía rey del universo. Según la construcción bíblica, se debía admitir incluso que, al multiplicarse los humanos, el sistema de relaciones entre el único y los otros no hacía más que volverse más denso, y la ilusoria autonomía del yo dispersarse cada vez más. Para nosotros, los marxistas, a cada paso de modos de producción simples a los nuevos más intrincados aumenta la red de las múltiples relaciones entre el particular y todos sus semejantes, y disminuyen las condiciones designadas corrientemente con los términos de autonomía y libertad. Así se esfuma todo individualismo.

El burgués moderno y ateo que defiende la propiedad ve el curso histórico según su ideología de clase (cuyos escombros son hoy patrimonio únicamente de pequeños burgueses y de tantos supuestos marxistas). El ve el proceso al revés, como una sucesión de etapas de ridículo desvinculamiento del individuo-hombre de los lazos sociales (mientras que, en realidad, los lazos entre hombre y naturaleza externa se hacen cada vez más densos a través de la historia). ¡Liberación del hombre de la esclavitud, liberación de la servidumbre y del despotismo, liberación de la explotación!

¡En esta construcción opuesta a la nuestra, el individuo se desata, se desengancha y construye la autonomía y la grandeza de la Persona! Y mucha gente toma esta serie por la serie revolucionaria.

Individuo, persona y propiedad se avienen bien. Dado el principio falso de que hemos partido hace poco (mi cuerpo es mío, y también mi mano), el utensilio con el cual los prolongo cada vez más para trabajar también es mío. La tierra es también un instrumento del trabajo humano (aquí, la segunda premisa es justa). Los productos de mi mano y de sus varios prolongamientos son también míos: la Propiedad es, pues, un atributo inmarcitable de la Persona.

Hasta qué punto semejante construcción es contradictoria, se ve en el hecho de que, en la ideología de los defensores de la propiedad sobre el suelo agrario, que han precedido a los iluministas y a los capitalistas, la Tierra es por sí misma productora de riquezas, antes de y sin el trabajo que el hombre realiza en ella. ¿Cómo, pues, el derecho de posesión del hombre sobre trozos de suelo se convierte en el misterioso "derecho natural"?

Como se despacha Marx

Solicitado para que se pronuncie sobre la nacionalización de la tierra, Marx liquida de entrada tales fórmulas filosóficas impotentes.

"La propiedad del suelo, esa "fuente original de toda riqueza", se ha convertido en el gran problema de cuya solución depende el porvenir de la clase de los trabajadores.

"No entramos aquí en la discusión de todos los argumentos presentados por los defensores de la propiedad privada del suelo (juristas, filósofos y economistas); sin embargo, estableceremos primeramente que éstos esconden el hecho originario de la conquista bajo el velo del *derecho natural*. Si tal conquista ha creado un derecho natural para algunos, entonces bastará simplemente a aquellos que son los más numerosos reunir suficientes fuerzas para adquirir el derecho natural de reconquista de aquello que les fue quitado.

"A continuación (Marx quiere decir que los primeros actos de violencia crearon la propiedad de la tierra que, al inicio, había sido libre, y que después fue común), los conquistadores intentaron, por medio de leyes promulgadas por ellos

mismos, dar una especie de sanción social a su derecho de posesión surgido inicialmente de la fuerza. Finalmente, el filósofo viene a declarar que tales leyes gozan del consentimiento general de la sociedad. Si la propiedad privada del suelo estuviese fundada verdaderamente en semejante consentimiento general, quedaría abolida manifiestamente desde el momento en que ya no fuese reconocida por la mayoría de una sociedad.

"Dejamos de lado, sin embargo, el pretendido 'derecho de propiedad'..."

Nuestro propósito es seguir aquí el pensamiento de Marx hasta la negación de "cualquier" propiedad, es decir, de cualquier *sujeto de propiedad* (individuo privado, individuos asociados, Estado, nación y, finalmente, *sociedad*) así como de cualquier *objeto de propiedad* (la tierra, de la que hemos partido aquí, los instrumentos del trabajo en general, y los productos del trabajo).

Tal como lo hemos defendido siempre, todo esto está contenido en la fórmula inicial de la negación de la propiedad privada, es decir, en la consideración de tal forma como una característica transitoria en la historia de la sociedad humana, y que en el curso presente está destinada a desaparecer.

También terminológicamente, la propiedad no se concibe que como *privada*. Para la tierra, la cosa es más evidente en cuanto que la característica de la institución es el cercamiento dentro de un confín que no se traspasa sin consentimiento del propietario. Propiedad privada significa que el no propietario esta *privado* de la facultad de entrar. Cualquiera sea el sujeto del derecho, persona única o múltiple, sobrevive este carácter de "privatismo".

Contra toda propiedad parcelaria

Marx pasa enseguida a tomar posición contra el ejercicio de la producción agrícola en haciendas de superficie limitada.

Dejada de lado la cuestión filosófica después de algunos sarcasmos, prosigue así:

"Nosotros constatamos que el desarrollo económico de la sociedad, el crecimiento y la concentración de la población, las exigencias del trabajo colectivo y organizado, así como del maquinismo y de las otras invenciones, hacen de la nacionalización del suelo una *necesidad social*, y ninguna charlatanería sobre el derecho de propiedad puede nada contra esto.

"Pronto o tarde, los cambios dictados por una necesidad social se abren camino; deben ser realizados cuando se han convertido en una necesidad imperiosa para la sociedad, y la legislación está constreñida siempre a adaptarse a ellos.

"Lo que necesitamos es un acrecentamiento diario de la producción. Las exigencias de ésta no pueden ser satisfechas si se permite a un pequeño número de individuos regularla según

su capricho o agotar por ignorancia los recursos de fertilidad del suelo. Todos los métodos modernos, como la irrigación, el drenaje, el arado a vapor, los procedimientos de abono químico, deben entrar finalmente en aplicación en la agricultura. Pero jamás podremos aplicar eficazmente los conocimientos científicos de que disponemos ni los medios técnicos para la cultura del terreno que controlamos, como por ejemplo las máquinas agrícolas, si no cultivamos en gran escala una parte del suelo.

"La cultura del suelo en gran escala debe dar resultados muy superiores a los de la cultura de superficies pequeñas y fragmentadas (incluso en su actual forma capitalista, que rebaja al productor al rango de simple bestia de carga); ¿no daría aquélla un impulso inmenso a la producción (agraria) si fuese aplicada a escala nacional? Por una parte, las necesidades incesantemente crecientes de la población; por otra, el incesante aumento de los precios de los productos agrícolas nos aportan la prueba incontestable de que la nacionalización del suelo se ha convertido en una necesidad social.

"La regresión de la producción agrícola, que tiene su origen en las ingerencias individuales, se vuelve imposible desde el momento en que el cultivo del suelo es realizado bajo el control, a expensas y en provecho de la nación".

Es evidente que este escrito es de propaganda y está dirigido a un ámbito de gente todavía no seguidora del marxismo. Sin embargo, bien pronto llegará a las tesis radicales que hemos tratado ya bajo el titulillo "Un gran dictado de Marx". Aquí se demuestra la preferencia de una gestión nacional de naturaleza estatal, en cuanto se habla de gastos y de ganancias. Más adelante se clarificará que el Estado burgués será siempre impotente para realzar la agricultura.

El autor se atiene todavía a las cuestiones contingentes, y será interesante ver cómo las plantea en 1868 idénticamente a Engels en 1894 (que hemos expuesto en la primera parte de este estudio). ¿Cómo tendría hoy el derecho a usurpar el título de marxista el que haya llegado a establecer que, primeramente el colono, después el aparcerero y finalmente el bracero del campo, debe convertirse en propietario, como hacen los actuales "comunistas" de Italia y de Europa (2)? Para nosotros, esta parte esencial del marxismo, de la misma manera que ha marchado desde 1868 (más bien desde mucho antes) a 1894, llega con plena validez hasta hoy.

La cuestión agraria en Francia

Marx pasa a rebatir aquí el lugar común de la "rica" pequeña agricultura francesa. Sus palabras no necesitan comentario. Que el lector las conecte no sólo al planteamiento de Engels, sino también al de Lenin, cuya estricta ortodoxia como marxista agrario ya hemos mostrado a fondo al tratar sobre Rusia.

(2) Podemos añadir, en 1980: "en España y en toda América Latina".

"A este propósito se cita con frecuencia a Francia. Pero ésta, con sus *formas de propiedad agraria*, está mucho más lejos de la nacionalización de la tierra que Inglaterra con su economía de gran propiedad terrateniente. Es cierto que en Francia la tierra es accesible a todos aquellos que *pueden* comprarla, pero precisamente esta ventaja ha provocado el desmenuzamiento del suelo en pequeñas parcelas cultivadas por gente que dispone únicamente de medios irrisorios, que se reducen esencialmente al trabajo físico de ellos mismos y de sus familias.

"Esta forma de la propiedad de la tierra, con su cultivo de superficies diseminadas, no sólo excluye toda utilización de los perfeccionamientos agrícolas modernos, sino que, al mismo tiempo, hace del campesino el enemigo decidido de todo progreso social y, sobre todo, de la nacionalización de la tierra.

"Encadenado a la tierra a la que está constreñido a dar toda su energía y toda su vida, obligado a ceder la mayor parte de sus productos, bajo la forma de impuestos al Estado, bajo la forma de gastos judiciales a la camarilla de los magistrados y bajo la forma de intereses al usurero; ignorando totalmente la evolución social extraña a su campo de actividad, a pesar de todo ello, el campesino se aferra con un amor ciego a su palmo de tierra y a su título de propiedad puramente nominal. Es ésta la razón por la que el campesino francés ha sido impulsado a una oposición absolutamente nefasta contra la clase de los trabajadores de la industria. Precisamente porque las formas de la propiedad agraria son el mayor obstáculo para la nacionalización de la tierra, Francia no es, en su estado actual, el país donde podamos buscar la solución a este gran problema.

"Allí donde la nacionalización de la tierra fuese acompañada por su arriendo en pequeñas extensiones a trabajadores aislados, o a las asociaciones de éstos, bajo un gobierno burgués esto no haría más que desencadenar entre ellos una competencia despiadada y provocaría un cierto aumento de la "renta"; de este modo, se ofrecerían a los poseedores nuevas posibilidades de vivir a expensas de los productores".

La hipótesis hecha en este último párrafo prevé que atribuciones estatales de favor creen una clase de arrendatarios de hacienda que se aprovechen de la mano de obra asalariada, explotándola.

Clases y productores

En este punto del manuscrito de Marx se inserta el pasaje fundamental sobre la discusión en el congreso internacional de 1868. En este pasaje hemos dado inmenso relieve a la tesis de que la tierra es entregada a la "nación" y no a los trabajadores agrícolas asociados. Esta última fórmula es antisocialista porque "consignaría toda la sociedad a una clase particular de producto-

res", observación que no hay que olvidar. El socialismo no excluye sólo la sujeción del *productor* al *propietario*, sino también la de *productores* a *productores*.

La fórmula agraria rusa, con sus *koljoses*, es falsamente comunista. Los koljosianos forman una *clase de productores* que tienen en sus manos la subsistencia de toda la "nación". Sus derechos aumentan de año en año frente al "Estado": dispensa de entregas a precios impuestos, evolución "económica" de los mismos, a voluntad de la asociación, etc. Distinguiremos claramente entre los términos *Estado*, *nación* y *sociedad*; por ahora tenemos el derecho de decir que, económicamente, en la estructura rusa reaparecen la *competencia* y la *renta*.

En los *sovjoses*, los trabajadores de la tierra se reducen a puros asalariados, como los de la industria, sin derechos sobre los productos del campo (hasta la fecha), y no forman una clase de productores erigida contra la sociedad, como no la forman los proletarios de la industria, ensalzados como *patrones* (¡si bien en Rusia se ruborizan de este término!) de la sociedad misma, es decir, como *teniendo la hegemonía* sobre los campesinos (!).

La clásica discusión rusa sobre la tierra se planteaba de tres maneras: Repartición (populistas); Municipalización (mencheviques); Nacionalización (bolcheviques). Lenin defendió siempre, en la doctrina y en la práctica revolucionaria, la nacionalización, como Marx la ha defendido más arriba. La repartición populista, innoble ideal campesino, está a la altura de la política de los partidos comunistas modernos, por ejemplo, en Italia, donde se adornan con el adjetivo *popular* y son igualmente dignos del *populista*. La municipalización correspondía al programa de dar el monopolio de la tierra no a la sociedad, sino únicamente a la *clase* campesina. El municipio ruso aquí entendido era la aldea rural donde no viven más que campesinos y que tenuemente se une a la tradición comunitaria del *mir* primitivo (ver nuestra serie sobre la estructura rusa) (3). El sistema del koljos no es marxista ni leninista, y bien se lo puede definir -especialmente en las "formas" en curso- como una *provincialización de la tierra*, sobre la cual pierden cada vez más toda influencia las ciudades. Tal de formación, acentuada por el acontecimiento histórico de 1958, *choca* totalmente con la posición doctrinal de partido de 1868, según la cual la tierra no debe ser dada a "una clase de productores" (los socios de los koljoses), sino a toda la colectividad de obreros rurales y urbanos.

La tesis de la nacionalización no debe ser entendida como la de Ricardo: la tierra al Estado, con toda la renta de la tierra. Esto querría decir: la tierra a la clase capitalista industrial o a su representante potencial, que es el Estado capitalista industrial (como el ruso). La nacionalización marxista de la tierra es el opuesto dialéctico de la parcelación y de la entrega a asociaciones y cooperativas campesinas. Tal oposición dialéctica vale tanto para la estructura de la sociedad comunista sin *clases* ni Estado (ver el fragmento ofrecido en los párrafos preceden

(3) Ver "Russia e rivoluzione nella teoria marxista" (*Il Programma Comunista*, nº 21 al 24 de 1954 y nº 1 al 8 de 1955) y *Struttura economica e sociale della Russia d'oggi*, originariamente parecida en nuestro periódico italiano en los años 1955-1957 y editado nuevamente por Edizione Il Programma Comunista, Milán, 1976.

tes), como para la lucha política tanto de partido como de clase dentro de la sociedad capitalista, donde la reivindicación de la repartición parcelaria es mucho más indecente que cuando era agitada bajo el régimen de los zares. Cuando las tesis de la doctrina del partido se establecen como inmutables e inviolables tanto por parte del centro como de la base de los militantes, contienen la defensa contra la amenaza futura del morbo oportunista, y la tesis de la nacionalización es un ejemplo apropiado y típico.

Nación y sociedad

El término *nación* presenta, sin embargo, una ventaja respecto al mismo término *sociedad* cuando se emplea ya sea en teoría como en la agitación. Como extensión en el espacio, es sabido que la sociedad socialista la consideramos internacional, y que el internacionalismo es un concepto ínsito en la lucha de clase. Pero Marx advierte, cada vez que hace la crítica de la estructura económica capitalista, que él hablará de *nación* cuando quiera estudiar la dinámica de las fuerzas económicas, aunque la sociedad se extienda por diferentes naciones, pero sin querer encerrar jamás el paso revolucionario al socialismo en estrechos límites nacionales. Por otra parte, aun cuando sea útil hablar de *nación* y no de *Estado*, no se olvida que, mientras existe el Estado de clase que expresa el dominio de la clase capitalista, la *nación* no reúne en un complejo homogéneo a todos los habitantes de un territorio, y esto tampoco estará realizado ni siquiera después de la instauración de la dictadura del proletariado en uno o más países.

El término *nación*, limitativo respecto a la reivindicación clasista, internacionalista y revolucionaria, sigue siendo expresivo como contrapuesto a la entrega de determinadas esferas de medios productivos (la tierra, en nuestro caso) a *partes* y a *clases* aisladas de la sociedad nacional, a grupos locales o de empresa, a categorías profesionales.

Pero la otra ventaja que hemos señalado, la tenemos respecto a la *limitación en el tiempo*. *Nación* viene de *nacer*, y comprende de la sucesión de las generaciones vivientes, futuras e incluso pasadas. Para nosotros, el verdadero sujeto de la actividad social se hace más amplio, en el tiempo, que la misma *sociedad* de los hombres vivos en una fecha dada. La idea de *progenie* (dado por supuesto que la referimos a la progenie de todo el género humano, a la *especie*, palabra empleada por Marx y por Engels, y que es más potente que *nación* y que *sociedad*), supera toda la ideología burguesa de poder y de soberanía jurídico-política propia de los demócratas.

El concepto clasista basta para desmentir que el *Estado* representa a todos los ciudadanos vivos, y nosotros sonreímos cuando se quiere sacar semejante conclusión aventurada de la inscripción de todos los mayores de edad en las listas electorales. Bien sabemos que el Estado burgués representa los intereses y el poder de una sola clase, aun cuando tuviesen lugar votaciones plebiscitarias.

Pero hay más. Aun encerrando una red representativa o estructural en los límites de una sola clase, de la asalariada (peor sería si se toma el genérico *pueblo* de los rusos), no nos contentamos con una construcción de soberanía apoyada sobre el mecanismo de consulta de todos los elementos individuales de base (su poniendo que ese mecanismo pueda existir). Y esto vale tanto bajo el poder burgués, para dirigir la lucha revolucionaria, como después de su abatimiento.

Hemos defendido muchas veces, y especialmente en los *Fundamentos del comunismo revolucionario*, que únicamente el partido —evidentemente minoritario en el seno de la sociedad y de la clase proletaria— es la forma que puede expresar las influencias históricas de generaciones sucesivas en el paso de una forma social de producción a otra, en su unidad en el espacio y en el tiempo, en su unidad de doctrina, de organización y de estrategia de combate.

Por consiguiente, la fuerza revolucionaria proletaria no es expresada por una *democracia consultiva en el interior de la clase*, combatiente o vencedora, sino por el arco ininterrumpido de la línea histórica *del partido*.

Evidentemente, no solo admitimos que una minoría de los que están vivos y presentes pueda dirigir, contra la mayoría (incluso de la clase), el avance histórico, sino, lo que es más, pensamos que sólo esa minoría se puede colocar sobre la directriz que la liga a la lucha y a los esfuerzos de los militantes de las generaciones pasadas y futuras, actuando en la dirección del programa de la sociedad nueva, tal como se lo ha prefijado exacta y claramente la doctrina histórica.

Esta construcción que, a despecho de todo filisteo, nos hace proclamar la reivindicación franca: *dictadura del partido comunista*, está incontestablemente contenida en el sistema de Marx.

Ni siquiera la sociedad será propietaria de la tierra

En el Libro Tercero de *El Capital*, editado por Engels después de la muerte de Marx, el capítulo 46 lleva el título: *Renta de los terrenos para construcción, de las minas, de la tierra*. La deducción está enmarcada en la poderosa doctrina de la renta de la tierra, reivindicada línea a línea por el gran combatiente Lenin durante toda su vida. Puesto que en nuestra ciencia económica es defendido y demostrado que la renta extraída por el propietario terrateniente tiene el carácter de una parte alícuota del plusvalor que la clase asalariada produce y que se convierte en ganancia capitalista, está claro que el adversario puede plantear esta objeción: Se hacen negocios en que el propietario cobra la renta, como en el caso de negociación de los terrenos para la construcción, mientras siguen durmiendo allí bajo el sol y ni siquiera un obrero entra para dar un solo golpe de azada. ¿De qué trabajo, y de qué consiguiente plusvalor, sale esta ganancia patronal?

Pero nuestra ciencia económica no cae en defecto por esto. No somos una facultad académica, sino un ejército en orden de ba-

talla, y defendemos la causa de quien ha muerto y ha trabajado de la misma manera que la del que no ha trabajado todavía y todavía no ha nacido.

El que quiera razonar según las formulillas burocráticas del debe y del haber de las empresas registradas, junto a aquél que deducía el poder legal dentro de los límites de los nombres y resultados de las listas electivas, que se aparte, por favor.

Marx responde llevando las generaciones futuras a la escena de la batalla (este es un viejo dato de nuestra doctrina y no una hábil invención nuestra para hacer pasar la justa tesis, ya que contra la teoría y el programa de la revolución, también la mayoría de la clase proletaria hoy presente puede estar equivocada y encontrarse en las filas enemigas):

"El hecho de que su título de *propiedad* sobre una cierta parte del globo sea lo único que permita a ciertas personas apropiarse como tributo de una parte del plustrabajo social, está camuflado por el hecho de que la *renta capitalizada* se presenta como *precio* de la tierra y, por consiguiente, se puede vender como cualquier mercancía".

¿Está claro? Si considero que un terreno, que en el futuro rendirá presumiblemente cinco mil libras anuales al patrón, puede venderse por cien mil, yo he convertido en fuerza activa el plus-trabajo de obreros que trabajarán no veinte años, sino un número infinito de años futuros.

"En las mismas condiciones, el propietario de esclavos puede creer que ha adquirido su derecho de propiedad sobre el negro gracias a la compraventa de mercancías, y no por la institución del esclavismo (que las generaciones pasadas le han regalado)". ¡El pagará en dinero los años futuros del negro y de sus descendientes!

"Pero la venta no crea, de ningún modo, el título; no hace más que transferirlo. El título debe existir antes de poder ser vendido, y de la misma manera que ni una sola venta sería capaz de crearlo, tampoco lo haría una serie de ventas. (La alusión del doctor en derecho, Marx, se refiere a la ficción de los códigos burgueses de que la "prueba de la propiedad" se obtiene presentando los papeles de los títulos de transferencia que se remontan a un cierto número de años, por ejemplo, veinte o treinta). En suma, lo que ha creado el título son *las condiciones de la producción*. Desde el momento en que éstas han llegado al punto en que deben modificarse totalmente, la fuente de aquel título, la fuente material, económica y jurídicamente justificada, desaparece, y con ella todas las transacciones correspondientes".

Por ejemplo, añadimos para esclarecer el concepto al lector, cuando la producción esclavista caiga porque ya no es conveniente y por la revuelta de los esclavos, todos estos se convertirán en hombres libres, ¡y todo contrato anterior de venta de esclavos será nulo de efecto! Pero aquí invitamos al lector, una vez más, a leer el potente pasaje de la genial y original interpretación de la historia de las sociedades humanas, que caracteriza no menos rigurosamente la sociedad de mañana:

"Colocándonos desde el punto de vista de una organización económica superior de la sociedad, será tan absurdo decir que un individuo posee un derecho de propiedad privada sobre una partecita cualquiera del globo terrestre como decir que posee un derecho de propiedad privada sobre otro hombre. LA SOCIEDAD MISMA NO ES PROPIETARIA DE LA TIERRA: sólo hay USUFRUCTUARIOS que deben administrarla como buenos padres de familia, con el fin de transmitir a las generaciones futuras un bien mejorado".

Utopía y marxismo

También en este pasaje decisivo el método de Marx es claro. Nuestra previsión de la muerte de la propiedad y del capital, de su desaparición (que es un fin mucho más elevado que su transferencia inepta del sujeto individual al sujeto social) y también la no atribución de la decisión y de la voluntad al sujeto-individuo (aunque sea de la clase oprimida), sino únicamente a la colectividad-partido, colectividad cuya energía no resulta de la cantidad, sino calidad, se construyen en base a un análisis científico total de la sociedad presente y de su pasado. El capitalismo que queremos poner en la picota y matar, debemos primero estudiarlo y conocerlo en su estructura y en su curso real. Y es un deber no en el sentido moral y personal, sino una función impersonal del partido, ente que supera las cabezas de los hombres que opinan y los confines entre generaciones sucesivas.

En este punto está la respuesta a una posible objeción a nuestra acepción del marxismo, la única que capta su potencia y altura. El Marx presentado desde hace decenios por la corriente revolucionaria cuando ésta pone en primer lugar el programa máximo de la estructura social comunista, es exactamente el Marx que superó, combatió y dejó atrás todo utopismo.

¡La oposición entre utopismo y socialismo científico no está en el hecho de que el socialista marxista declare que, en lo que se refiere a los caracteres de la sociedad futura, él está a somado a la ventana esperando que sus formas pasen para describir las! El error del utopista está en que, después de constatar los defectos de la sociedad presente (que, en algunos de sus maestros, Marx exalta con respeto), no deduce la trama de la sociedad futura de una concatenación de procesos reales que enlazan su curso anterior al futuro, sino de su propia cabeza, de lo racional humano y no de lo real natural y social. El utopista cree que el punto de llegada del curso social debe estar contenido en el espíritu del hombre. Ya sea el dios creador el que los haya inducido en él, o la crítica filosófica introspectiva en él los haya descubierta, son los sistemas ideológicos compuestos de Justicia, Igualdad, Libertad, etc. los que forman los colores de la paleta en la que el socialista idealista moja sus pinceles para describir el mundo de mañana tal como debería ser.

Este origen ingenuo, pero no siempre innoble, hace que el utopismo espere su afianzamiento de una obra de persuasión entre

los hombres, de *emulación*, según la palabra puesta hoy de moda para presentar de modo verdaderamente indecoroso la llameante historia. Los utopistas, arrastrados por sus buenas intenciones, otra vez pensaron vencer ganando para sus proyectos de color de rosa a los centros del poder ya constituido. Sus ideas preconcebidas les impedía la participación en el proceso de la lucha, del conflicto social, del derrocamiento del poder y del uso no de la persuasión, sino de la fuerza sin reservas en la obra de la que saldrá la nueva sociedad.

Nuestra concepción del problema humano es la opuesta. Las cosas no van como van porque alguien ha errado, se ha engañado, sino porque una serie causal y determinante de fuerzas ha jugado en el desarrollo de la especie humana: se trata primero de entender cómo, y por qué, y con qué leyes generales; y, después, deducir sus futuras direcciones.

El marxismo, pues, no renuncia a declarar en los programas de batalla cuales serán los caracteres de la sociedad de mañana y, específicamente, cómo se contrapondrán a los caracteres rigurosamente individualizados en la forma social actual, capitalista y mercantil. El marxismo permite explicitarlos con una validez y certidumbre mucho mayores que a las que llegaban las pálidas descripciones utopistas, aunque a veces fuesen audaces para su tiempo.

Renunciar a empeñarse en anticipar los rasgos de la estructura social comunista no es marxismo, ni es digno del poderoso cuerpo de los escritos clásicos de nuestra escuela. Es verdaderamente un *revisionismo* regresivo y conservador el que ostenta como objetividad lo que solo es vileza y cinismo, a saber: la espera de la revelación, sobre una pantalla virgen, de un misterioso designio que sería un secreto de la historia. En su suficiencia filisteica, este método no es más que la *coartada* preparada por las camarillas profesionales que jamás han sentido la altura de la forma partido y lo han reducido a escenario para las contorsiones de unos pocos activistas. Si aquellos rasgos debiesen permanecer en secreto, daba igual esperar en las sacristías la revelación de la voluntad divina, o en las antecámaras de servicio de los poderosos el turno afortunado para ir a lamer los platos de cocina.

Propiedad y usufructo

Una prueba de esta oposición total entre marxismo y utopismo, que hemos querido poner a punto en el terreno de la doctrina, lo tenemos en el pasaje de Marx que traza un esbozo de la estructura futura tan obligatorio como el que describe *la sociedad como no propietaria de la tierra*.

La administración del cultivo de la tierra, en realidad, no debe hacerse de modo que sólo satisfaga los apetitos de la generación presente. Es justa la acusación de Marx, continuamente empleada contra el capitalismo, de que esta forma de producción agota los recursos del suelo y hace insoluble el problema de la alimentación de los pueblos. Hoy que estos se vuelven cada vez más numerosos, son estudiadas por los "científicos" -con la seriedad que

conocemos bien- *nuevas vías* para quitar el hambre a los habitantes del planeta.

La gestión de la tierra, piedra angular de todo el problema social, debe ser orientada de manera que corresponda al mejor desarrollo futuro de la población del globo. La *sociedad* humana viviente, aun pudiendo ser entendida por encima de las limitaciones de Estados, de naciones y, cuando se haya pasado a una "organización superior", también de clases (entonces estaremos no sólo más allá de la oposición, un poco vulgar, entre "clases ociosas" y "clases productoras", sino también de la oposición entre clases productoras urbanas y rurales, manuales e intelectuales, como enseña Marx), esta sociedad, que se presentará como un conjunto de algunos miles de millones de hombres, en el límite temporal será siempre un conjunto restringido de la "especie humana", aun haciéndose cada vez más numerosa por efecto de la prolongación de la vida media de sus miembros.

Ella se subordinará voluntaria y científicamente, por primera vez en la historia, a la *especie*, es decir, se organizará en las formas que mejor responden a los fines de la humanidad futura.

Todo esto no tiene nada de fantástico -o, que el cielo nos libre!, de ciencia-ficción- o de utópico, sino que se remonta al criterio realista y palpable que Marx utiliza: la diferencia entre propiedad y usufructo.

En la teoría del derecho moderno la propiedad es "perpetua", mientras el usufructo es temporal, limitado a un número pre establecido de años o a la vida natural del usufructuario. En la teoría burguesa, la propiedad es "ius utendi et abutendi", o sea, derecho de *usar y de abusar*. Teóricamente, el propietario puede destruir su bien; por ejemplo, regar su campo con agua salada, es terilizándolo, como hicieron los romanos con Cartago después de haberla quemado. Los juristas de hoy discurren sutilmente acerca de un límite social de la propiedad, pero esto no es ciencia, sino únicamente temor de clase. El usufructuario, por el contrario, tiene un derecho más restringido que el propietario: el *uso*, sí; el *abuso*, no. Vencido el plazo del usufructo o muerto el que lo disfruta, en el caso del vitalicio, la tierra vuelve al propietario. La ley positiva impone que vuelva en el mismo estado que tenía al inicio del período de usufructo. Aun el simple colono que tiene la tierra en arriendo no puede alterar su cultivo, sino que debe regirla como *buen padre de familia*, como lo hace, por ejemplo, el *buen* propietario, para el cual la perpetuidad del uso o disfrute consiste en la transmisión hereditaria a sus hijos o herederos. En el código civil italiano, la sacramental fórmula del buen padre de familia se lee en el art. 1001 y en el 1587.

Así, pues, la sociedad tendrá solamente el uso y no la propiedad de la tierra.

El utopismo es metafísico, el socialismo marxista es dialéctico. En las fases respectivas de su gigantesca construcción teórica, Marx puede reivindicar sucesivamente a) la gran propiedad (aún *capitalista*, aunque los asalariados en ella son bestias de carga) contra la pequeña, aun cuando no tenga asalariados (no se hace referencia, por cuestión de decencia, a la pequeña hacienda, como la del aparcerero francés de 1894 y la del italiano de 1958 que, al empleo del hombre-*bestia* de carga, añade la parcelación reaccionaria); b) la propiedad del Estado, aún *capitalista*, contra la gran propiedad privada (nacionalización); c) la propie-

dad estatal después de la victoria de la dictadura proletaria; d) para la organización superior del comunismo integral, únicamente el uso racional de la tierra por parte de la sociedad, y sepultar en el museo de los trastos viejos de Engels el término desgraciado de *propiedad*.

Valor de uso y valor de cambio

La tesis fundamental del marxismo revolucionario extiende fácilmente la negación de la propiedad individual, y después social, de la tierra a los otros instrumentos de la producción preparados por el trabajo humano, y a los productos del trabajo, ya sean éstos bienes instrumentales o bienes de consumo.

Sobre la tierra agraria, para su explotación, hay bienes de capital. Uno fundamental, aquel del que proviene la palabra *capital* (como Marx recuerda frecuentemente), es el ganado de trabajo y de crianza. En italiano lo llamamos *scorta viva*: en francés, *cheptel*, que es la misma palabra que *capital*. El término que indica la porquería que es el *capital* viene de *caput*, cabeza, en latín. Pero no se ilusionen los burgueses con que se trate de la cabeza humana, para veniros a preparar otro derecho natural: el *Capital*, como prolongación de la Persona.

Se trata de la cabeza del buey. La prolongación de la cabeza del burgués no son los *eternos principios* de la ley humana, *si* no únicamente los cuernos.

Está claro que el que administra la tierra no puede comerse todo su ganado, como de ello existen ejemplos históricos, sin destruir ese instrumento especial de la producción, apto para reproducirse si es criado sabiamente.

La sociedad será usufructuaria, y no propietaria, de la especie animal. En el opúsculo de Engels había un pasaje gracioso acerca de la risible petición de libre caza y pesca en Francia para los campesinos, a propósito del peligro de la destrucción, después acaecida, de ciertas especies de caza.

No sería breve, pero tampoco difícil, la extensión de nuestra deducción a todo capital de empresa en la agricultura y en la industria. Pero intentaremos proceder por grandes etapas.

En estos capítulos magistrales acerca de la tierra, Marx demuestra que su *precio* y *valor*, sacado de la renta capitalizada, *no entra* en el capital de explotación de la empresa agraria porque, si no hay la deplorada devastación de la fertilidad, éste se encuentra de nuevo intacto al final del ciclo anual. También establece allí la comparación obvia con la "parte fija del capital constante industrial", el que sólo entra en el cálculo del capital circulante por la parte en que se desgasta en un ciclo y es reintegrado (amortización). La tierra se renueva por sí misma; también el ganado se renueva por sí mismo (con cierto trabajo del ganadero). En la agricultura, el apero es renovado en gran parte cada año a cargo del valor total de los productos. En la industria, por el contrario, es renovado en menor parte.

Dejando de lado el examen cuantitativo, queremos relevar que la humanidad tiene también *capitales fijos* cuya amortización se hace en ciclos larguísimos, como ocurre con los puentes romanos que, después de dos mil años, sirven todavía. El capitalismo criminal busca las amortizaciones a corto plazo e intenta renovar rápidamente -a expensas del proletariado- todo capital fijo. ¿Por qué? Porque sobre el capital fijo se tiene la sola propiedad, sobre el circulante el simple usufructo. Nos remitimos a la distinción entre trabajo muerto y trabajo vivo desarrollada en los informes de Pentecostés y de Piombino (4).

El capitalismo insiste en activar locamente el trabajo de los vivos, y hace del trabajo de los muertos su propiedad inhumana. En la economía comunista llamaremos a aquello que los teóricos burgueses llaman amortización, o sea, renovación del capital de instalación, del modo contrario, es decir, *revivificación*.

La antítesis entre propiedad y usufructo corresponde a la de capital fijo-capital circulante; y a la de trabajo muerto-trabajo vivo.

Nosotros estamos a favor de la vida eterna de la especie; nuestros enemigos están de la parte siniestra de la muerte eterna. Y la vida los arrollará, sintetizando los términos opuestos en la realidad del comunismo.

Pero todavía daremos otra fórmula de esa misma antítesis: cambio monetario y uso físico. Valor de cambio mercantil contra valor de uso.

La revolución comunista es la muerte del mercantilismo.

Trabajo objetivado y trabajo viviente

Los compañeros lectores, que, según nuestro método de trabajo, colaboran en la actividad común de partido, deben recurrir en este momento a toda la segunda parte del resumen de la reunión de Piombino (5), en la que son presentados ampliamente los *Grundrisse* de Marx.

En esa construcción grandiosa, el individualismo económico, es anulado, y aparece el *Hombre Social*, cuyos confines son los mismos de la Sociedad Humana entera, o más bien, de la *Especie humana*.

En la forma capitalista, el capital fijo industrial está contrapuesto al trabajo humano, el que se convierte en medida del valor de cambio de los productos o mercancías. El capital fijo es el Monstruo enemigo -esté o no esté detrás de él el capitalista

(4) Ver "Trayectoria y catástrofe de la forma capitalista en la clásica y monolítica construcción teórica del marxismo", que es el informe de la Reunión General del Partido en Piombino (setiembre de 1957); en A. Bordiga, *Economía marxista ed economía controrivolucionaria*, Ed. Iskra, Milán, 1976. Ver también el escrito de Marx *Trabajo asalariado y capital*.

(5) Ver nota (4).

como *persona*, y aquí nuestras citas de Marx han sido innumerables- que pesa sobre la masa de los productores y monopoliza un producto que no sólo concierne a todos, sino a todo el curso activo de la especie durante milenios, a la Ciencia y la Tecnología e laboradas y depositadas en el *Cerebro Social*. Hoy que la Forma capitalista desciende por la rama de la degeneración, este Monstruo mata a la Ciencia misma, hace mal manejo de ella, administra de modo criminal su Usufructo dilapidando el patrimonio de las generaciones futuras.

En esas páginas se ve el fenómeno actual de la Automatización predicho y teorizado para el futuro lejano. Aquello que nos permitimos llamar *Romance del trabajo objetivado* tiene por epílogo su metamorfosis, por la que el Monstruo se convierte en Fuerza benéfica de toda la humanidad, a la cual permite no extorsionar plustrabajo inútil sino reducir al mínimo el trabajo necesario, "en total beneficio de la formación artística, científica, etc., de los individuos", elevados en lo sucesivo al Individuo Social.

Aquí queremos sacar de los clásicos y auténticos materiales, hoy mucho más validos y evidentes que en la época en que nacieron, otra formulación no menos auténtica. Una vez que la revolución proletaria haya parado la dilapidación de la Ciencia, que es obra del *Cerebro Social*; una vez que se haya comprimido el tiempo de trabajo a un mínimo que lo convierta en gozo; una vez que el Capital fijo -el monstruo de hoy- haya sido elevado a formas humanas, es decir, una vez que el Capital -producto histórico transitorio- haya sido suprimido, y no *conquistado* para el hombre o la Sociedad, la industria se comportará entonces como la tierra, habiéndose liberado ya las instalaciones y la tierra de toda propiedad, cualquiera que sea.

Sería poca conquista el que las instalaciones de producción dejaran de ser monopolio de una banda de ociosos, lo que es una huerá frase hecha, en cuanto que los burgueses fueron, en los comienzos, una clase de audaces portadores del *Cerebro Social* y de la Praxis Social más avanzada. A su vez, la sociedad organizada en forma superior -el comunismo internacional- no tendrá las instalaciones de producción en calidad de propiedad y Capital, si no de *usufructo*, salvando el futuro de la Especie a cada paso contra la necesidad física de la Naturaleza, único adversario en lo sucesivo.

Una vez muerta la propiedad y el Capital tanto en la agricultura como en la industria, otra frase hecha, a saber: "la propiedad personal de los productos de consumo", que era una concesión a la ardua tarea de la propaganda tradicional, debe ser arrojada entre las sombras del pasado. En realidad, toda la transformación revolucionaria se derrumbaría si todo objeto no pierde el carácter de mercancía, y si el trabajo no deja de ser medida del "valor de cambio", otra forma que, junto a la medida monetaria, debe morir con el modo de producción capitalista.

Citamos ahora textualmente: "Desde el momento en que el Trabajo ha dejado de ser, bajo su forma inmediata, la Gran Fuente de la Riqueza, el Tiempo de Trabajo debe dejar de ser la medida de ésta. Y lo mismo vale para el Valor de Cambio en cuanto medida del Valor de Uso". Compadeciéndonos de la mediocridad de Stalin y de los rusos que lo siguen cuando pretenden que la *ley del valor* rige en el socialismo (!), fuimos llevados a concluir: ¡Que los

rayos del Juicio Final se abatan sobre sus cabezas! (6).

El desgraciado que traga alcohol diciendo: es mío, lo he comprado con las monedas de mi salario (privado o de Estado), víctima como es de la forma Capital, es igualmente un usufructuario traidor de la salud de la especie. ¡Y también el insensato encendedor de cigarrillos! Tal "propiedad" será eliminada de la organización superior de la sociedad.

El envilecimiento del esclavo asalariado se exaspera en las crisis de desempleo. Engels escribió a Marx el 7 de diciembre de 1857: "Entre los Filisteos de aquí, la crisis empuja terriblemente a beber. Ninguno puede soportar su suerte en casa, entre la familia y las preocupaciones. Los círculos se animan y el consumo de licores aumenta fuertemente. Cuanto más profundamente se encuentran en el hastío, más se quieren divertir. Pero al día siguiente es el espectáculo más desconsolador de lamentos físicos y morales". ¡¿1857 o 1958?!

Así, pues, no se consumirá en cuanto bestia-persona, en nombre de la infame *propiedad* sobre el objeto *intercambiado*; el *Uso*, el consumo, se harán según la exigencia superior del hombre social, perpetuación de la especie, y ya no bajo la acción de las drogas, como es la regla hoy.

Muerte del individualismo

No es posible que el partido proletario de clase se guíe a sí mismo en la buena dirección revolucionaria si no es total el cotejo del material de agitación con las bases estables, y no mutables, de la teoría.

Las cuestiones de acción contingente y de programa futuro no son más que dos lados dialécticos del mismo problema, como lo han demostrado tantas intervenciones de Marx hasta su muerte, y de Engels y Lenin (¡Tesis de Abril, Comité central de octubre!).

Aquellos hombres no improvisaron ni hicieron revelaciones, sino que blandieron la brújula de nuestra acción, que es demasiado fácil de perder.

Ella indica claramente el peligro, y nuestras cuestiones son bien planteadas cuando se va contra las direcciones generales equivocadas. Las fórmulas y los términos pueden ser falsificados por traidores y por deficientes, pero su uso da siempre una brújula segura cuando es continuo y concorde.

Si empleamos el lenguaje filosófico e histórico, nuestro enemigo es el individualismo, el personalismo. Si empleamos el político, el electoralismo democrático, en cualquier campo. Si empleamos el económico, el mercantilismo.

Todo acercamiento a estos rumores insidiosos, para lograr una ventaja aparente, equivale al *sacrificio del futuro del partido al éxito del día*, o del año; equivale a la rendición a discreción ante el Monstruo de la contrarrevolución.

(6) Ver nota (4).

Lecciones de las contrarrevoluciones (yII)

Del capitalismo al socialismo

39.- La primera forma en que se afirma la economía burguesa en la época del poder feudal es la del capitalismo de Estado. Bajo esta misma forma se nos presenta actualmente cuando se asoma la amenaza de la revolución proletaria.

Tal como lo hemos dicho en otras ocasiones, contrariamente a la versión corriente que desearía hacer creer en un sometimiento de los capitalistas al Estado, es el capitalismo quien somete cada vez más el Estado a sus intereses de clase. La burguesía posee en el Estado el órgano del poder a través del cual impone sus soluciones por la fuerza. Este Estado nutre con sus múltiples senos a las diversas empresas capitalistas mientras chupa el trabajo y la sangre de los pobres, lo que constituye un rasgo común a los Estados Unidos y a Rusia, mientras que el tenor de vida más bajo de los trabajadores de este último país nos da a entender que es aquí donde este proceso alcanza el grado de tensión más elevado. Pero esto se manifiesta también en los Estados Unidos, donde la figura central está representada por el empresario que liga la clase burguesa a su Estado. Los exponentes de la actual fase del capitalismo no son los rentistas, sino los hombres de negocios, estos vampiros que, tal como lo observó recientemente el ex presidente de los Estados Unidos, el viejo Hoover, amenazan con llevar el régimen al desastre a causa de su hambre insaciable. El funcionario no es más que un simple intermediario y no un factor, incluso en la fase actual del capitalismo.

40.- Debemos establecer en términos correctos nuestra definición del capitalismo. Para lograrlo mejor, hemos planteado su relación exacta con el sistema feudal. Debemos emplear también este método comparativo para la definición de la economía socialista que debe ser puesta en relación con el capitalismo y con su forma de capitalismo de Estado.

41.- Engels observa que en el régimen feudal puro el dinero no posee una función económica. No hay que interpretar esto en sentido

estrecho: el dinero que existía y preexistía no era una fuerza de producción; se transforma en una fuerza de producción en el régimen capitalista.

42.- Todos los regímenes son de orden mundial, no porque contemporáneamente en todos los países todos los sectores económicos estén orgánicamente conformes al tipo de sociedad que prevalece históricamente; persisten muchas manchas de aceite (formas de producción precedentes), pero un único tejido conectivo capitalista las vincula hoy a través del intercambio mercantil, y este tejido revela el tipo de organización social que domina en el mundo habitado. Se trata, pues, de diferencias de fases en el espacio y en el tiempo, pero nunca de diversos tipos de capitalismo.

43.- Tal como ha sido dicho en los párrafos 19-38, el carácter del feudalismo está dado por la propiedad parcelaria, a la que corresponde también una gestión económica parcelaria y una disposición parcelaria de los productos.

Por el contrario, el carácter del capitalismo está dado por la concentración de la propiedad de los medios de producción, de la masa de los productos, de la gestión económica. El Estado capitalista asegura a la clase burguesa la disposición y el monopolio de los productos; esto es lo esencial y lo que determina la contienda social e histórica por el control de la masa de productos.

44.- Con un propósito puramente polémico, Marx retoma la tesis de los economistas burgueses según la cual en el capitalismo los capitalistas y los asalariados intervienen en posición igualmente libre sobre el mercado, y demuestra con su análisis económico del capital que este libre desarrollo no conduciría a un equilibrio social, sino a la concentración creciente de los medios de producción y de la masa de los productos en manos de la clase capitalista y, por otra parte, a la miseria creciente de los trabajadores. Pero, desde el primer momento, la contienda es de orden social y su dinámica tampoco opone categorías económicas (el capital *constante* y el capital *variable*). Los dos planos, el económico y el social, no coinciden. El proletariado no sabe cuál es el monto del *capital variable* que él reivindica, pero lucha por obtener una cantidad suficiente de *productos*, y, por tanto, un salario mayor por un esfuerzo menor. La lucha de clase unitaria es una lucha por todo el producto. El economista corriente define como capital el valor de los fondos de la fábrica, o sea, el valor de la instalación y la maquinaria, y del dinero con el cual se hace frente al anticipo para la compra de materias primas y salarios, fórmula que concuerda bien con la de la propiedad del "medio de producción". La economía marxista llama capital a todo el valor de la masa del producto de un ciclo dado de trabajo: un día, un año, o el de las generaciones (el "total de ingresos" para los productores). Según la doctrina del plusvalor, ese valor del producto se clasifica en tres partes: capital constante, es decir, el valor de las materias primas trabajadas y la amortización (desgaste) de las maquinarias; capital variable, o sea, el valor de los salarios pagados; *plusvalor*, es decir, el margen que se agrega a los dos primeros de manera tal que la suma de los tres es el valor del producto en el mercado que va al empresario. Tal como lo dice Marx, destruyendo así las ilusiones lasalleanas de los socialistas alemanes, la lucha del proletariado no es la lucha por el "fruto íntegro del trabajo" personal. No se trata de conquistar sólo

el campo del plusvalor. Por otra parte, en una economía colectivista no todo el plusvalor irá al consumo: se necesitan mil servicios sociales útiles y la nueva inversión para el progreso productivo. En efecto, sólo una parte del plusvalor va al consumo personal de los burgueses; la mayor parte va a nuevas inversiones, pero el desastre de la anarquía capitalista supera ampliamente la masa de los plusvalores y consiste en las masas de productos que son destruidos con todo el capital constante, variable y el plusvalor.

La verdadera lucha proletaria es por la conquista de todo el producto. El capital constante es fruto del trabajo de las generaciones pasadas: debe ser arrancado a la clase burguesa e ir a las manos del proletariado victorioso, es decir, tendencialmente a la sociedad sin clases. El capital variable es el trabajo de los elementos sociales activos, o sea, hoy el de la clase obrera y mañana el de la sociedad. El plusvalor surge de la energía actual de trabajo y de los recursos técnico-organizativos que son también "herencia" del pasado y que deben estar a disposición de la sociedad. La clase obrera en el poder primero, la sociedad sin clases mañana, usarán toda la masa del producto anterior y actual con fines generales. Se trata, pues, del antagonismo entre las clases y sus formaciones armadas y políticas, y no entre cifras que representarían el reparto de la riqueza entre las clases.

45.- Habiendo recordado ya los términos precisos del paso del pre capitalismo al capitalismo, ahora debemos precisar las características distintivas entre la economía capitalista y el poscapitalismo. Desde hace por lo menos un siglo, el poscapitalismo no es para nosotros una incógnita, sino algo exactamente definido. De acuerdo con la regla general, podemos ver en funcionamiento en tor no nuestro ejemplos de economía poscapitalista, así como existían grandes manufacturas varios siglos antes de la revolución burguesa.

Podemos citar aquí lo que ya hemos escrito en otro texto:

"Como ya ha sido dicho, existen incluso verdaderos tipos comunistas bajo el poder capitalista; por ejemplo, los servicios de bomberos. Cuando algo se quema, nadie paga por extinguirlo, y si nada se quema los bomberos son nutridos igualmente. Todo esto se dice para combatir la tesis -cualquiera haya sido su autor- según la cual los estadios sucesivos serían: capitalismo privado, capitalismo de Estado como primera forma de socialismo inferior, y socialismo superior o comunismo.

"El capitalismo de Estado no es un semisocialismo, sino capitalismo a secas, más aún, según la teoría marxista de la concentración, es el resultado del capitalismo y la condena de la teoría liberal de un régimen permanente de producción en el cual el juego admirable de la competencia pondría siempre al alcance de todos una nueva feta de capital.

"La propiedad del instrumento productivo no basta para distinguir entre capitalismo y socialismo (ver *Propiedad y Capital* (1)), sino que es necesario considerar el fenómeno económico en su conjunto, o sea, quién dispone del producto y quién lo consume.

(1) Véase el nº 22 de esta revista, diciembre de 1976.

"*Precapitalismo*: economía de los productos individuales. El producto pertenece al trabajador independiente, cada uno consume lo que ha producido. Esto no quita que castas, órdenes y poderes privilegiados extraigan plusproducto, y, por tanto, plus-trabajo en detrimento de las multitudes de trabajadores parcelarios (a veces agrupados en masa por medio de la violencia, pero sin la moderna división de los momentos productivos).

"*Capitalismo*: trabajo asociado (trabajo *social* en Marx); división del trabajo; el producto está a disposición del capitalista y no del trabajador, el cual recibe dinero y compra sobre el mercado todo lo que necesita para mantener su fuerza de trabajo. Toda la masa de los productos pasa por la forma monetaria en el camino que va de la producción al consumo.

"*Socialismo inferior*: el trabajador recibe de la organización económica y social unitaria una cantidad fija de productos que necesita para su vida y no puede tener más. La moneda desaparece; subsisten bonos de consumo no acumulables ni intercambiables de destino. ¿El carnet de racionamiento? Sí, en el socialismo inferior habrá carnet de racionamiento para todos, sin empleo de dinero y sin mercado.

"*Socialismo superior o comunismo*: en todos los sectores se tiende a abolir el racionamiento y cada uno extrae lo que necesita. ¿Alguien asistirá a cien espectáculos cinematográficos seguidos? Puede hacerlo aún hoy. ¿Telefonará a los bomberos luego de haber incendiado la casa? Ya lo hace hoy, pero entonces no existían los seguros. De todos modos, tanto entonces como hoy, el servicio de manicomio es asegurado de acuerdo a la economía comunista pura: es gratuito e ilimitado.

"Recapitulemos:

- Precapitalismo: economía sin dinero o con empleo complementario del dinero; producción parcelaria.

- Capitalismo: economía con total empleo del dinero; producción social.

- Socialismo inferior: economía sin dinero y con carnet de racionamiento; producción social.

- Socialismo superior o comunismo: economía sin dinero ni carnet de racionamiento; producción social.

"El capitalismo de Estado, que sería cretinismo llamarlo socialismo de Estado, está contenido integralmente en el sector capitalismo".

Naturaleza capitalista revolucionaria de la economía rusa

46.- Hemos vuelto a todas estas nociones básicas para explicar el desarrollo del actual proceso contrarrevolucionario del cual los sucesos sociales rusos son parte constitutiva. Estos no pueden ser examinados si no son integrados en el conjunto de este proceso, ya que si se los analizase separadamente conducirían a los incautos a alterar la doctrina marxista, a admitir análisis nuevos y nuevas perspectivas por la intervención de una tercera clase, de un tercer factor, cayendo así en la trampa del truco stalinista

que atribuye funciones permanentes al Estado -no considerado ya como el instrumento de la clase, sino como lo que engendra a la clase- y abandona la noción de su extinguirse progresivo.

47.- Nuestro método de trabajo nos conduce a insistir continuamente sobre puntos ya conocidos y a extender nuestra investigación a sectores cada vez más amplios y diversos incluidos en el perímetro fijado por estos puntos, pero jamás procediendo a innovaciones o invenciones.

48.- La competencia y el monopolio no son nociones antagónicas, si no complementarias incluso en el mercado y en el intercambio; la primera va hacia el segundo. La clase burguesa se afirma por medio del monopolio: del monopolio de los medios de producción y de los productos.

49.- Para reaccionar contra la condición social que les es impuesta por el capitalismo y que es favorecida por su dispersión, los trabajadores son llevados a instituir el monopolio de su fuerza de trabajo a través del sindicato. Por consiguiente, el capitalismo debe revelar su naturaleza, fundar los trusts y atribuir a su Estado funciones no solo policiales, sino también económicas. Las mutuales que recibían cuotas de los asalariados por objetivos asistenciales precedieron a los sindicatos, pero no reivindicaban aún aumentos de salario a los capitalistas. No hay nada más conservador que esto; y, sin embargo, el partido socialista penetraba provechosamente en las tradicionales asociaciones de socorro mutuo y aun en las congregaciones de caridad.

50.- La formulación según la cual la economía rusa "tiende al capitalismo", contenida en el proyecto de manifiesto, debe ser esclarecida. ¿Qué ha sucedido en Rusia? La regresión de los primeros caracteres poscapitalistas embrionarios de la economía; la inversión de la política interna e internacional. El segundo fenómeno no es un resultado ineluctable del primero.

51.- En 1921, cuando Rusia estaba encerrada en sí misma a causa de la ausencia de victoria revolucionaria en los otros países, el nivel de las fuerzas productivas había descendido a un nivel inferior al mínimo. La transmisión de los productos del campo a la ciudad y viceversa, que en un primer momento había sido asegurada a través del comunismo de guerra, ya no podía funcionar por estar el Estado proletario desprovisto tanto de los productos de la ciudad como de los del campo. Fue imperiosa la legalización del comercio libre practicado hasta entonces en el mercado negro o por "especuladores".

52.- Lenin y el partido bolchevique instauran la NEP en un contexto económico donde existen las formas de producción nómada, patriarcal, feudal, burguesa y pequeños núcleos de economía socialista. Pero no se debe entender la palabra "socialista" en un sentido estricto y fríamente económico, sino en el doble sentido social y político siguiente: 1) por una parte, fueron introducidos mecanismos de intervención despótica en el derecho de propiedad (requisiciones, etc.) y de distribución igualitaria de los productos (racionamiento, etc.), mecanismos éstos que siempre caracterizan a toda "ciudadela sitiada" -tal como lo dijo Trotsky-, pero que sólo la clase de los desposeídos y su partido a la cabeza de la dictadura pueden aplicar con inflexible rigor y sin atenuaciones; y, por otra parte, fue instituida una red de "servicios sociales gratuitos", algunos de los cuales (vivienda, transporte)

son evidentemente compatibles con el modo de producción capitalista, pero jamás han sido ni serán adoptados en el régimen burgués; 2) gracias a la estatización de la gran industria, al monopolio del comercio exterior y a la implantación y la gestión de las grandes empresas agrícolas de trabajo asociado, el poder dictatorial del proletariado controla y dirige la economía en función de las exigencias y de los intereses de la lucha contra el enemigo interno en la guerra civil y de la extensión de la revolución comunista mundial.

A la cuestión de saber si la NEP era capitalismo, Lenin respondía categóricamente: SI. Y no podía ser de otra manera ya que hay capitalismo desde el momento en que el salario está pagado en dinero y que con éste se adquieren los alimentos. Esto no altera la naturaleza del Estado que sigue siendo proletario, y puede seguir siéndolo ya que su naturaleza no depende de la estructura económica, sino de su posición de clase y de fuerza en el desarrollo de la lucha revolucionaria del proletariado internacional.

53.- Lenin, quien en el campo económico llegó a plantear la entrada del capital privado extranjero en Rusia con las concesiones de territorios enteros, preconizaba el fortalecimiento del poder estatal para hacer frente a las reacciones sociales causadas por las medidas de la NEP y ganar tiempo para recibir ayuda de las revoluciones obreras occidentales.

54.- El problema estaba planteado en esos términos. El trotskismo proclama la intervención de un tercer factor, el de la burocracia. Para nosotros la situación actual en Rusia no presenta nada de original ya que el capitalismo no se caracteriza por la existencia de propietarios privados, sino por la imposibilidad (debida a la fuerza del Estado) de la apropiación de los productos por parte de la clase obrera y por el pago de un salario en dinero. El proceso económico que nos ha conducido a la situación actual (en la cual el particular presta al Estado; el Estado es empresario; la deuda pública crece desmesuradamente; la posesión de la casa está admitida; la casa se da al profesional) no proviene de la maniobra social de la NEP, sino de la inversión que se verificó en el campo político y en la posición internacional del Estado ruso. La NEP dejó el Estado a la clase obrera quien ya lo detentaba en virtud de la Revolución de Octubre y de la dictadura bolchevique: de ningún modo las renuncias en el campo económico implicaban necesariamente los errores de táctica y estrategia revolucionaria, primero, ni más tarde la inversión de la posición del Estado.

55.- El socialismo no podía ser construido solamente en Rusia a pesar de que allí la revolución proletaria de Octubre se había agregado a la revolución burguesa de febrero de 1917. En Alemania, en 1848, también fue intentada, pero en vano, la doble revolución, burguesa y proletaria: la revolución burguesa venció en el campo económico y social, después que los burgueses y los obreros aliados fueron derrotados en el campo político. En Rusia, luego de la doble victoria política y social de 1917, tuvo lugar la derrota social proletaria que puede ser fechada en 1928, pero quedó la victoria social capitalista.

56.- No disponemos de material documental para un examen detalla-

do de la economía rusa (2), pero tenemos suficientes indicaciones para emitir una apreciación segura. Siguiendo las indicaciones de nuestro trabajo *Propiedad y Capital*, vemos el factor esencial de la actual fase capitalista mundial en la *empresa* (de la cual la *edilicia* nos ofrece un buen ejemplo) que trabaja sin sede ni instalaciones propias y estables, con un capital mínimo pero con un *beneficio máximo*, lo que puede ser realizado porque se ha sometido el Estado, el cual distribuye el capital y se hace cargo de las pérdidas.

El funcionario no es una figura central, sino un simple *mediador*. Frente al cuerpo de funcionarios del Estado está el *de las empresas* donde pululan expertos de toda especie, quienes *velan* para que el Estado se someta a los intereses de las empresas. Un mecanismo análogo funciona en la URSS bajo formas exteriores y con nombres distintos. Cuando se piensa que las empresas de Moscú han podido *regalar* el Metro a la ciudad, nos damos cuenta de los *altísimos beneficios* realizados por estas empresas en las esferas restantes.

57.- Este capitalismo en Rusia no presenta en absoluto nada *inédito*. En cuanto a la gestión estatal, éste se liga a mil *ejemplos históricos*, desde aquél ya recordado de las comunas de Italia, *donde*, por otra parte, se afirmó la primera forma de inversión estatal para la producción industrial (los particulares no podían *disponer* del capital necesario para la construcción de las *naves: las Comunas lo proveyeron*) (3). Y, de este modo, Estados y *reyes armaron siempre* las primeras flotas y fundaron las *compañías imperiales*, a partir de las cuales el capitalismo se desarrolló a *pasos agigantados*. Finalmente, tenemos el ejemplo de las recientes *nacionalizaciones británicas*.

58.- Decir que la economía rusa "*tiende*" al capitalismo tiene un *doble sentido*. Las primeras formas poscapitalistas que *sucedieron* a la revolución de Octubre han involucionado, han sido *reabsorbidas*. Una economía que, por las razones ya dichas, podíamos llamar en sentido figurado "*proletaria*", ha involucionado poco a poco y luego ha sido *privada violentamente* de los caracteres que, en el plano político, permitían definirla de esta forma, mediante la *destrucción, incluso física, de la dirección revolucionaria* del partido bolchevique, hasta dar lugar a formas plenas y *puramente mercantiles*. En esto reside el aspecto totalmente *negativo* del curso histórico ruso después de 1928.

(2) Este tema fue desarrollado luego con amplia documentación estadística y también con fundamentales argumentaciones teóricas, históricas y políticas en los textos: *Struttura economica e sociale della Russia d'oggi*, *Rusia e rivoluzione nella teoria marxista*, *Dialogato con Stalin*, *Dialogato coi morti*, *Bilan d'une révolution*. Debemos observar también que, en el presente texto, falta un análisis de las relaciones de producción y sociales en la agricultura, donde la naturaleza no socialista (y localmente hasta precapitalista) de la economía salta a la vista aún más; donde hasta la forma estatal de los sovjoz cede cada vez más el paso a la forma cooperativa de los *kolkjoz*, y en ésta asume un peso creciente y determinante la producción en las parcelas de propiedad privada, personal y familiar. En los textos mencionados esto ha sido desarrollado ampliamente.

(3) Esta cuestión fue desarrollada en el "Hilo del tiempo": *Armamento e inversión*, "Battaglia Comunista" n.º 17 de 1951.

Pero, mientras tanto, todo el vasto campo de la economía rusa precapitalista, asiática, feudal, *tiende* potentemente al capitalismo. Esta tendencia es positiva y es a su vez una premisa de la revolución socialista mundial. Lenin y Trotsky mismos vieron tal necesidad y fueron los pioneros de la electrificación, único medio para poner la producción al nivel de la de Occidente para mejor abatir al imperialismo. Stalin echó abajo el plan revolucionario internacional, pero dio un grandísimo impulso a la industrialización de las ciudades y del campo. Más exactamente, éste era un factor irresistible en la situación social rusa luego de la caída de la podrida estructura zarista y boyarda. Lenin entrevió la posibilidad de que su partido fuese el portador de la revolución política proletaria en el mundo y, mientras tanto, también de la revolución social capitalista en Rusia: sólo a condición de conseguir estas dos victorias Rusia podía volverse económicamente socialista. Stalin *dijo* que su partido realizaba el socialismo económico solamente en Rusia; pero, en realidad, su Estado y su partido se limitaron a ser los portadores de la revolución social capitalista en Rusia y en Asia. Sin embargo, por encima de los hombres, estas fuerzas históricas trabajan para la revolución socialista mundial.

Una valoración análoga debe hacerse de la revolución china. Aquí también obreros y campesinos han luchado por una revolución burguesa a través de varias fases y no pueden ir más allá de eso. La alianza de las cuatro clases: obreros, campesinos, intelectuales e industriales, reproduce la alianza de 1789 en Francia y de 1848 en Alemania, alianza que está completamente en regla con el marxismo en doctrina y en táctica. Sin embargo, la destrucción de la milenaria estructura feudal oriental es un factor acelerador de la revolución proletaria mundial, a condición, por supuesto, de que esta última venza a las metrópolis europeas y americanas.

Es un cliché habitual del marxismo vulgar, insuficiente y falso científicamente, preguntarse *quién* es el beneficiario y el consumidor personal de la explotación capitalista, olvidando así innumerables citas de Marx sobre el alma impersonal del Capital y sobre la despersonalización del capitalista (para quien la acumulación de plusvalor cuenta más que el portafolios individual y la vida de sus mismos hijos). Sería igualmente insuficiente y científicamente falso considerar a los "cripto-empresarios" y a los los "cripto-hombres de negocios" como los beneficiarios del *fruto* del capitalismo ruso (como ya lo hemos dicho, no es el fruto lo que cuenta, sino toda la planta). Para nosotros, los beneficiarios no son -como no lo son en ninguna formación social- los funcionarios de la burocracia estatal (en Rusia el simple mecánico de una fábrica es burócrata, como lo es hoy en Inglaterra: todos "estatales"), sino una capa diferenciada que no puede individualizarse sólo en el marco estrecho del perímetro ruso.

Con tal propósito, debemos poner en evidencia que a pesar de cualquier cortina de hierro, ese engranaje o, mejor aún, esa red de canalización de la riqueza *se comunica* con la red del capital mundial. El mismo comercio exterior del Estado es una inmensa balanza que jamás pesa equivalentes, sino que roba continuamente a la clase obrera soviética. Existe también el enorme callejón sin salida de las maniobras financieras que se repercuten en los centros legales e ilegales del Asia y del Africa. Están los empréstitos americanos para la guerra contra el Eje que aún están siendo saldados (los americanos llegaron por fin a la conclusión

de que el empréstito de millones de cadáveres de proletarios rusos para vencer a Alemania era un negocio mucho más económico que la producción de la cantidad correspondiente de bombas atómicas).

La coexistencia y la emulación de hoy, la evidente alianza de ayer, con el compromiso de dismantelar los partidos comunistas de Occidente y la participación sin reservas en los bloques de liberación antifascista constituyen, por una parte, la confirmación del trastocamiento político que llega hasta la contrarrevolución y, por otra parte, son aspectos del regateo económico y primas pagadas al capital mundial con el sudor y la vida misma del trabajador ruso. Por eso, la degeneración del partido, del poder y del Estado no se halla aún en curso, sino que es un hecho histórico consumado (la viuda de Trotsky lo ha constatado perfectamente). Hoy la función histórica es paralela en los planos económico y político: implantación del capitalismo en toda Rusia.

o o o

59.- La derrota de Espartaco a los pies del Vesubio significó a la vez la derrota política y social de los esclavos, y el régimen social de la esclavitud permaneció en el poder. Pero las victorias de las sucesivas represiones de Dioclesiano contra los cristianos, verdaderos conspiradores políticos y de clase, no comportan la consolidación del régimen esclavista: bajo el aspecto del triunfo de la nueva religión se produce la caída de este régimen social que es seguida del advenimiento del feudalismo medieval.

60.- Cuando se nos pregunta por qué Engels, luego de la derrota de 1848, se dedicó a escribir *Las guerras campesinas en Alemania* y estudió su derrota de 1525, respondemos que es preciso comprender la contrarrevolución para preparar la revolución de mañana. Lo mismo tenemos que hacer hoy, no aislando un sector o un problema, sino encuadrándolo en el contexto del conjunto.

Asimismo, en el siglo pasado, al construir su victoria definitiva, la burguesía pudo celebrar sus múltiples y recordadas derrotas precedentes. Esto mismo es válido para el proletariado, el cual -como dice Marx en *Las luchas de clases en Francia*- no es "habilitado" para su triunfo en el mundo por la victoria, sino por una serie de derrotas. Gracias a su partido de clase, éste vencerá presentándose de nuevo tal como él era en el inicio de su lucha y en las fórmulas programáticas lapidarias contenidas en el *Manifiesto del Partido Comunista*, fórmulas éstas que aún no han sido superadas porque son insuperables.

Sólo se puede profesar y defender la doctrina marxista -que define la historia como una sucesión de clases sociales, cada una de las cuales está constituida por un conjunto de hombres que están en una posición paralela en relación a las fuerzas y a los sistemas de producción- en la medida en que se puede probar que toda clase social tuvo una tarea y un programa invariantes durante todo el curso histórico, desde sus primeras afirmaciones y batallas. Así, las reivindicaciones lanzadas por Cristo a las turbas esclavas están ligadas a la caída del Imperio Romano y de la sociedad clásica; así, las primeras reivindicaciones de libertad

cívica y campesina se ligan a la toma de la Bastilla y a la revolución burguesa en el mundo entero, y la bandera agitada a sido siempre la misma. Con más razón, el proletariado moderno, el primero en liberarse de las formulaciones fideístas o idealistas de sus aspiraciones propias, constituye una verdadera fuerza histórica en el sentido marxista y no podrá faltar a la victoria pues está ya probado y comprobado que, apenas surgido de la nueva organización de las fuerzas productivas, se ha configurado su objetivo histórico y el camino difícil y escarpado que lo conduce a él. Por consiguiente, hay que luchar sin descanso contra las manías de los neomarxistas y de los "nuevos análisis".

61.- El hecho de que hayamos sido derrotados, y que por esto este mos en un período contrarrevolucionario, explica por qué somos pocos y también por qué se manifiestan confusiones en nuestras filas. Esto no nos lleva sin embargo a falsear la teoría del marxismo revolucionario por medio de la admisión de la llegada de un tercer protagonista, de una nueva clase sobre la escena histórica. No necesitamos descubrir nuevos tipos, nuevos estadios, ni inventar poderes nuevos al capitalismo de Estado que, como ya hemos dicho, no presenta nada de original y fue, incluso, la primera forma a través de la cual se afirmó por primera vez la clase capitalista en la época de las comunas, en el 1100.

62.- Para completar la exposición que desarrollamos, y para reafirmar la oportuna alarma de la Izquierda sobre la degeneración de la política proletaria, anexamos más abajo un esquema para representar las relaciones que interconectan la clase obrera, las asociaciones económicas, el partido político de clase y los órganos centrales del partido. Las explicaciones que agregamos muestran que los dos planteamientos que concuerdan en la fórmula del partido de masas, el laborista y el stalinista, tienen la misma raíz ya que sustituyen las determinaciones económicas por la voluntad de los individuos, y llevan en definitiva al mismo resultado: imponer a éstos las decisiones de la cúpula del partido.

63.- Otro punto dio lugar a dudas y vacilaciones: cuál es nuestra perspectiva? Como siempre, no tenemos más que una: la Revolución proletaria internacional, cuando estén dadas sus condiciones, condiciones que hoy están casi todas lejanas (ver el informe de la Reunión de Roma del 1.IV.1951 en el opúsculo *Partido y clase* ya citado). En lo que concierne a la perspectiva actual, son tres las hipótesis que parecen presentarse: 1) la absorción pacífica de Rusia por parte de los EE.UU., 2) la victoria de la URSS o 3) la de EE.UU. en caso de estallido de la guerra entre ambas.

64.- Ya en la primera guerra imperialista, la victoria del sector capitalista más fuerte (el de Inglaterra, quien no conoce derrotas desde hace 200 años ni ha conocido jamás una invasión) debía determinar las condiciones menos favorables a la irrupción del ataque revolucionario del proletariado internacional. Un curso seguramente menos desfavorable hubiera podido originarse de la derrota militar de dicho sector. Lo mismo debe ser dicho de la segunda guerra imperialista que concluyó con la victoria del eje Londres-Nueva York, con un aplastante predominio del segundo término del binomio sobre el primero. Y para la tercera? No dudamos en afirmar que la victoria de los Estados Unidos representaría la más siniestra de las eventualidades. Es cierto que estamos desprovistos de fuerzas de clase para intervenir en estos sucesos formidables, y también es cierto que debemos mantener nuestra autonomía

a respecto a uno y otro poder igualmente contrarrevolucionarios, y combatir a fondo estas dos "cruzadas". Pero también es cierto que no podemos apartarnos de la única evaluación compatible con la doctrina marxista; a saber, la caída del centro del capitalismo comporta la caída de todo el sistema, mientras que la caída del sector más débil puede mantener en vida al sistema burgués mundial, dado el moderno método de aniquilamiento militar y estatal del vencido, y de su reducción a colonia pasiva. Y es precisamente con esta línea política que se puede impedir que el capitalismo absorba las reacciones que se manifiestan contra la política del stalinismo en el seno del proletariado, y que estas energías podrán ser encuadradas en el nuevo organismo que se fundará sobre los principios del marxismo revolucionario, volviendo a ser fuerza activa de la historia.

o o o

Esquema del centralismo marxista



1.- Los individuos que componen la clase son impulsados a actuar en direcciones discordantes. Algunos de ellos, si fuesen consultados o libres de decidir, lo harían en el sentido de los intereses de la clase enemiga, la dominante.

2.- Aquellos que están organizados en los sindicatos tienden a actuar en dirección opuesta al interés patronal, pero en sentido inmediato y sin capacidad para converger en una acción única y hacia un objetivo único.

3.- Los militantes del partido político, formados en el trabajo en el seno de la clase y de las asociaciones, están preparados para actuar en el sentido de la resultante revolucionaria única.

4.- Los órganos directivos del partido, que emanan de la base, actúan en la dirección revolucionaria, en la continuidad de la teoría, de la organización y de los métodos tácticos.

La posición de la Izquierda consiste en la lucha simultánea contra las dos desviaciones siguientes:

a) La base es suficiente para decidir la acción del centro *si es consultada democráticamente* (obrerismo, laborismo, socialdemocratismo).

b) El centro supremo (comité político o jefe del partido) es suficiente para decidir la acción del partido y de la masa (stalinismo, práctica del Comintern) con derecho a descubrir "nuevas formas" y "cursos nuevos".

Ambas desviaciones conducen al mismo resultado: la base ya no es la *clase* proletaria, sino el *pueblo* o la *nación*, quienes se orientan siempre en la dirección de los intereses de la *clase dominante burguesa*, tal como lo han afirmado justamente Marx, Engels y Lenin.

o o o

Llamamiento para la reorganización internacional del movimiento revolucionario marxista

Sinopsis

Premisa: Larga y grave crisis contemporánea del movimiento proletario. Primeros síntomas de reacción contra el stalinismo.

Invitación: Reorganización internacional de las genuinas, autónomas y homogéneas fuerzas revolucionarias.

Puntos de orientación:

- 1.- Rechazo de toda confusión con posiciones antiterroristas y antidictatoriales.
- 2.- Ruptura tanto con las tradiciones del socialpatriotismo de 1914-1918 como con las de las alianzas stalinistas con los estados capitalistas en la guerra de 1939-45, y con la política de los movimientos paralelos y de los bloques de la Resistencia.
- 3.- Condena del pacifismo como perspectiva y como método de agitación, y de todo federalismo mundial entre los Estados burgueses.
- 4.- Condena de la estrategia doble que pretende conciliar los fines revolucionarios y clasistas con agitaciones y reivindicaciones de frentes únicos, democráticos y populares.
- 5.- Declaración de que en Rusia la economía social tiende al capitalismo y que el poder estatal ya no tiene nada de proletario, y condena del apoyo al Estado ruso en caso de guerra.
- 6.- Desplazamiento de la fuerza de clase en todos los países al terreno de la autonomía frente a todos los Estados, con el objetivo supremo de quebrar el poder capitalista en los países industriales más desarrollados de Occidente, que obstruye el camino de la revolución.

EL COMUNISTA

EL COMUNISTA ha publicado artículos sobre los siguientes temas en sus números recientes (entre paréntesis el número del periódico):

QUESTIONES DE DOCTRINA MARXISTA:

- De la crisis económica a la crisis social y política del capitalismo ... (38)
- En el X aniversario de la muerte de Amadeo Bordiga : Una militancia ejemplar al servicio de la revolución (38)
- Marxismo y Estado federal (39)
- Mentira del "socialismo" del Este (42)

EL METODO DE LA LUCHA DE CLASE:

- Euskadi : ¡Por la independencia de clase! (38)
- La juventud en su lucha actual contra el militarismo (38)
- Perspectivas y tareas del Partido en el ciclo histórico actual (40-41)
- ¡Hay que preparar las luchas futuras! (40)
- ¡Por un frente proletario contra la burguesía y el colaboracionismo! ... (41)
- Una sola alternativa : ¡política revolucionaria o política democrática!.. (42)

INTERNACIONAL.

- El sismo proletario del Báltico estremece el mundo capitalista (38)
- La democratización latinoamericana : un medio para prevenir una brusca erupción del movimiento social (38)
- El proletariado y la guerra Irak-Irán (39)
- China : ¿cada vez más cerca del "comunismo"?..... (39)
- El verano polaco, un momento de la reanudación internacional de la lucha de clase (39)
- ¡Viva la lucha del proletariado polaco, destacamento de vanguardia de la clase obrera mundial! (41)
- China : el proceso de la "banda de los cuatro"..... (42)
- Reunión General del Partido : El curso del imperialismo mundial (42)

CRITICA POLITICA:

- Ley Antiterrorista : un paso adelante del totalitarismo democrático (40)
- Acerca de la "crisis" PCE-PSUC : entre bueyes no hay cornadas (40)
- La "izquierda" española ante el test polaco (41)
- La LCR y el test polaco : impotencia teórica y capitulación política ... (42)

QUESTIONES SINDICALES:

- Elecciones sindicales y lucha de clase (38)
- El paro en cifras (38)
- CC.OO. y el Acuerdo-Marco : la verdad de los hechos (39)
- Luchas económicas y orientaciones del sindicalismo de clase (40-41)

LUCHAS REIVINDICATIVAS:

- Los parados en Andalucía y la gangrena oportunista (38)
- Fiat : surge de la derrota la necesidad de la organización (40)
- Carta de un grupo de obreros en el servicio militar (40)
- La lucha heroica de Crimidesa (41)
- Olarra : ataque frontal al movimiento reivindicativo (41)
- La lucha de los estibadores portuarios y los núcleos obreros clasistas . (41)
- La "habilidad" del PST provoca la derrota de los trabajadores del Surco. (42)
- El Colectivo de Roca (42)

¡Proletarios de todos los países, uníos!

EL PROLETARIO

PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

SUPLEMENTO PARA LATINOAMERICA
DE EL PROGRAMA COMUNISTA

ENERO-ABRIL 1981 N°10
EUROPA Y EE.UU.: US\$ 0,50 - A.L.: US\$ 0,35

Ofensiva general de la burguesía y los presupuestos de la contraofensiva proletaria

América Latina ha recibido frontalmente el impacto de la crisis económica mundial abierta en 1975. Sus consecuencias sobre la clase obrera -analizadas en otro artículo de este número- son dramáticas y crecientes. Inexorablemente, las masas proletarias sienten día a día la presión cada vez más acrecentada de un capitalismo que no tiene otra salida que la competencia desbocada tanto en el plano nacional como en el internacional, con sus inseparables reestructuraciones industriales, sus despidos en masa, su compresión de salarios, para no hablar ya de las condiciones de existencia de las masas proletarizadas y marginadas del proceso productivo. Paralelamente, en la medida misma en que la concurrencia se vuelve más encarnizada, se acrecienta el totalitarismo político, el terrorismo estatal, el blindaje de los aparatos estatales. Y este doble proceso es tanto más agudo cuanto mayor ha sido el desarrollo capitalista previo, cuanto más se han integrado sus economías en el mercado mundial de mercancías y de capitales.

La puesta en fase del ciclo económico latinoamericano con el de la economía internacional ha sido paralela a la puesta en fase de la dinámica de la lucha social en las naciones decisivas de América Latina, y la de éstas con la lucha de clases a escala mundial. A las grandes movilizaciones del proletariado peruano y colombiano le han hecho eco las del proletariado egipcio; a las luchas de la clase obrera brasileña le han respondido con anticipación las del proletariado español, así como la tragedia del proletariado argentino encuentra su homólogo en la de la clase obrera turca, en tanto que la mexicana, como la venezolana, da los primeros pasos en el terreno de la guerra social, así como sus hermanos de clase de los

nuevos continentes y sectores incluso fundamentales de los viejos (¡Polonia!) emprenden o reemprenden una lucha que el capitalismo mundial aparentaba haber adormecido para siempre.

En estos dos últimos decenios, el viejo topo ha cavado tan y vertiginosamente, creando las condiciones que vuelven homogénea la lucha de clases a escala continental, en la que las dos clases decisivas de la sociedad moderna, proletariado y burguesía, se enfrentan ora potencial, ora activamente. La burguesía tiene tal conciencia de esto que, desde el desencadenamiento de la crisis, los trastocamientos políticos

(sigue en p. 3)

SUMARIO

El sismo proletario del Báltico estremece el mundo capitalista.

El Salvador: la guerra civil y el ocaso histórico del revolucionarismo pequeño-burgués.

Carta de Venezuela.

Venezuela: ¡viva la lucha del proletariado textil!

Nuestra perspectiva.

Del "llamamiento al proletariado de las dos Américas" del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (noviembre 1920).

América Latina y la crisis económica mundial.

Las tareas del Partido en el ciclo histórico actual.

Noticias de América.

ARGELIA

¡Libertad para Benkhallat y sus compañeros!



Cinco militantes y contactos de nuestro Partido fueron condenados a largas penas de prisión al término de un proceso evacuado el día 27 de diciembre de 1980. Acusados de haber constituido una sección del Partido Comunista Internacional, fueron enjuiciados por "atentado a la seguridad del Estado" y por "complot".

Las sentencias que cerraron este proceso muestran que la ausencia total de pruebas de ese supuesto complot contra la seguridad del Estado no disminuyó, sin embargo, el encarnizamiento de los jueces burgueses. Esto se explica fácilmente por el temor de la burguesía ante el espectro de la lucha social y del comunismo,

(sigue en p. 5)

Para abonos en sobre cerrado a la prensa en lengua española, pedir precios a Ed. Programme